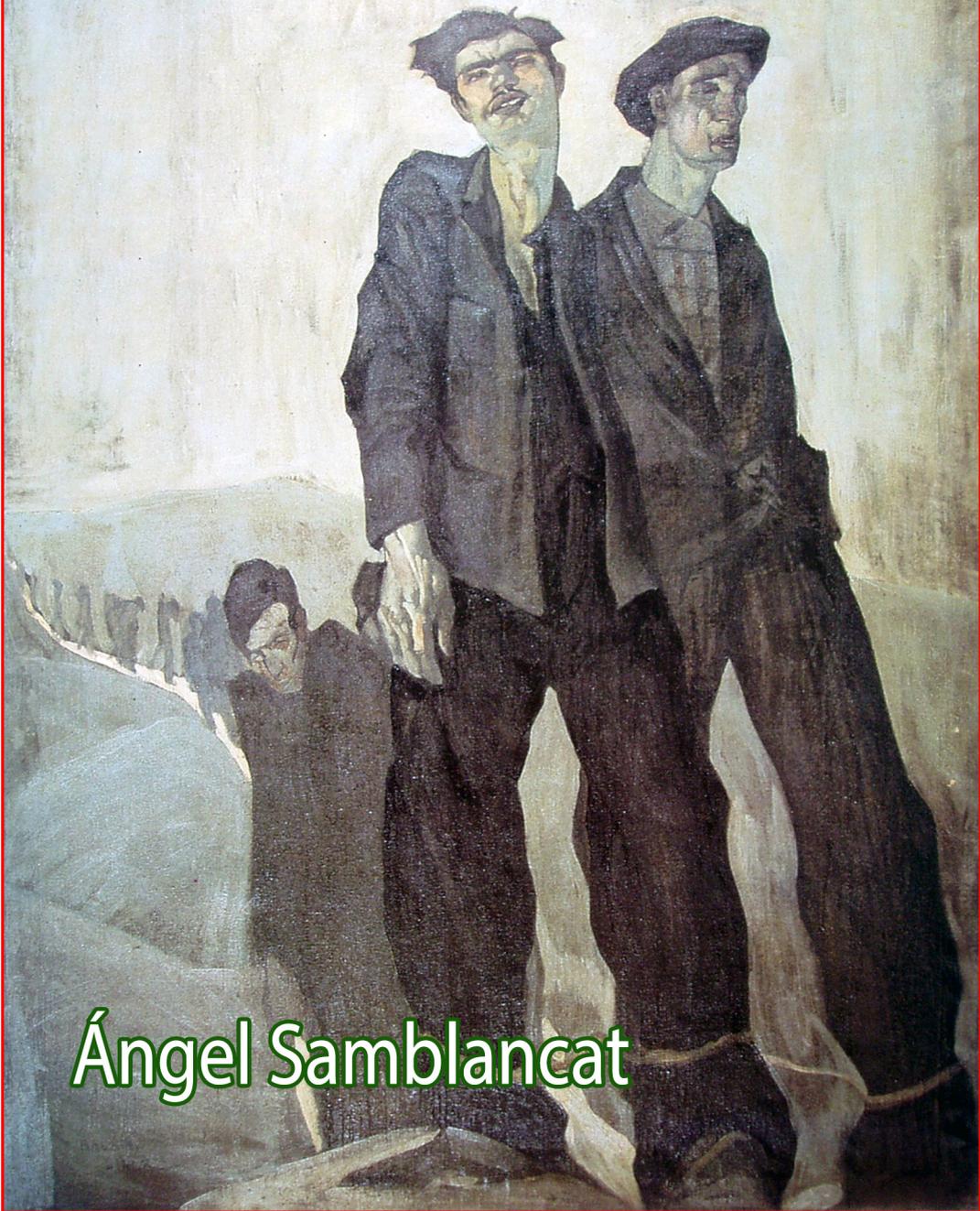


# CUERDA DE DEPORTADOS



Ángel Samblancat

Esta novela, se desarrolla en 1922, y está ambientada en la situación del final de los años diez, y comienzos de los veinte, cuando tras conseguirse en España la jornada de 8 horas con la huelga de La Canadiense, la patronal catalana comienza a utilizar bandas de pistoleros subvencionados para doblegar a los trabajadores.

Tras el primer momento de estupor, a causa de los asesinatos sufridos por infinidad de compañeros, comienza a organizarse la respuesta de los trabajadores con la creación de los Grupos de Defensa Confederal de la CNT.

Con el pretexto de acabar con los asesinatos de trabajadores, la policía de Bravo Portillo encarcelaba trabajadores. Cuando no cupieron más en las cárceles se recurrió a la deportación. Tras largas marchas de hasta 300 ó 500 Km., muchos no sobrevivieron.

Esta es una novela sobre uno de esos deportados.

# EL LIBRO POPULAR

## La cuerda de deportados

Novela grande e inédita de



**ANGEL SAMBLANCAT**

Ángel Samblancat

**CUERDA DE DEPORTADOS**

## EL LIBRO POPULAR

*La cuerda de deportados*

Novela grande de Ángel Samblancat

Cubierta: *Cuerda de presos* de Balbino Giner

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

## PRESENTACIÓN

### INVIERNO DE 1922

- I. Fui detenido dos noches antes
- II. Fuertemente esposado
- III. En el calabozo había
- IV. No había terminado
- V. ¿Es posible que estas
- VI. A las dos o las tres
- VII. En la oficina de filiaciones
- VIII. Apenas había juntado
- IX. Al poco rato
- X. Sesgando la cabeza
- XI. A fuerza de mimos
- XII. Dormía yo como un querube
- XIII. No habíamos caminado
- XIV. El patizuelo del correccional
- XV. La noche se nos vino encima
- XVI. Agustín de mis penas
- XVII. Estuve una porción
- XVIII. Con nosotros venía
- XIX. —Me detuvieron porque
- XX. Eran las once
- XXI. Hacía cuatro o cinco horas
- XXII. Nos había recomendado

## PRESENTACIÓN

Estamos en un momento lóbrego. Negro, lóbrego y sombrío en apariencia; interiormente, claro y matinal y lumínico.

Vivimos una hora de ansia, de opresión, de angostura pectoral, de jadeo, de lucha silenciosa y titánica. Y la emoción casi nos tiene paralizados petrificados y sin resuello.

Este estribo de Europa, que es España, produce la impresión de una fábrica, de una burgada suburbana o de una Babel barrial en los comienzos de un incendio vengador y renovador. Acaba de sonar la alarma, y arriba, en las alturas, y en muchas leguas de ámbito no se ve más que humo, mudez, sombras coaguladas, negruras y nubes de muchos dedos de espesor, noche cerrada, chapada, blindada, dura como un pedernal.

Abajo y debajo, en cambio, en la socapa, donde el hormiguero humano pulula, donde la gusanera hierve, bajo la cortina de nubarrones y gases asfixiantes, todo es rumor, estridencia, vocerío de la vida que bufa, colérica en la redentora fatiga del exterminio, crujido de leñas que muerde la llama, crepitación de vigas que besa el fuego purificador, estallido de techumbres, silbido de chispas que cortan las tinieblas y el silencio como espadas.

De momento, la humareda y la polvareda lo dominan casi todo. Sálvese quien pueda. La sombra parece que ha asesinado a la luz. En el océano de la hoguera y de la noche se han ahogado todas las estrellas.

Pero esto no es más que una ilusión. El fuego hace obra de justicia, de claridad y de albura. En el fondo del pozo celeste titila el ojo mortecino de los astros, tiembla la nitidez de las mañanas, que, a no tardar, han de llenar los cielos con su esplendor.

De otra manera vemos nosotros a la interesante España de nuestros días.

Se nos antoja una mujer con un preñado ilegítimo a cuestas y a la que a patadas se intenta hacer abortar.

España es una vieja desventurada, embrutecida por el arrodillamiento y la oración, que en tres siglos no ha conocido más que el amor brutal.

Los que la gozaban por la ley la querían suya solo, esclava y estéril. Pero un día amaneció rejuvenecida, refrescada, con el vientre florido con un magnífico bombo, como un gran beso de la creación en sus entrañas.

¿Quién la había poseído? ¿Quién se le había aparecido en la noche? ¿Quién la había fecundado? No se sabía.

Los que la tenían secuestrada, los que en vida la habían heredado, la emprendieron a palos y coces con ella. Con botas herradas le trillaron el estómago. Le querían hacer vomitar y echar por la boca el hijo de gracia.

¡Había que asesinar el fruto de aquel clandestino, santo y místico amor!

\*\*\*

Durante dos años de terror fernandino y orgía blanca han sido arrastrados por las carreteras y por las cárceles de la nación los jóvenes más puros y más espiritualmente selectos de España. Se ha pretendido con atroces refinamientos de barbarie retrasar, matándolos, la hora inevitable de la nacional trasmutación.

Una de esas víctimas os va a referir su martirio. Escuchadle con recogimiento y con fervor.

# **CUERDA DE DEPORTADOS**

**INVIERNO DE 1922**

I

Fui detenido dos noches antes de la Buena, poco después de salir del trabajo y cuando me disponía a cenar.

Hacía poco que había leoninamente ululado la postrera sirena fabril. Mi captura fue bastante emocionante; casi, casi rocambolesca. Bordeó la tragedia y tuvo no poco de película, de film Gaumont o de charlotada americana.

Me hallaba yo aquella tarde bien ajeno al peligro que me amenazaba, al nublado que se cernía sobre mí.

Llovía en la calle. Caían de punta agudos alfileres, penetrantes agujas de agua. El incipiente invierno entraba armado de todas las armas, se erizaba de hielo, de niebla, de fango, de ráfagas asoladoras, de aires buidos, afilados como puñales.

La ciudad tiritaba bajo su capa pluvial. Los ruidos del arroyo

parecían el crujido de dientes, el estremecimiento nervioso, la carne de gallina que le producía la ducha.

Yo, aunque me soplaba los “dátiles” y me escalfaba con el aliento las palmas, tenía el espíritu altamente templado y arropado de optimismo.

Acababa de lavarme, de quitarme la chaqueta sudada, de raerme la porquería, la sucia caspa del trabajo; había dejado hacía poco el taller y sentía la felicidad del que sale del baño, del que recobra la libertad de movimientos y la autonomía personal.

Me iba a sentar a la mesa y requería los instrumentos pinchantes y cortantes para ensartar las patatas y acuchillar y rebanar el pan, cuando Manuel, “my brother júnior”, me dijo:

—Agustín, hermano, un señor pregunta por ti.

—¿Un señor?

No aguardé a que el pequeño se explicara.

Sin titubear me dirigí a la puerta. Anclado, arraigado en el umbral, había un hombre de formidable tonelaje, vasto y grande como un monumento.

—¿Es a mí a quien le interesa a usted ver?

—Sí. El jefe superior de policía desea hablar con usted.

—Dígale usted que puede venir cuando guste.

—Sin duda, no me he expresado bien. El señor jefe superior de policía desea que usted vaya a hablar con él un minuto.

—Pues dígame usted que no dejaré de ir en cuanto mis ocupaciones me lo permitan.

—Todavía no nos entendemos. El señor jefe superior de policía me ha mandado que le conduzca a usted a su presencia.

—¡Acabáramos! Pues no me da la gana ir. Sépalo usted y dígaselo al jefe superior de policía.

—Entonces, me habrá de seguir por la fuerza.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando de un empujón que le di, rodó aquel cachalote escaleras abajo.

—Vaya usted al tacho, seboso, carro de basura —le escupí en el dorso, cerrando la puerta con estrépito.

—¡Por dios! Agustín, querido hijo, no te pierdas —exclamó demudada, helada de espanto mi madre.

Hice un gesto serenador, que salió de lo más apretado de

mis puños, de lo más íntimo y profundo de mi dinamia y de mi entereza física.

Muy cómica resudaba mi jactancia. Yo soy endeblucho e insuficiente y de estatura poco aventajada, y todavía ignoro cómo pude realizar aquel acto de sansonismo, cómo pude menear aquel trasatlántico de tres chimeneas, aquella mole policíaca que se despeñó por la escalera.

Pero lo cierto es que el peñasco rodó al abismo.

Y no debió de hacer el viaje en pequeña velocidad, porque no tardó en oírse un gran tumulto en el patio.

Era un charivari de ronqueras aguardentosas y gargajosas, un rechinar de laringes melladas, una confusión de gruñidos extraños que ascendía como una marea.

La autoridad, que avanzaba. El orden, que estaba en marcha.

—¿Es más arriba? —oí distintamente que preguntaba uno de los que chillaban más.

—Sí, es en el último piso, al cabo de todo. En los profundos cielos. A los tres segundos, un temporal de culatazos, pezuñadas y ternos hizo retemblar la casa. Como si alguien que la llevara en la mano, la hubiese dejado caer en tierra.

—Abran al Somatén<sup>1</sup>. Abran en seguida, o tiramos abajo la puerta.

Yo eché mano a la pistola e iba a hacer frente a la horda, a contener la ola de asalto; pero mi madre, loca de terror, se arrodilló a mis pies, y con las manos juntas, con la mirada extraviada, con la voz jaspeada de ansiedad, me suplicó, me imploró:

—¡Hijo! No hagas ese disparate. Ten piedad de mí. Salta por el balcón a la casa de al lado y huye. Sálvate y sálvanos a todos. Vete. Yo recibiré a esos lobos.

Obedecí. No tenía más remedio. Mi hermanito también me echaba con los suplicantes ojos.

Como no había tiempo que perder, me embocé presurosamente en mi bufanda, y con una habilidad de gimnasta consumado y aprovechando unas cuerdas tendidas de balcón a balcón, y que servían para secar la ropa, me trasladé a la casa vecina. Vivía aquí un compañero del Transporte, que me facilitó prendas de vestir para disfrazarme y que me dio salida a la calle por su escalera.

---

<sup>1</sup> El Somatén, cuya etimología proviene de 'Sometent', que viene a significar "emitir un ruido de alarma" o "movilizándose por una alarma" fue una institución de carácter parapolicial. En sus inicios fue un cuerpo armado, formado por terratenientes y niños pijos, separado del ejército, para defensa propia y de la tierra. La dictadura de Primo de Rivera lo extendió a toda España, convirtiéndolo en uno de los pilares del régimen. [N. e. d.]

No fui, sin embargo, muy lejos, porque necesitaba saber lo que ocurría arriba. Los bárbaros asaltaban las murallas de Roma, y yo quería ser testigo de sus hazañas.

Como en la calle había “parada”, me situé en un portal, adoptando aire de tenorio que ronda a su Inés; de horterilla que cela a la novia.

Mientras tanto, el Somatén desvalijaba y asolaba mi casa. La revolvía “de fond en comble”<sup>2</sup>.

Antes de que les franquearan el paso, irrumpieron en mi habitación como una tromba. Tirando mesas y sillas por el suelo, rompiendo vajilla, asustando al micho<sup>3</sup>.

—¿Dónde está ese bandido? —vociferaron cuatro o cinco energúmenos, apuntando a mi madre y a mi hermano con las carabinas.

Interín, otros que habían registrado la cocina, las alcobas, la carbonera y hasta el retrete, exclamaron con rabia y con agonía:

—El pájaro ha volado.

Un bramido terrible de vaca degollada, de morlaco rejoneado, surgió de todos los gaznates.

---

<sup>2</sup> De arriba abajo. [N. e. d.]

<sup>3</sup> Gato. [N. e. d.]

—A ver. Mirad bien —indicó el que comandaba, la pandilla.

Buscaron debajo de la cama, en los armarios, en la tinaja. Despanzurraron los colchones. Golpearon las paredes, para cerciorarse de que sonaban a hueco. Y... nada.

—¡Pues no está! Se najó. Se lo ha tragado la tierra.

—Estará escondido en el cuarto de enfrente o en el piso de abajo. Más lejos no ha podido ir. A no ser que se haya escapado por la azotea.

—¡Ea! Aguzad el olfato. Buscad, mis lebreles.

—Partió para la atmósfera. Y se nos ha hecho aguas en la nariz.

—Que registren toda la casa. Y vosotros examinad sus papeles.

Unos y otros se entregaron a la pesquisa con una furia loca, frenética.

Me vaciaron los armarios, los baúles, los cajones. Hurgaron en los hornillos.

Palparon las almohadas, el forro de todas mis ropas. Oliscaron botellas y frascos y cataron todos los líquidos. Levantaron los muebles y reconocieron el pavimento, baldosa por baldosa.

Rompieron a bastonazos varios retratos de Ferrer, de Salvochea y de Anselmo Lorenzo, que colgaban de las paredes y espiritualizaban y santificaban mi hogar.

Se apoderaron de un enorme fajo de cuartillas que tenía escritas y emborronadas con trabajos inéditos. Arramblaron con todos los frutos sazonados y sin sazonar de mi entendimiento.

Me robaron numerosas postales artísticas. Reproducciones de museos, fotografías de monumentos, vistas de ciudades.

Hojearon, uno por uno, mis libros, tiraron al suelo la colección de folletos de “Salud y Fuerza”, las ediciones de la Escuela Moderna, y, pateándolos con furor de prelado del Índice, con la ira de Omar, exclamaban:

—Estos tienen la culpa. Les tostáramos los sesos a los que los escriben y a los que los publican, y pronto no quedaría un revolucionario.

En pleno *auto de fe* libresco se hallaban cuando llegaron los que se habían dedicado a mi busca y captura. Respiraban descorazonamiento.

—No se le encuentra en toda la casa —dijeron abrumados—; el canalla se ha gasificado. La pesquisa no ha podido ser más concienzuda.

—¿Y nos hemos de volver con las manos vacías? ¡Ea! Amarrad a esa mujer y a ese mono. Y calentadles la “oscaria”<sup>4</sup> hasta que canten.

Los esbirros cumplieron la orden y sometieron a mi madre y a mi hermano a un riguroso interrogatorio. Se ensayó todo —promesas y amenazas— para obligarles a delatar.

Pero, como ni la vieja ni el chaval declaraban, y como el vecindario alarmado por los berridos de aquella tropa de escopeteros, empezaba a alborotarse, el Falstaff<sup>5</sup> que yo había precipitado por las escaleras, observó:

—Lo mejor es que nos los llevemos. Y en la Comisaría les suavizaremos la garganta y les haremos trinar. Allí, los mochuelos se vuelven canarios.

—Tiene usted razón. Eso es lo más práctico, ¡Marchen!

Sin permitirles reconstruir o arreglar un poco la casa en ruinas, ni coger un abrigo, ni tomar un bocado, ni apagar siquiera la luz, obligaron al pobre niño y a la buena vieja a seguir adelante.

---

4 Oscaria: piel. [N. e. d.]

5 Caballero inglés, Falstaff es uno de los personajes creados por el escritor William Shakespeare para obras como *Enrique IV* o *Las alegres casadas de Windsor*. Seguidor de Enrique IV, Falstaff es un caballero presentado como cobarde, gordinflón y que se vanagloria de sus hazañas, pese a no haber conseguido ninguna. [N. e. d.]

Cuando yo los vi salir por el portal, maniatados, entre dos filas de carabinas, el corazón se me despedazó y el ánimo se me hizo trizas.

Jamás creí que la crueldad humana, que el autoritario desalmamiento, pudieran llegar a tan extremos límites.

¡Ensañarse con dos criaturas inofensivas e indefensas!

¡Era un contradiós!

Sin poderme contener, me acerqué al pelotón sarraceno, y con inalterable tranquilidad y perfecta sangre fría, dije:

—Soltad a esos inocentes. “Ecce quem queritis”<sup>6</sup>. El criminal que buscáis soy yo.

Hubo en la banda de rapiña un momento de expectación y de vacilación. Nadie creía lo que veía.

El polizonte gordinflón, el Lepine gorderas, fue el primero que salió de su estupor, y en menos que se santigua un cristiano mochales, me trincó, y con un puntapié en las vértebras coccígeas<sup>7</sup>, me hizo marchar para adelante.

---

<sup>6</sup> He aquí de quién os quejáis. [N. e. d.]

<sup>7</sup> Entre tres y cinco vértebras coccígeas, generalmente fusionadas, conforman el cóccix, que es la porción baja terminal de la columna vertebral. El cóccix es un vestigio evolutivo de la cola en los primates y no tiene una función específica en el ser humano. [N. e. d.]

Yo, con la cabeza erguida, partí para mi destino. Sin pavora. Sin que se me estremeciera un cabello.

A algunos vecinos que, entristecidos, me contemplaban, les sonreí. "Sursum corda." "Excelsior."<sup>8</sup>

Al doblar la esquina, miré a mi madre y a mi hermano, que quedaban libres. Parecían dos náufragos perdidos en la inmensidad de un océano, en la desolación de una playa.

Levantando las manos atadas, les hice señal de adiós a uno y a otra.

La vieja no me vio porque lloraba desplomada sobre la cabeza del Benjamín que le dejaban, de la media entraña que le quedó, del único hijo que no le habían robado.

---

<sup>8</sup> "Levantad vuestros corazones". "Bien alto." [N. e. d.]

||

Fuertemente esposado, maniatado como un nazareno, se me paseo por las calles más bullentes de la ciudad.

Era la hora del ajeno, del vermut crepuscular. La sangre borboteaba en las urbanas arterias. La escolta que me conducía se apretaba contra mí, y me tenía puesto estrecho cerco. Bloqueo imposible de burlar o de romper. Temeridad, demencia, habría sido intentarlo.

El polizonte paquidérmico iba “empalmado” y con el revólver a punto de hacer fuego. Yo sólo temía que el pánico o un susto repentino le hicieran cometer una locura.

Los somatenes apoyaban su diestra en el fusil, y su siniestra, en el arma corta que traían en el bolsillo. No llevaban cuchillo en los dientes por qué sé yo, por no haber caído, seguramente, en la cuenta.

El cabo del Somatén había dicho al ponernos en marcha:

—Como intente fugarse, guisamos a balazos su cabeza, salteaos sus sesos.

—Si no contáis con otra cena para esta noche... —me atreví yo a insinuar—. Lo que es con mis chichas, no sacáis al estómago de penas.

—Tú, te callas, o te meto la culata del fusil por la boca —me atajó un escopetero—. La orden me estalló en la cara y me hizo silbar el oído como un bofetón.

No repliqué.

Me hice un nudo en la lengua y formé el propósito de ver, oír, callar y obedecer sin chistar. Iba en ello mi salud; me iba la vida, acaso.

Por la calle, los hombres y mujeres del pueblo, que me veían pasar, decían con visible, con inescandible simpatía:

—Es un sindicalista. ¡Qué jovencillo! Salió ayer de la lactancia. Parece que no ha roto un plato.

En cambio, a los chacineros y señoritos de gabardina, o gabán de trabilla y botines, con quienes me cruzaba, les oía murmurar con rencorosa y vengativa satisfacción:

—Es un terrorista. A alguien habrá “pelado”. ¡Maldita roña!

Yo marchaba tranquilo, con el alma ligera, entre mi guardia de fusileros

Como las manos se me calentaban y se me hinchaban, por la acumulación de la sangre que las esposas no dejaban circular, pensaba en el nombre singular que se da a este instrumento de suplicio, y me preguntaba si la mujer de mi corazón, que un día se había de unir conmigo, me apretaría y me sujetaría tan fuertemente; me torturaría tanto y tan sin piedad.

Después de un viacrucis, más largo en verdad que doloroso, llegamos a la Central policíaca. Un edificio neutro, epiceno, descaracterizado, de portal frío, repelente, de gastado y pateado umbral.

Subimos unas escaleras, atravesamos unos pasillos y penetramos en un cuarto sórdido, avaramente alumbrado y pródigamente polvoriento.

Me quedé allí con dos de mis guardianes, con los más bigotudos y malcarados.

Mientras esperaba que el jefe de policía me recibiese, desfilaron ante mí más de doscientos agentes de Vigilancia.

Entraban sin saludar, me detallaban minuciosamente y se marchaban.

Nada más uno, que quiso conocer el timbre de mi voz, me preguntó dónde había nacido y si había estado en Bilbao.

La pregunta me pareció insidiosa, por haber ocurrido allí, hacía poco, un atentado resonante, y contesté negativamente “Konest lago”<sup>9</sup>.

Cuando la policía me hubo hecho el cliché, me pasaron al despacho del jefe. Entré sin azoramiento alguno en el cubil del ogro, en la guarida del sacramantecas policíaco. Tenía una soberbia planta, una facha y una ficha interesante el tal Trepof. Este me fijó en el suelo, me clavó en él con una mirada de sus ojos metálicos, penetrantes, acerados, y me mordió la carne con estas palabras:

—¿Con que tú eres el célebre Agustín, el Malatesta de la metalurgia? Bien, hombre, bien. Te habría conocido en la calle sin haberte visto jamás. No hay que ser un Goron para descubrirte. Oreja desprendida, pelo crespo, dientes claritos, pómulos amontonados, ojo de puerco apenas rasgado... No puedes negar lo que eres: un asesino nato<sup>10</sup>.

---

9 Sabes mucho. [N. e. d.]

10 Se refiere a las teorías de Cesare Lombroso, médico italiano, fundador de la escuela de criminología positivista, que defiende que un delito es el resultado de los impulsos o tendencias innatas de una persona y que pueden observarse ciertos rasgos físicos en los delincuentes habituales. Estos rasgos

—Yo no soy asesino, sino asesinado por los que me explotan.

—Ponte la lengua en conserva y salprésatela, o te la arranco y te la pico, hijo de una Máslova. Aquí, no chilles, no alces el gallo, porque te magullo la cara. Sé todas tus fechorías. ¿No fuiste tú el que diste el dinero para el atentado de Valencia? ¿No pagaste a los asesinos del patrono Marcos Clemente?

—Mentira, mentira. Es una calumnia infame. Protesto.

—Ya protestarás esta madrugada, cuando te lleven a la cárcel y te hagan el “paquete”, como decís vosotros, con la misma “pipa” que te han cogido y con la que debes de haber “peringao” y quitado de en medio a tanto inocente, ¡Hola! Al calabozo con él.

Entró un agente, me entregó a dos guardias y me bajaron a un sótano, a una perrera, que olía a tenería, a curtiduría de pieles y a pudridero y en la que no penetraban más que algunos rayos de luz artificial procedente de una bombilla lejana.

Yo estaba indignado. Lloraba casi de rabia. ¿Qué idea equivocada absurda, se había formado de mí la policía?

Soy un hombre de convicciones profundas, arraigadas. Mis

---

van desde asimetrías craneales hasta la forma de la mandíbula o de las orejas.  
[N. e. d.]

ideas no son una pelusa, un polvo de la vida depositado sobre mis hombros, sino algo que va entretejido y amasado con mi carne, que se extiende en mi sangre por todas mis venas. Pero soy un ideólogo, más que un púgil, más que un hombre de acción. He trabajado con la pluma, en la Prensa obrera y en la Secretaría de mi Sindicato, he hablado en algún mitin, he realizado trabajos de organización; pero jamás tomé parte en ningún atentado. Me he esforzado, por el contrario, en humanizar la lucha. El mundo capitalista es un mercado de esclavos, en el que todos los hombres somos artículo de compraventa.

Con esto hay que acabar. No rehusó para ello a la fuerza. Pero tengo fe en la cultura intelectual, en la propaganda, en la labor de proselitismo. Y por esto escribo, leo, procuro hacerme una inteligencia ancha y hacérsela a los demás. Por mis aficiones literarias, me llaman en mi Sindicato “el intelectual”. Y porque voy siempre cargado de cuartillas y papeles y periódicos, dicen los compañeros que las ideas se me salen por los bolsillos, crecen como plantas en mi pecho y en mis flancos, se abren en mi cuerpo como flores de mi sensibilidad y de mi sensualidad.

### III

En el calabozo había varios detenidos, que, al principio, a consecuencia de la pétrea oscuridad, no distinguí bien ni pude individualizar. Se perdían como puntos de hilo negro en un paño oscuro. Cuando mis ojos se hicieron a las tinieblas, les pregunté con ansia a aquellos presos, a aquella maltratada carne de gehena<sup>11</sup>:

—¿Sois compañeros? ¿Perteneceís a la Organización? ¿Por qué os han prendido?

Un muchacho de mi edad, de color de salvado, me contestó:

—Menos esos dos, que son expropiadores, que son de la “Euspia”, los demás todos somos sindicalistas. Afiliados al ramo de la Construcción sección de albañiles. Nos

---

11 Infierno de la religión judía. [N. e. d.]

sorprendió hace dos noches la lobada en una casa de lenocinio. Estábamos celebrando una reunión. Nos han descubierto todos los refugios y nos citamos allí para despistar. Pero de nada nos sirvió la treta. Alguien nos debió de seguir o algún confidente dio el soplo, porque, a los pocos momentos de abierta la sesión, rodeó la casa la policía, se echó ésta sobre nosotros, nos cacheó, nos quitó las “señoritas” y en dos cuerdas nos trajo aquí. En el camino fuimos ya objeto de malos tratos. Porque protestamos de que nos ataran tan fuerte, nos dieron con la culata de los revólveres en la cara. Nos insultaron y nos vejaron de mil variados modos. Aquí también nos han pateado y nos han calentado el pergamino todo lo que han querido. A éste le han escupido en la cara. A ese le han amoratado un ojo. A ese, porque contestó a una ofensa que le fue dirigida a su madre, le molieron a palos. Y aún nosotros no hemos tenido mala suerte.

Ahí, enfrente, hay un calabozo en donde se oye continuamente gemir y dar leña. En él hay varios presos que no pueden andar ni tenerse en pie de las palizas recibidas. A muchos de ellos los tendrán que llevar a la cárcel en camilla o en carro, como han hecho con otros, porque no es probable que por su pie puedan caminar más. Anoche oímos que pegaban a uno. Le azotaban con un caucho, con un cuero tierno, con unos cordeles mojados, con algo muy doloroso y muy terrible. Cuando, por último no exhalaba más que un débil gemido, oímos una voz que decía; “¿Lo

remato?” Y otro contestó: “No, que ha de sudar aún mucha sangre”.

—Así, ¿es verdad, son ciertos todos los horrores que se cuentan por la calle?

—En la calle no saben, no pueden imaginarse lo que ocurre aquí dentro. Son puros fados lo que por ahí se cacarean. Las piedras se irían solas a la cabeza de las autoridades, se dispararían por impulso propio contra los verdugos, si fuera se oliese nada más algo de lo que estos muros tétricos han presenciado. Ellos, ellos saben lo que aquí ha padecido Cristo, lo que ha gemido la carne humana, las injurias que se le han hecho al santo espíritu. ¡Si estos bloques de granito están noche y día llorando de eso! Los hombres permanecerán insensibles a nuestro dolor y a nuestro lamento; pero este cemento frío, estos cantos roqueños, menos duros y menos malvados que la ley y sus representantes, nos empapan y calan de su llanto, nos bañan y nos inundan de su aflicción muda. No tenemos bastante ropa para enjugarles las lágrimas de sangre, que chorrean por todos sus poros, por todos sus ojos.

—¿Y hace mucho tiempo que estáis aquí?

—No lo sabemos a punto fijo. Es decir, mucho tiempo sí que hace, una eternidad, y precisamente por esto, hemos perdido la cuenta de los días de hospedaje que llevamos en esta mazmorra. Desde que nos sepultaron vivos en estos

nichos, no hemos vuelto a ver el sol, la amable luz de cielo, ni a respirar la brisa salobre, los yodos acres del mar. Ignoramos los ortos y los ocasos que se han, sucedido. Ahora mismo no habría nadie que te supiese decir, ni aproximadamente, la hora que es. La cortina de sombra que nos incomunica con el mundo, el haz de tinieblas en que estamos empaquetados, son impenetrables. La oscuridad material y moral que hacen en torno de nosotros nos ciñe como una mortaja, nos encajona como un féretro. Y menos mal que con nosotros no se han ensañado esos escarpías. Un diente de menos, una mejilla desencajada, un ojo vaciado, una cox en las partes, no es gran cosa. Mientras no nos apliquen el tormento, todo va bien. Suerte tenemos de la industria a que pertenecemos. Ya sabes: los de la Construcción gozamos fama de serios, somos buenos chicos. Es uno de los ramos en que ha habido menos atentados, y por esto, sin duda, nos guardan algunas consideraciones.

—Y a mí, ¿creeréis que me zumbarán la pandereta y que me tendrán muchas horas soterrado? Arriba han proferido contra mí amenazas terribles; me han dicho que me sacarían esta noche y que me aplicarían la *Ley de Fugas*. Me suponen cómplice o coautor de varios asesinatos... Me acusan de ser pagador de las bandas de pistoleros... Con sus ojos fileteados de sangre hincados en mí, alargando su mandíbula de chacal y salivando en mi cara, me ha gruñido el jefe de policía: “Os voy a exterminar como a ratas, envenenándoos, petrolizándoos, quemándoos vivos los sesos. Os voy a

aplastar como a chinches. Tú has sido de los aficionados a correr la pólvora, a dar gusto al dedito. No me lo niegues, que te pongo de revés la nariz, que te mascullo la glotis. Tú eres un jesuita, artista del disimulo, y yo te voy a arrancar la careta y la cara. He de extirpar de raíz el terrorismo y he de acabar con los perturbadores del orden, con pistoleros, dinamiteros y puñaleros, con los asesinos del Único, sus cómplices, sus inductores y sus encubridores.”

—Bah, no te asustes, son alharacas vinosas, eructos alcohólicos de viejo carcamal, que se quita el miedo esputando inepticias y con gesticulaciones minaces, como los rapazuelos cantando. Esa es la homilía que les predica a todos. “Que te como los carrillos, que te degluto como a una anchoa.” Algún empellón, algún tortazo. Y en eso y en espurriarle a uno la cara de saliva, para todo. A ti no te tientan el estambre, no te tocan al pelo de la ropa. Vas bien aparejado. Eres lino. Tienes traza de chico bien. Te sale la ilustración a la cara. Tú no fermentas en la cuba. ¿No Ves que no quieren aquí gente que clise y que “chanele”? No les conviene que haya testigos de lo que acaece en este tremebundo subsuelo.

## IV

No había terminado mi interlocutor de explicarme este emoliente, de embalsamarme la llagada alma y de disipar la alarma y los torcedores cuidados que me embargaban el ánimo, cuando unos ayes delgados y buidos, pero frecuentes y afiladísimos, hendieron el aire bituminoso de la ergástula.

—Alguno que traen de la cámara del tormento. Alguno a quien han suspendido por la mano izquierda de la garrucha o a quien han colgado pesas de los testes.

—Siempre lo mismo. Siempre oyendo gritos desgarradores, apuñalantes lamentos: siempre con el tímpano barrenado por alaridos acerbos y lastimeras quejumbres. ¡Oh! ¿Por qué no nos matan de una vez? ¿Cuándo, cuándo concluirá este martirio?

Los ayes ahora resonaban más cerca. Eran más intensos, más claros, penetraban y punzaban más. Procedían,

indudablemente, de un pecho joven. Brotaban de una garganta de niño, de muchacho apenas púber. Y su voz pura tintineaba como plata nueva, recién acuñada, entre los cobres y la hojalata de otros ronquidos tabacosos y aguardentosos.

—Chitón, que ahora el aria es coreada.

En el calabozo hubo un movimiento de larvas hacia el ojo de la cerradura, un zumbido de zánganos que se precipitan contra la salida y luego un ansioso y anheloso silencio.

Con la carrera hacia la puerta, las orejas y las cabezas se habían arracimado, para no perder una sílaba de lo que se hablaba en dios sabe qué revuelta del sótano.

—¿No fuiste tú el que le arrojaste la manteca a la cara, mientras Ventalló le arrebatava el saquito de los cobros y se largaba con él?

—No, no y no.

—Pues entonces, ¿por qué lo has firmado?

—Porque me han puesto estacas entre los dedos, porque me estiraban con unas pinzas los párpados, porque me apretaban la cabeza con un casco de hierro, porque me he desvanecido y he perdido el conocimiento.

—Mientes, farsante. Aquí no se cometen esas sevicias, aquí no se violenta a nadie.

—Pero, ¿no veis que tengo el cuerpo hecho mazamorra, que me mana sangre por los oídos, que llevo en la mano los dientes, que no puedo aguantarme en pie, ni andar si no es ayudado por vosotros o apoyándome en la pared?

—Eso es porque eres un gallina, un blando. Si el pánico no te deja tragar el aire. Si del miedo que tienes, hueles mal. ¿Y tú eres sindicalista? Un cuerno eres, un pingo, un harapo indecente.

—¡Cobardes! —iba a rugir yo—. ¡Asesinos! Pero una mano de plomo cayó como una losa, sobre mi boca y me embotelló y cerró con corcho y alambres los hirvientes espumarajos, los desbordados dicterios que pugnaban por fluir a borbotones.

—¡Calla! Que están al file. Que los “tilos” nos van a tundir. Que esos brutos de barbuquejo van a hacer una cafrada.

Me tiré en el suelo como un epiléptico, me apelotoné en un rincón, con el alma agonizante y las tripas en náuseas, y me desahugué mesándome el cabello, abofeteándome, arañándome el rostro y llorando a moco continuo, de impotencia y de rabia.

## V

¿Es posible que estas monstruosidades ocurran en pleno siglo del automóvil, de la aviación y de la eclosión rusa? — me preguntaba yo, anonadado, desorbitado, náufrago en un océano de nebulosidades y confusión y desplomado como inanimada mole en el fondo de mi miseria— ¿Estoy soñando? ¿Soy juguete y víctima de algún sortilegio, de alguna alucinación? ¿Me hallo en estado hipnótico, bajo el funesto poder de algún mago, de algún médium? ¿Soy un hombre o una sombra, una realidad o un concepto?

Me palpaba a mí mismo, me tentaba y me pellizcaba repetidamente para cerciorarme de mi corporeidad, de que no desvariaba, ni estaba febril.

Sin embargo, la frente se me enrojecía, devorada por calcinantes candencias, circuida por no sé qué invisibles brasas; y hervían y burbujeaban mis sesos como caldo.

No estaba ido de mí. No deliraba, ni me encontraba bajo la influencia de un agente o genio maléfico.

Era yo el que existía allí, el que me hallaba encavernado, el que rodaba y andaba tirado por el suelo, como una piedra más entre otras piedras.

La cabeza; que se me hendía; el techo, que se me venía sobre el encéfalo; los muros, que me oprimían las sienes; la humedad, que se mascaba y me liquidaba los huesos, las tinieblas envolventes, el silencio negro, cuajado y coagulado de la cripta, no eran quimeras, no.

Eran verdad los gritos de aquel niño inocente, los soeces e infames insultos de los energúmenos casqueados, las inauditas torturas, el evocado espectro de Torquemada y de la Inquisición.

Por si algo faltaba para convencerme, volvieron a oírse gritos nuevos, ruidos de llaves y de portazos, vozarrones fuliginosos, pisar de botas de piel de becerro, de pies o patas fuertemente herradas y tachueladas. Recaí en mi anterior desesperación. Mador mortal, sudores fríos me derretían y me coloidaban el cuerpo. Pegábaseme el pelo al cráneo como fango, se me secaba la lengua como una alpargata.

En la lóbreguez de tinta, de brea, de pez y de carbón del impase, los otros presos se rebullían como grillos en bote. Uno se rascaba contra el banco furiosamente. Dos dormían

con las caras juntas como jóvenes recién casados, abrazándose con los brazos y con las piernas. Otro roía un corrusco oscuro y duro como una briqueta, como galleta de mina. Otro apuraba una colilla y se calentaba con ella y mostraba a su luz una facie espantosa de autopsiado. Algunos más paseaban obsesos, e iban de rincón en rincón o se deslizaban por la pared como almas culpables, como fantasmas dantescos, alimentándose de dolor, de negrura y de oscuridad, ingurgitando las purulencias, la humedad pegajosa y salitrosa que rezumaba de la bóveda embadurnada y leprosa y del pavimento.

—Agustín Sardá. ¿Quién se llama Agustín Sardá?

Preguntaba esto un guardia que había abierto la puerta con bárbaro estrépito de llaves y helador rechinamiento de cerrojos.

La cerradura renca y mohosa había cedido mitad a la fuerza y mitad a los ternos<sup>12</sup> del bigotudo calabocero.

—Este agujero y esta llave cada vez se conocen menos— refunfuñó el guardián—. No los crió Dios por lo visto el uno para el otro. Como a mi mujer y a mí.

—Úntele los dientes con vaselina —insinuó un preso.

---

12 Reniegos, palabrotas. [N. e. d.]

—Los tuyos; tus morros te voy a ensebar con una chuleta.

—Ensébenoslos con un cubierto de a duro.

—A eso vengo. A traeros unas judaicas. ¡Ea! Y basta de palique ¿Quién es Agustín Sarda? ¿Vive en este principal? Que enseñe la gaita. Que se espabile, que aquí va esta cesta para que cene.

Me levanté con desgabo, con inapetencia; acredité mi personalidad, aunque no documentalmente y recibí el encargo.

—Que aproveche —exclamó el mazmorrero. Y con el mismo escándalo de llaves y ferretería con que había entrado se fue.

Chapada la entrada y lejos el vigilante, los presos se agruparon en torno de mi cesta.

—Parece que andas mediocre de apetito. Poca ansia se ve que tienen tus dientes.

—Ya se conoce que eres novato.

—Cuando lles unos días bajo la losa ya se te avivará el gusano, ya se te despertará la gazuza.

—Si te repugna el alimento no lo tomes, no vaya a hacerte mal. Nosotros despacharemos tus cazuelas. Aquí hay la gana

que haga falta y estómagos a quienes les viene chico el océano.

Les di a aquellos lobos mi yantar. Yo no podía pasar una píldora. En un periquete destaparon el cestillo y extendieron su contenido en el suelo. En todos los rostros se pintó un desencanto elocuente. Los vientres burlados suspiraron.

—Pero, mi vida, si no vienen más que unas judías “glacées”<sup>13</sup>, un plátano en pudrición y un cacho de pan.

—Anda, este. Nidos de golondrinas o sopa de tortuga te van a traer. ¿Te figuras que estás en el Ritz? ¿Te convidan a comer y pones reparos al menú? Si que es delicado el niño. Que te frían un huevo de pava.

—Aquí lo que sucede es que han entrado ladrones en el restaurant y nos han limpiado la mesa. Jibarse. Se han zampado los guardias la cena y nada más. Y ahora el que quiera consolar el estómago, que les hínque las muelas a los mimbres de la cesta.

—Es la misma función de todos los días. El guerrero vive sobre el país; el cura se nutre del altar y el carcelero del preso. Mandas a por un cocido y te descuentan la carne. Encargas tabaco y se te quedan con la mitad del paquete. Y quéjate, que te hacen hebras.

---

13 Congeladas. [N. e. d.]

—Y no es eso lo peor. El otro día me traían a mí, leche de casa, porque me encontraba enfermo, y le estrellaron a mi madre en los pies la botella. Y además la insultaron y la mandaron a ordeñar burras.

—Si llega a ser una tobillera, ya la hubieran tratado con más amabilidad. No hay compañera o hermana nuestra a quien no le echen la zarpa al pecho o le pellizquen las nalgas. Y suerte que ellas se encrespan en seguida y tienen a raya a esos micos.

—No. Lo grande es lo que pasa con la ropa. Como nos detienen a lo mejor en traje de trabajo y aprieta de noche el frío, nos traen de nuestra casa mudas, abrigos, bufandas, mantas. Pues bien, casi ninguna prenda de esas llega a nuestras manos o a nuestro cuerpo. Y reclama luego y llama a Cachano con dos tejas.

Mientras unos masticaban palabras, otros mascaban algo más sustancioso: saboreaban frijoles. Yo seguía tumbado, triste, cejijunto y abatido con un apretado nudo en la garganta y cuarenta nudos gordianos en el corazón.

—¿Qué es esto? Oye. Dentro de este pan venía un papel. Y puede que me haya tragado la mitad. Por lo menos lo he reducido a confeti: un billetito que te mandaban.

Junta los pedazos y mira lo que te dicen, Agustín. Será de tu casa de donde te escriben.

En efecto: era la pobre vieja mía la que había urdido la estratagema para comunicarme conmigo.

Unidos los fragmentos del billete masticado, pudimos leer a la luz de un pitillo:

“No me dejan verte. Te mando una tortilla y las judías con lomo que te tenía dispuestas en casa para cenar. Ahí va también el sobretodo. Póntelo y levántate el cuello del mismo. Me han asegurado que esta noche te sacan, no sé si para la cárcel o para dónde. Me esperaré hasta que salgas y no te dejaré hasta que te sepa en lugar seguro. Con el alma te besa

*Tu madre."*

## VI

A las dos o las tres o las cuatro de la madrugada salí de la Central Policial.

Dos parejas de cascudos armados con tercerola bajaron al sótano, nos despertaron a clarinazos, cantaron seis nombres, entre los que figuraba el mío y nos ordenaron que hiciéramos el petate y nos dispusiéramos a partir. Todo, sin ceremonia y sin finura. Al revés, carraspeado y mordido más que hablado.

En el soterraño hubo un cuarto de hora de emoción, de intenso latir cordial.

—¿Quiénes son los que se van? —preguntaban los que, obnubilados por el sueño, no habían oído recitar nuestros apellidos.

—¡Feliz viaje! ¡Buena suerte! Hasta siempre —me repetían

sin cansarse los albañiles—. Y no tropezar con chinas de plomo en el camino.

Los guardias se impacientaban y piafaban malhumorados y coléricos, sacudiendo patadas que partían las losas.

—Os cuesta haceros la “toaleta” como a una novia. ¿Queréis hacer el favor de agitar más los riñones? Que no os vais a casar. Que no os espera el fotógrafo.

Desgreñados, despelucados, mohínos, a medio abrochar, nos colocamos en fila.

—Tú. ¿cómo te llamas? ¿Y tú? ¿Y tú?... Y este expósito, ¿dónde está? Los seis acreditamos, en aquel solemne momento nuestra ascendencia.

Nos ataron de dos en dos. A mí me emparejaron con otro individuo mucho más pequeño que yo y a quien vi que iba a tener que remolcar, que llevar colgando o a rastras todo el camino.

—¿Están puestos todos los brazaletes? ¿Lleva cada burro su traba? ¡En marcha, pues!

—Yo no ando —dijo con energía uno de los maniatados—. Esta cadena me está desollando el brazo, me muerde como un perro en la muñeca y me va a dejar mondado el hueso.

—Arrea *p'álante* o de un culatazo te vació la sesera, te desamueblo la “guardilla”.

—He dicho que no marchó y no marchó, si no me aflojáis los alambres replicó el preso con redoblado coraje y tirándose al suelo.

—No te sacudo un botinazo por miedo de que me descalces y de que se me quede el zapato entre tus nalgas, cochino, revientapisos. Levánte o te deszumo el alma.

—Déjalo, que ya le daremos ahí fuera para el pelo. Alíviale las esclavas y que no nos jeringue más.

Así se hizo y cuerda y escolta pusiéronse en movimiento.

—Bueno. Pero, ¿se puede saber a dónde nos lleváis? — pregunté yo a los guardias—. Porque no parece esta hora de pasear cristianos, de aprovechar la brisa o el solanero. Digo.

—Al teatro, hombre, al teatro nos dirigimos derechos. A oír cantar al Tita Rufo<sup>14</sup>. ¿A dónde quieres que vayamos con tan gentil crema de caballeros?

Me mordí los labios y me eché a la lengua dobles puntos. En la puerta de la calle me esperaba la vieja anhelante, palpitante y muerta de ansia. *Stabat Mater*.

---

14 Titta Ruffo, cantante de ópera italiano; fue uno de los grandes barítonos de su época. [N. e. d.]

No hizo más que verme y abalanzóse sobre mí y me cubrió y ahogó de besos.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —balbucía llorando—. ¡Hijo mío! —gemía más que decía—. Y no acertaba a explicarse más. Yo también tenía un tapón en la garganta, que ni podía escupir ni tragar.

Los guardias me arrancaron de los brazos de la desolada mujer.

Ella les suplicaba, les atosigaba, los aturdió con imploraciones y deprecaciones que partían el adoquinado.

—¿Verdad que no me lo mataréis? ¿Verdad que no? Es mi hijo. Es mi mayor. No ha hecho nada malo. Trabaja día y noche. Lee y sabe mucho. Me quiere con pasión, con ceguera. Es el báculo de mi vejez. Instruye y guía a su hermano. Y luego, la pobre Rosario... A cuatro nos matáis si lo matáis a él. Cuatro asesinatos cometeríais a la vez. Pero no lo haréis, no, ¿verdad? Vosotros también sois padres.

—Oiga usted, vieja bruja —rugió el jefe de la fuerza— si sigue dándonos tabarra, la trinco con estos bandidos y la meto a la sombra.

—Eso es. Con él. Amárrame a él y llévanos juntos a la cárcel. ¿Qué hago yo en casa y en el mundo sin mi hijo? No. Yo no me separo de él. Donde quiera que lo conduzcáis, yo os acompaño.

—No digas barbaridades, ni hagas locuras, madre. Vete a dormir. Es muy tarde. Acuéstate y mañana me vienes a ver a la cárcel con Rosarito. Cuéntale lo que ha pasado. Dile que no se asuste y que me quiera más. Y no tengáis ningún cuidado. No me matarán. Anda, retírate, que hace mucho frío.

—Sí, es Verdad. Tú tienes mucho frío. Te debes de helar. Oye. ¿No te han entregado el abrigo que te traje? Es el nuevo, ¿sabes? ¿No te lo han dado?

—No. Sí. No te preocupes. Se queda abajo. Ya me lo enviaréis. Reclámalo mañana. Se deben de haber descuidado.

—Oye, al abrigo cántale “la despedida del gabán” —me declaró uno de los encordados.

La cuerda marchaba cabizbaja calle adelante, entre los cuatro gendarmes desgambados, que nos daban escolta. Los presos caminábamos inánimes, como ausentes de nosotros mismos. Mi madre, que había envejecido y se había apergaminado horriblemente en unas horas, venía a mis tobillos, royéndome los talones.

Los guardias se habían enternecido, se habían conmovido ante aquel corazón apuñalado de dolores y ante aquella cabeza sembrada de penas y la dejaban que se desahogase; que deshinchara su pecho agobiado de pesares.

La infortunada mujer me había velado tantas veces el sueño, me había arrullado tantas veces en la cama, feliz, que esta noche en que me veía desgraciado le habría sido imposible abandonarme.

La mañana estaba como un mantecado, no ciertamente por lo dulce, sino por lo refrescante y gélida y glacial. Subía del puerto y de los muelles acerbo olor de marinada.

Una leche difusa y desnatada, unas opalescencias árticas e hiperbóreas, unas gasas tenues y frías se desleían y extendían como velas de galeones en el mar edificado de la ciudad.

Las casas parecían terrones de azúcar que se disolvían en el gran vaso de ajeno de la bruma y los postes de la luz y de la tracción, las farolas encendidas semejabán cucharillas de oro sumergidas en el alcohol, en la poción glauca.

Un silencio de muerte, macizo, “masivo”, de sueño temporal o eterno, reinaba en las ruelas<sup>15</sup> solitarias, pesaba sobre las plazas geométricas y las aplastaba inevitable.

Descansaba la energía animal y cerebral, los agentes físicoquímicos y los motores espirituales que de día lo agitaban y animaban todo. Sólo la ley velaba, sañuda, implacable y cruel; fuerte, formidable y sin rectificación.

---

15 Ruelas: callejones. [N. e. d.]

Únicamente a nosotros en aquel momento de universal pacificación, de olvido pío, en que todo se reconciliaba, en que el cielo descendía hasta la tierra para besarla, para echarse en sus brazos, se nos negaba el pan de la justicia y el pan del reposo.

Palacios y chozas dormían, como aterida golferancia en pleno arroyo, con los puños prietos, con los ojos cerrados. Ni una luz temblaba entre los párpados de madera de las ventanas.

Una iglesia clavaba en el corazón del cielo la gótica lanza de su fe agresiva.

En parejas y en unidades roncaba a pierna suelta una humanidad bestial, inconsciente e idiota: toda la democracia esclava, la ciudadanía inferior.

En tanto a nosotros se nos arrastraba al sacrificio, se nos empujaba hacia la ergástula con el cañón de un fusil.

De esto tuvimos una sensación escalofriante al tropezar en una calle más amplia con el ganado que se conducía al matadero para degollarlo y ofrecérselo descuartizado en holocausto a la voracidad de la urbe.

Como aquellos corderos, como aquellas inocentes reses, íbamos nosotros al ara, a caer bajo el hacha de trágicos verdugos, de sacerdotes sangrientos e inflexibles, como dogmas.

La madrugada nos calaba, nos cosía con sus aceradas agujas, nos arropaba con las nieves de sus nieblas, nos envolvía en un abrazo frígido que nos estremecía los huesos.

Yo tenía la muñeca de la mano hinchada, roja de congestión y de fiebre. Mi madre cojeaba por lo largo del viaje, por lo doloroso de la peregrinación.

Todo reposaba inerte. Todo se inmovilizaba en la pereza. Todo lo vivo dormía boca abajo.

Sólo nosotros, forjadores del porvenir, obreros de la universal renovación, instrumentos de lo alto en la soberana faena de crear y de transformar, teníamos los ojos abiertos en la tremenda tiniebla y la total ceguera de la noche y preñábamos con nuestras penas y nuestra sangre la tierra de la generación que tiene que nacer e invocábamos y saludábamos a las auroras que han de venir.

Hasta que no chocaron con ella y se estrellaron contra sus muros nuestras narices, no columbramos la vasta e intimidante mole de la prisión.

Durante toda la larga caminata nos había obsesionado su tétrica imagen, su repugnante figura de pulpo, de bestia ventruda, gangliosa y tentacular, con el ojo vitreo helado en el periscopio de la rotonda acechando a los cuatro puntos cardinales de la metrópoli.

Varias veces durante el amargo viaje la habíamos evocado,

la habíamos presentido y visto con los ojos del alma como un enorme cetáceo o crustáceo amorrado al suelo y con su torre, nacarada sobre los hombros, como un caracol que alargaba hacia nosotros los cuernos de sus galerías, como una ballena ingurgitadora de profetas, que a duras penas podía digerir la fabulosa cantidad de carne almacenada en su barriga.

Con el hocico largo, con la pituitaria vibrante la veníamos venteando a través del espeso bosque urbano de azoteas, de belvederes<sup>16</sup>, de minaretes, de cables, de paredes, de vallas, de edificios, de bisutería y confitería arquitectónica.

Y súbitamente nos saltaba al cuello como un tigre emboscado en la maleza de la niebla y nos hincaba en el flanco su pérfida garra. Ya entre sus caninos, ya dentro de sus fauces, la dureza pétrea y férrea de su armadura, de su esqueleto, la caimanesca estructura de su boca, el ruido de ferretería y de metales de las cancelas, el aparato de fuerzas de la guardia nos estremecían más y nos hacían correr un soplo helado por el vacío de los huesos, como un silbido por el interior de una flauta.

Para que nosotros pasásemos, alguien aflojaba los nudos del bolsón de la horca. Espigas, al haz. Cuando entrábamos en el patio exterior, cantaban los centinelas el *alerta*.

---

16 Belvedere: Mirador construido en un lugar destacado desde el que se puede contemplar el paisaje. [N. e. d.]

En la atmósfera de ceniza líquida que nos envolvía, aquellos gritos más parecían de gaviotas tiritantes o de pescadores groenlandeses que se ahogasen, que no de soldados plantados en la muralla para matar al que moviera pata o pie.

El silencio imponente que al *alerta* sucedió en todo el inmueble, nos apretaba el gáznate y nos oprimía el pulmón y nos echaba encima la montaña de piedras y hierro de la techumbre. En aquel recinto terrible, por todas partes se respiraba autoridad, rigor, miedo.

Estábamos en el imperio de la pena, en la casa de las venganzas y las coacciones de la ley y de cada ladrillo y de cada sillar surgían espadas para ensartarnos y garfios agudos que nos atenazaban. Con una postrera mirada amorosa nos despedimos de la calle y de la libertad.

Con tristeza y con añoranza y como buscando una raíz o una hierba en que agarrarnos en la caída, elevamos los ojos hacia arriba, hacia las encapotadas alturas, hacia la mitra de la rotonda, hacia las ventanas enrejadas que parecían bocas abiertas por el dolor humano en el muro para gemir.

Nos tentamos la ropa empapada, nos sacudimos las lanas como perros que salen del baño y con los párpados prietos nos tiramos de cabeza en el abismo de negrura y nocturnal horror que se abría a nuestros pies.

## VII

En la oficina de filiaciones nos tomaron con malos modos los particulares datos personales.

—Nombre... Apellido... Hijo de... Natural de... Profesión..., etc.

Luego nos bañaron. Nos cachearon escrupulosamente por centésima vez.

A uno que tenía cosquillas y que al sobarle los muslos y teclearle en las axilas se rió, le atizaron un bofetón que lo dotó de seriedad para media vida.

A otro, que fumaba tranquilamente, se lo acercó el carcelero y le dijo;

—Tú, ¿qué eres?

—Barbero—respondió el interpelado. .

—¿Y no sabes que aquí no se puede fumar, animal hinchado de rascar caras? —repuso el empleado—. Y de otro cachete lo metió el cigarro encendido en el estómago al rapista.

Pensé en mi madre, que se había quedado fuera, llorando fuego y acíbar, alargando los brazos hacia el hijo que le robaban y dando cabezazos contra la puerta de la prisión, y por respeto a ella no me atreví a injuriar a la de aquel desatentado.

## VIII

Apenas había juntado los párpados para ver si conseguía conciliarme a Morfeo, cuando una detonación metálica, un trompeteo horrísono, me desgarró los oídos y me martilló la cabeza y me aplastó y trilló como una paja más del infame jergón de mi lecho.

—¿Qué es esto? —me pregunté aterrado—. ¿Dónde estoy? ¡Ah! Sí. En la cárcel. Tocan a diana.

A los cornetazos siguió una baraúnda infernal de portaladas, ventanillazos, rodar de carretillas, voltear de llaves, rechinar de cerrojos, arrastrar de escobas, sonar de variados instrumentos de orquesta.

Como estaba crujido de sueño no me levanté, aunque el frío me arrecía bajo la mantilla de blonda, bajo la tela de

araña, que me habían dado para que me tapara, para que calentara mi humillada carne y abrigara mis injuriados huesos.

No podía, sin embargo, atroncarme, abstraerme del yo y del no yo. caer en el pozo de la inconsciencia, volver temporalmente a la nada.

Los ruidos extraños, el barrido, los berridos, las militarescas imprecaciones me estoqueaban el tímpano y me rebotaban como pedradas en las sienes.

Luego en la frente fruncida y anubarrada, me picaban las abejas de mil preocupaciones y percibía clara la sensación de llevar entre los dos hemisferios la mente partida por un hachazo e hincada en ella toda la hoja de una destal.

Daba vueltas en la paja y rumiaba sin poderlo remediar. Monologaba y cavilaba hiperestésicamente.

Por más esfuerzos que hacía no podía ahogar el pensamiento sobreexcitado y sumergirlo en el óleo del sueño. Soplabo a la vela encendida que llevaba dentro y ni a pulmonazos ni a tiros podía apagarla y hacer en mi conciencia la obscuridad.

En estas y cuando más torturado me hallaba por el gusano roedor, por mis verdugos internos, un ordenanza abrió bruscamente la puerta y me dijo azorado.

—Levántese. Corra. Que viene el oficial.

Ya no hubo tiempo. Cuando cogía las botas para calzarme un hombre con galones sudados y oxidados se presentó en la celda y se plantó tieso como un huso ante mi lecho.

—¿Qué hace éste? —Relinchó colérico. ¿Por qué no te has movido al toque de diana?

—Vine hace poco. Ingresé esta madrugada. Estoy muerto de frío, de sueño. No puedo tenerme en pie. Me caería. La cabeza se me va.

—¡Ya te voy a espabilar yo! Ya verás, ya, como te desplancho las orejas.

Y empezó a darme mojicones y puñetazos. Y salpimentaba la paliza con inauditos ultrajes.

Estaba yo tan embrutecido, me había insensibilizado de tal manera el frío y el insomnio, que los golpes me calentaban y me hacían bien. Hasta los agradecía el cuerpo.

No protesté, pues, ni me defendí. Cuando mi vapuleador se cansó, cuando se le rindió el brazo, me dejó estar. Aunque con el pellejo en tiras. Costurado, acardenalado, drapeado de púrpura.

—Y que no vuelva a suceder —oí que decía al marcharse— porque otro día te descabello, te pelo vivo, te mondo como

una *pavia*. O te mando a sótanos a pernoctar con los múridos<sup>17</sup> cuatro novenas.

—Y lo hace —murmuró, convencido, el ordenanza— ¡Vaya si lo hace! Él es así.

---

17 Ratas, los múridos (Muridae) son una familia de roedores del suborden Myomorpha. Es la mayor familia de mamíferos, con unas 650 especies. [N. e. d.]

## IX

Al poco rato vino un preso y con acento de sincera indignación me preguntó:

—¿Que te ha hecho ese canalla? Es un tal y un cual.

Yo no despegaba los labios, no me apresuraba a hablar.

—¿Qué ha pasado— Di. ¿No me lo quieres contar? ¿Desconfías de mí? Haces bien en ser receloso. La cárcel está llena de chivatos. Esta casa es una mancebía, un burdel. Todos son policías, espías, soplones y calentones. No abras la boca, que no se entere el Director de lo que dices. Pero no dudes de mí. Yo soy compañero.

—¿Y qué tal es el Director?

—Otro canalla. El canalla mayor. El canalla en jefe. Yo no lo puedo ver ni en imagen. Le odio. Le mordería.

—Fuera tiene mala fama. La Prensa dice que maltrata a los presos.

—Es un esbirro, un verdugo, un asesino. Un maldito canalla. Ya ves cómo te ha recibido a ti. Porque el que te ha zumbado no es ese mequetrefe. Es el Director quien pega siempre, quien golpea con la mano de estos autómatas, de esta gentecilla asalariada y muerta de hambre. Lo que hay es que como es un cobarde, no se atreve a venir a ponerte personalmente la mano en la cara.

—Pero la ley, el reglamento, no autoriza tales villanías.

—¿Y qué le importan a él leyes y reglamentos? Se los pasa por los galones y los botones de su uniforme. Es un analfabeto, un bruto. No suelta nunca de la mano el bastón, que es un verdadero garrote, una porra con la que se hace cisco la más sólida cabeza. He ahí cuál es su reglamento y su argumento: la cachiporra. Empleados y presos le temen. En Burgos ya se hizo famoso por sus neronadas. Su muletilla ha sido siempre la misma: “mil presos, media mierda”. Pronto, por la mañana entraba en el penal con una botella de “Tres cepas” en el cuerpo y rodeado de una guardia negra de murrios y jayanes, matones y chulos, armados de sendos “guernicacoarbolos”, se liaba a estacazos con los presos que exhalaban quejas o insinuaban protestas o actitudes de descontento y rebeldía. Los castigos que allí imponía y las crueldades que cometió, lo han hecho célebre. A presos amarrados en blanca les hacía echar cubos de agua por

encima durante semanas enteras, para que día y noche tiritaran con la ropa calada. A otros los hacía dormir con los cadáveres de los penados que sucumbían al horror del presidio. De uno se cuenta que, como se hallara en el primer período, o sea el de reclusión e incomunicación absoluta, le habían crecido espantosamente las barbas. Fue el Director a visitarlo y le preguntó: Oye ¿por qué no te afeitas?” “No viene el barbero”, contestó el recluso. “Ya voy a afeitarte yo”, repuso el primero, y, encendiendo una cerilla le pegó fuego a las barbas del desdichado.

—Espantoso.

—Pues es la pura. Abajo hay una víctima suya, y te ratificaré lo que te explico. Es un sujeto alto, fuerte, robleño, que cuando entró en el penal pesaba ochenta kilos. A los dos meses de padecer a este sayón, se había quedado convertido en una estampa, en un crucifijo. Si aquí mismo no ha cambiado de procedimientos y no cesa de perpetrar fechorías.

Ha venido en guapo, en domador de sindicalistas, y no se cansa de descargar golpes de ciego y de provocar a todo bicho viviente. Su amenaza constante es: “Te voy a mandar a sótanos y se va a perder la llave”. En sótanos no hay cama, ni paseo, ni comunicación, ni rancho. Pues no hace mucho, a un chiquillo de catorce años, porque se entretenía en la celda en “quiquiriquear” y hacer el gallo, lo mandó a las bodegas, y allí lo ha tenido tres meses. Y cuarenta gubernativos

de la sexta galería que se atrevieron a pedirle respetuosamente media hora más de paseo, los ha hecho chapar, y hace tres semanas que no han visto el sol.

—Clama a dios.

—Lo más notable es que todo se lo obliga a hacer el miedo. Teme, presiente que va a morir asesinado y tiene a raya a la muerte, desafiándola. “Vosotros me queréis quitar del medio; pero Dios me protege”, nos dice a los sindicalistas. De día no se atreve a salir de casa sino custodiado por cuatro guardias civiles. Por ahí ya va en coplas, y le llama la gente el “cinco de oros”. De noche no se aventura a salir más que hasta la puerta de la cárcel. Se acerca a la guardia y les dice zalameramente a los soldados: “Mucho frio, ¿eh?, muchachos. Pero hay robustez y fuerza para hacerle frente, ¿no es verdad, jóvenes? Dios nos ayude.” Y en cuanto se mueve la hoja de un árbol o se oye ruido de pasos, recula para dentro y se mete en la madriguera. ¡Menudo es el pánico del achorizado señor!

—¿Es gordo su señoría?

—Gordo y rechoncho y patato. Morcillón y arranado. No cabe en el uniforme. Revienta los pantalones. Está cebado. “El doble” le apodan. “El galápago”. Es, en efecto, un sapo hinchado de excreta. Lloro vino por los ojos. El asma y la apoplejía darán cuenta de él. La sangre que ha bebido le ahoga.

—Así, aquí, ¿estáis dé él hasta la coronilla?

—¿Cómo no? Nos concede media hora de paseo. El rancho da náuseas. Nos tiene tres semanas sin afeitarse, para molestarnos, y menos mal que no nos incendia la barba. Nos abre y nos roba la correspondencia. Nos está haciendo cachear las celdas todos los días. Pena si vienen muchas personas a vernos y si nos sirven abundante comida de fuera. Las cestas de los encargos no entran sino después de rigurosa inspección y de la correspondiente sisa. Insulta a las mujeres que tienen la bondad de visitarnos. Sin duda, porque a él la suya le ha dejado, y tiene que contentarse con las caricias y los mimos cardosos de la criada.

X

Sesgando la cabeza, conseguía la muchacha aparentar serenidad y disimular su turbación, la tumefacción de sus hermosos ojos negros, que reventaban de lágrimas.

Mordiéndose el pañuelo y expresándose con monosílabos y apretando los dientes y los labios, evitaba que los sollozos, los gemidos, hicieran explosión, y la tristeza infinita que le llenaba el pecho y el buche se precipitara torrentosa, se desbordara por la boca en catarata estridente.

Yo, a pesar de que procuraba mantenerme inalterable, impávido, y de que hacía de tripas corazón, también sufría —claramente lo denunciaban mi corazón y los trémolos de mi voz—, también sentía que se desmoronaba el castillo de mi fortaleza y se derretían y convertíanse en caños y arroyos de agua mis ojos.

Charo fue la que, no pudiendo resistir más, la que ahogada

por la bola que se la había formado en la garganta, estalló y dio rienda suelta a su congoja.

Apoyando el codo en la pared del locutorio y taponándose la boca con el brazo, disminuía la violencia del flujo de su aflicción y estrangulaba los gritos que, manados y brotados del alma, pugnaban por rasgar el aire y fluir en surtidor. Pero llegó un momento en que no pudo reprimirse más, y pronto estuvo toda en remojo.

Yo, melificando cuanto podía la voz, extremando el fingimiento de una tranquilidad que estaba muy lejos de poseer, la consolaba, le aliviaba las penas, bañándola en una onda de calor amoroso, de ternura infinita que me nacía de las entrañas, y que, con palabra enardecida, con arrullador acento, procuraba hacer llegar hasta mi novia.

—¿Por qué lloras? —le decía—. ¿No me tienes a mí aquí? ¿No estás a mi vera tú también? ¿No nos amamos más penetrantemente que nunca y no están fundidas para siempre nuestras existencias? ¿Pues qué más necesitamos para ser felices? Estas malditas alambradas impiden que te tome en mis brazos y te meza en ellos y que te incruste en mi corazón como una perla, que te prenda en mi pecho como una flor. Estas rejas condenadas me condenan a mí al suplicio de Tántalo, me cierran el camino de tu cuerpo y de tus caricias y me impiden que me beba tu aliento, que me sorba tu llanto y que te siembre y te clavetee y tachone la carne de besos. Pero si mis labios no pueden abrevarse en ti,

no te pueden comer, no impedirán que te devoren mis ojos y que te bese mi palabra, y que te abrace con mi pensamiento, y que nuestras almas celebren su himeneo y se amalgamen, y se unan, y fusionen como el oxígeno y el hidrógeno en el agua.

Rosario no contestaba; embutida hasta el borde del dolor, no podía articular vocablo.

Pero su lloro era menos cálido, sus suspiros menos frecuentes y los estremecimientos que la sacudían menos violentos.

—No seas bobona. Pon término a tu llantina. No te desconsueles. No me agobies. ¿Ves yo qué sereno permanezco, qué ecuánime? Estás tú aquí y me quitas todas las penas, me arrancas del corazón todas las espinas y conviertes la cárcel en un paraíso. Me miras con tus ojitos negros y me chapuzas en la luz. Me acercas los cabellos, y ese retamar y el olor de esa mata de alhucemas y de verbenas me transporta a montañas floridas, a jardines babilónicos y a prados galaicos y astúricos. Me dices que me quieres, y me das la libertad. Pero no la acepto. Prefiero ser tu prisionero, tu encarcelado, el amarrado con las esposas de tus brazos y los grillos de tu amor. A ver, levanta la cara. Que te vea el hocicuelo. Y sonrío. Y echa a volar para acá un beso. O recibe los que yo te mando. Hazles buena acogida, hospédalos bien, que son peregrinos que yo te envío a que lleven testimonio y prenda de mi amor a tu corazón.

La muchacha enderezó el busto, irguió la cabeza y me miró, Pero no pudo poner en pie su ánimo, y, tronchada y sin fuerzas; se aplanó nuevamente.

—Te matarán. Os matarán a todos —musitó pavorida.

—No importa. Nada temas. En tu vientre hay quien dé fe de mí. Si me asesinan, ahí está el que ha de vengarme, el que ha de empuñar la tea que yo suelte.

—¡Oh! Huérfano antes de nacer. Viuda antes de casada.

—¿Y qué? ¿Te avergonzarás de haber sido mía? ¿Te arrepentirás de haberme querido, de haberme hecho feliz? El pesar de no haber legalizado nuestra unión, ¿matará en ti el orgullo de ser madre, de ser fecunda, de haber sido la esposa de mi alma? ¿Será la opinión de la piara bastante poderosa para amargarte tan inmensa felicidad? Si muero, no pongas mala cara al que vendrá, que seré yo mismo, que renazco y rebroto en tu seno. Mi madre, mi viejita que ha de sentir y comprender esto, te recibirá a ti y al fruto que le des en sus brazos. Y a tu madre, si te hace algún reproche cuando se entere, le dices que tu honra y tus ilusiones de virgen ardieron como resinas, se consumieron como hojarasca en la devoradora hoguera de mi amor. A ella y al hijo, cuando sea adolescente, les cuentas cómo fuiste mía. Les dices que una noche que la policía me andaba a los talones, me roía los zancajos, me refugié en tu casa. Acuérdate. Tu madre se hallaba ausente: asistía a su hija mayor, que estaba enferma.

Te cogí sola. Te referí lo que me pasaba. Y tú, para defenderme de mis enemigos, para ocultarme y librarme de las uñas de los que me acosaban, me metiste tan dentro de tus entrañas, que enraicé en ellas y, al separarnos, allí quedaba lo mejor de mí.

## XI

A fuerza de mimos, arrullos y ternezas, haciendo un gasto innúmero de pulmones y saliva, derrochando energía y habilidad, logré dominar a Rosario y calmar su atribulado espíritu y desanublar sus ojos, que ennegrecían más la pena.

Desde la calle se daba ella cuenta más clara que yo de la situación y de la gravedad de los peligros que me amenazaban.

Por otra parte, su debilidad y su amor agigantaban los fantasmas y le hacían ver por todas partes complots, celadas, emboscadas terroríficas.

—Sí pretenden sacarte de noche, niégate a salir —no cesaba de repetirme—. Diles que prefieres que te maten en la celda.

Yo la tranquilizaba, arrancaba los badajos de las campanas de alarma que volteaban en su corazón.

—Nada he hecho. Ningún crimen pesa sobre mi conciencia.

—Es que ahora no se castiga el delito. Se pena el profesar ideas, el tener sentimientos humanos, el ser hombre de bien. Basta una delación, una sospecha.

—Desgraciadamente, es muy cierto, chiquilla. Pero yo tendré suerte, saldré de este tollo y seremos felices.

En su faz de Dolorosa, en su frente pálida y casta, volvían a amontonarse cirros y sombras. Batían su sien pájaros agoreros, atormentantes bestias de ala negra.

Sus ojos se mordoraban de lágrimas, y angustias y congojas crueles se aporraban de nuevo a la garganta como gatos.

Hice en el diálogo una diversión estratégica para reanimarla, y le dije: —Ven pasado mañana a verme también. Ven todos los días de comunicación. Y escíbeme. Que cuando tú no puedas visitarme, no me falte tu carta. Que ella me diga lo que pena tu corazón, lo que me adora tu alma. Y en la próxima entrevista, que te acompañe madre, si está buena.

—Sí lo estará; no es más que una indisposición lo que tiene. He entrado en su cuarto antes de marcharme, y no inspira el menor cuidado. Ahora, que no hay que abandonarla. Yo

velaré por ella. La pobre no hace más que nombrarte, más que llorar y clamar por su hijo. No sé cómo no la ha matado el disgusto. Toda la noche, sin cerrar los ojos, sin abrir la boca, si no es para suspirar, sin probar bocado, andando de la ceca a la meca. En la puerta de la cárcel, cuando te perdió de vista, cayó redonda como una pelota. Si un guardia, que estaba a medios pelos, no se compadece de ella, allí se habría quedado fulminada por el golpe recibido en mitad de la nuca. Delirando estaba aún, congelada y febril, calada hasta los huesos, cuando nos la ha traído su salvador. Nos ha contado que llamó en una taberna para retornar a la accidentada con unas friegas de alcohol, y para cobrar él fuerzas de paso. No consiguió más que galvanizarla un momento. Al reconocer en él a uno de tus verdugos, quiso arañarle y arrancarle el mostacho. Pero un nuevo síncope la privó de sentido. Entonces, el guardia se la cargó auestas, y aquí me caigo, aquí me levanto, porque el hombre había acabado por agarrarla “poderosa” y no paró hasta que la descargó en casa.

Como en vuestro piso no estaba más que Micifús, nos avisaron a nosotros, y me levanté en media salve. La tomé en mis brazos, la acosté, mandé al guardia a la farmacia, hice volver en sí a la enferma, me contó ella todo lo ocurrido, conseguí que se durmiera, y hasta ahora. Al guardia le ofrecí una propina, y me la rechazó con dignidad. “Gracias, joven —me dijo—. Lo he hecho por humanidad. Si lo supieran mis jefes, me dejaban cesante. Pero yo no puedo ver la

iniquidad, ¡no!, no puedo verla.” Perdóname. Era un enemigo nuestro, pero no pude menos de cogerle la mano y estrechársela entre las mías.

Cuando mi Charo llegaba aquí, sonaron varias palmadas.

—Esto ha terminado, nena —dije yo.

—¿Tan pronto? ¿Es posible? Pero si no hace diez minutos que hemos entrado.

—Ya ves. No olvides mis encargos: la ropa, los libros, el papel, la fruta. Y escíbeme. ¡Qué día más largo será mañana! ¡Veinticuatro horas sin verte! Me voy a morir. Abur, abur.

Ella, muda de espanto, hecha nuevamente una estatua del dolor, me miraba extática, me veía próximo a partir y parecía que vacilaba entre derrumbarse en el suelo o estrellarse los sesos contra la alambrada.

Entre el guirigay ensordecedor de las despedidas, su actitud y su inmovilidad, resultaban más trágicas.

Yo, para sostenerla con mi presencia y fortalecerla en la adversidad que la abrumaba, seguía pegado a la reja hasta que un carcelero con poco civiles modos, me arrancó de mi arrobo y me arreó brutalmente para adentro.

No vi más que ella se llevaba ambas manos a la cara y que

extraños vértigos la convulsionaban y la sacudían de arriba abajo y la arrancaban de cuajo del suelo.

Un empleado, que echaba la gente a empujones para afuera, la acometió, y le dijo rudamente:

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene usted? Aquí no se viene a llorar. ¿Es hermano de usted ese que estaba ahí? No haber delinquido.

—Él no ha cometido ningún delito —rugió mi novia como una pantera.

—Pues por bueno no está aquí.

—Está aquí por lo que a usted no le importa.

—Basta. ¡Fuera, fuera! ¡Filen, filen!

## XII

Dormía yo como un querube, cuando el estampido de los cerrojos que corrían, de la llave, que daba vueltas y de la puerta de la celda, que se desgajaba, me despertó.

—¿Qué ocurre? —pregunté atolondrado por el estruendo y la intempestiva y subitánea irrupción de un empleado.

—¡Ala! ¡Vivo! Apatúscate y carga con el ajuar, que estamos de mudanza.

—¿A estas horas? Y sin prevenirle a uno. Sin posibilidad de avisar a la familia. Pronto haréis como en Rusia. Ahorcaréis a los presos en camisa, sin darles tiempo ni para vestirse. Al menos, ¿sé puede saber dónde voy?

—Y yo ¿qué piñata sé?

—Bueno. Y si yo me negara a salir, ¿qué pasaría?

—Pues que te ato una cuerda a la pata y sales a rastras.

Nada. Era inútil resistir. Me levanté sin azoramiento; me vestí con desgana; me chapucé la cara en la pila; me peiné parsimoniosamente, alisando, ordenando y aclarando al propio tiempo los cabellos y los pensamientos alborotados.

—¿Qué van a hacer conmigo estos criminales? —decía para mi bonete.

El centinela cantó el alerta. Por el chirrido neutro, por el acento cascado, transido y soñoliento del milico, deduje que debía de ser de madrugada. Sin embargo, la noche no se desabrochaba y desnudaba la túnica. La noche taponaba todavía la ventana como un trago negro, como un corcho ahumado.

¿Serían las cuatro, las cinco? ¿Qué más daba? Todo era uno y lo mismo.

Lo que me hurgaba en los sesos, lo que me lancinaba la sien, era no saber dónde me acarreaban, ¡pobre piedra, que era yo!

—¿Todavía no te has engalanado? Vamos, hombre, que se enfría el chocolate.

Era el carcelero el que garganteaba.

Hice un paquete con mi ropa, otro con mis libros, otro con mis preocupaciones y con mis penas y, echándomelo todo a la espalda, dije con enérgica resolución y como acometiendo con el testuz a lo desconocido.

—«¡Mejor! Así salimos de dudas. Venga muleta. Si me liquidan, ¡pata!

En el Centro de Vigilancia había arringlerados, formados militarmente, once presos más.

Todos tenían los ojos tímidos, abolsado el párpado de sueño y rezongaban en voz baja.

—Pero, ¿se puede saber para donde nos embarcan?

—El terranova de la cuarta me ha dicho que salimos de conducción.

En efecto, pasado que hubieren lista, condujéronnos a la oficina de filiaciones, donde nos aguardaban tres parejas de la Benemérita.

Vuelta a cantar y a cantar nombres, e identificarnos, a cachearnos hasta el alma.

—¿Hay gallo tapado? —preguntaban al que nos tentaba las nueces.

—No. Es caza menor lo que hay.

La operación de atarnos fue laboriosa y dolorosa. Colmada de humillación.

Algunos plañían tímidamente, exhalaban ahogados quejidos cuando les echaban el candado.

Otros se consolaban con bromas lúgubres deslizadas entre sonrisas verdes:

—Al menos en esta mano no tendremos frío. ¡Menudos guantes llevamos!

Otro protestaba débilmente:

—Que me pellizca la cadena, guardia.

—Más pellizcas los bolsillos tú, galán.

En la cuerda había, efectivamente, rateros, guripas, descuideros, dronistas, timadores, tomadores del dos. La mitad era canalla de ésta. El resto éramos sindicalistas.

Con los doce habían formado los guardias tres grupos de a cuatro, y de cada grupo se encargó una pareja.

Antes de salir nos hicieron saludables amonestaciones.

—Queda terminantemente prohibido hablar en voz alta, enredar, pararse, mirar a la gente, salirse de la reata,

preguntar nada a las parejas, quejarse, etc. Y nada digamos, protestar, desobedecer o intentar evasiones. Tenemos orden de balearos a todos, de descascararos a escopetazos entre las cejas, de hacer salchicha toda la cuerda, en cuanto uno sólo haga el menor gesto de rebeldía. Conque ya lo sabéis, ganapanes. A ser pues, hombres de bien y cuidado con hacer el becerro. Vosotros perderíais. Nosotros, con un papel, pagamos.

Eran cerca de las seis cuando traspusimos la puerta de la calle. Los tres cuartos habían tocado en el reloj de la prisión mientras nos maniataban.

¿Adónde nos dirigíamos? ¡Allá cuidados! La cuestión, que nos descelularizaban, que respirábamos efluvios de la calle, que no teníamos tasada la ración de oxígeno, que éramos libres, que nos sacaban del cepo, del lazo que nos ahorcaba.

A pesar de hallarse avanzada la mañana, el firmamento seguía con la boca cosida con los pétalos apretados como un capullo de aquerónica flora.

No amanecía. Las estrellas, la aurora, el sol parecían enterrados en humus ahogados en tinta. Un extenso nublado cubría el horizonte de Norte a Sur.

Poco a poco, no obstante, una luz, como ceniza empezó a desprenderse del cielo y nos fue empolvoreando los omoplatos, blanqueando la esclavina.

La caravana, lamentable, la recua de galeotes y cuadrilleros, atravesaba cabizbaja, la ciudad ingente y silente.

Parecíamos fantasmas nocturnos que nos retirábamos a nuestros acantonamientos, que nos replegábamos con la sombra a distantes, a remotas retaguardias. Con nuestros andrajos, con nuestros hatillos al hombro semejábamos evacuados de una región invadida, fugitivos o supervivientes de una catástrofe telúrica; almas muertas, piezas cazadas por una partida de cazadores en una montería.

Los escasos transeúntes con que tropezábamos, nos miraban medrosos.

Fuera de mí y de dos compañeros más que íbamos regularmente fardados y calzados, el resto de la cordada, lucían indumentarias abigarradísimas y vestían prendas de encanto y de chamarilería.

Para defendernos de la enerada, no teníamos gabanes más fuertes. Dos o tres llevaban mantas o tapabocas. Y algún otro enroscaba a su cuello liviana bufanda. Y el invierno era mordedor como cien perros y nos penetraba carne adentro como una navaja. Y la helada nos ceñía y nos desgarraba los miembros como un cilicio. Los que iban a cuerpo gentil, pronto empezaron a soplarse los dedos y a castañetear de dientes y a moquear de nariz y a toser de pecho.

—Ya nos hemos encontrado una corbata. Y es de lujo.

No podían casi hablar. Y los demás a duras penas. Tartamudeábamos de desabrigo, de frío inclemente.

Vomitábamos las patatas entre bocanadas de humo, entre torbellinos de aliento espeso y blanco.

A los presos se nos licuaba el cacumen y a los guardias se les escarchaba el mostacho, la rastrojera mal segada que orlaba su belfo.

Instintivamente apretábamos todos el paso para ganar calorías y entrar en reacción.

## XIII

No habíamos caminado un cuarto de hora, no habíamos salido aún del ámbito de la ciudad, cuando empezó a llover. ¡Lo único que nos faltaba! Galeotes y cómitres miramos desolados al cielo no sabiendo si increpar o implorar. Era en vano. Aquello estaba deshabitado. “Lasciate ogni speranza”<sup>18</sup>.

Los doce nos echamos a temblar.

—¿Qué va a pasar aquí? —murmuraban espantados los de más desolador desarropamiento, los que tenían el corazón a la intemperie y llevaban medio cuerpo al raso.

---

<sup>18</sup> *Abandonar toda esperanza quienes aquí entráis*, de la inscripción que Dante Alighieri encuentra en la puerta del infierno al iniciar su viaje, que le llevará desde allí al purgatorio y después al cielo. [N. e. d.]

—No será nada. Cuatro gotas para quitarnos el sueño—  
apunté yo sin ninguna convicción.

—Si yo fuera engabanado y guateado y conservado en  
lanas, como tú, poco me importaría que me dispararan todas  
las mangas marinas, y todos los lanzallamas atmosféricos,  
toda la artillería celestial.

Los guardias mismos pesteaban y echaban venablos y  
maldecían su satanado oficio bajo su capote.

El agua se insinuó primeramente mansa, curva, hipócrita o  
insidiosa. No era la tempestad trágica espectacular y teatral  
de los estíos tórridos. El diluvio bíblico. El duchazo brutal. Los  
latigazos que levantan ronchas. Los relámpagos que queman  
los ojos y los truenos que dislocan y tronchan la cerviz. El  
viento que silba entre el pecho y arranca de cuajo las orejas.

Era una babita delgada, fina, sutil, un polvo líquido lo que  
caía. Un orballo inofensivo; un sirimiri insignificante,  
inexistente; un cernidillo impersonal; algo que no calaba,  
que nos sacudiríamos como una mosca molesta y de lo que  
podríamos librarnos echándonos la chaqueta a la cabeza.

Antes de que nos diéramos cuenta de la gravedad del  
meteoro, nos encontramos lejos de la población, en plena  
naturaleza viuda, en la soledad de la carretera desierta.

Llovía todavía sin malicia, esperando sin duda a que nos pusiéramos fuera del alcance de todo socorro humano. La mañana encarnizada, abrochada hasta la nuez por la ausencia del violador, del astro padre, se clausuraba y reconcentraba en su virginidad cerril.

El cielo seguía fosco y ceñudo como un juez y manchándonos y salpicándonos con su insalivación.

El paisaje no desplegaba lujo alguno, capaz de consolar nuestra alma.

Árboles más desnudos y andrajosos que nosotros hacían penitencia arrodillados y con los brazos en cruz.

Chozas y cabañas agrícolas mostraban apañaduras profundas, lisiaduras, abolladuras, lamentables huesos mondos, los estigmas de su anemia y de su desmoronamiento.

La campiña achacosa, se dilatava toda horizontal, estirada, muerta, inmóvil, abrumada, bajo el incipiente chaparrón como una vieja fornicada por soldados.

Muy pronto la lluvia se densificó, se hizo espesa, pesada y oscura.

Las gotas no eran ahora fluidas, raras, fugaces y espesas como chispas.

Eran escupitajos sucios. Era una sudada larga y fría que nos inundaba de pies a cabeza.

—Siento no poderme tender panza arriba para insultar al universo —dijo un jorobado que iba a la cabeza de la cuerda.

—¿Qué otra maldición que tu chepa? Toda tu espalda se levanta en una injuria.

—Y que lo digas.

Por no aumentar la humedad y ensanchar el piélagos en que zozobrábamos, no rompíamos a llorar.

Para no engrandecer e inmensificar nuestra amargura y nuestra desesperación hacíamos chistes y optábamos por retorcerles a una y otra el cuello entre sarcasmos.

—Que llueva a vaciar. Mejor. Así nos regamos.

—No. Ya se nos irá la roña, ya. Es un antisárnico este jeringado.

—Son dos gangas. Nos bañamos y se nos lava la ropa.

—Si me retorcieran, si me pisaran y prensaran, me sacaban un pellejo de mosto.

—Caldo de gallina y grasa de cerdo te sacarían.

—Lo que es los piojos de esta hecha se ahogan todos.

—Que no se ahogara el mundo entero.

La ducha cada vez era menos cernida, más intensa, más prieta.

No valía estrechar las filas y apretujarse como el ganado.

Los árboles sin fronda, como paraguas con el varillaje descarnado, no servían para sopluiarnos y guarecernos.

Los doce íbamos empapados hasta el hueso, mojados hasta el ánima.

Los pies nos nadaban en las botas. A algunos se les quedaban las alpargatas y el calzado en las charcas.

El tabaco nos flotaba en los bolsillos, como las judías en el rancho de la cárcel.

Los libros que llevábamos para nuestro intelectual nutrimento y moral consueto se habían convertido poco menos que en poleadas.

Se nos desprendían pedazos de chaqueta, de pantalón.

Naufragábamos en las badinas y nos atascábamos y caíamos de popa en los barrizales. Chocleábamos y patinábamos alternativamente.

Éramos unos guiñapos. Un detritus. Una ambulante miseria.

La ropa empapada nos pesaba muchas arrobas.

Chorreábamos al mismo tiempo lluvia y sudor. Caminábamos ahogándonos, nadando, con agua hasta el pecho.

Teníamos la sensación de que nos arrastraba un torrente, de que viajábamos inmersos en las cataratas del Niágara, en la corriente de un río.

## XIV

El patizuelo del correccional parecía un campamento o un aduar después de una razzia.

Todo el pavimento estaba tendido de “cadáveres”, de cuerpos atroncados, de humanas piltrafas rotas, arrugadas, eventradas y deshechas.

Los doce que habíamos llegado de tránsito, acabábamos de caer allí como segados, como cortados por las raíces que nos unían al suelo, de bruces, con las piernas abiertas y los brazos en cruz, sin conciencia y sin huelgo. Algunos, sin embargo, reaccionaron pronto. No muchos. Los menos.

Tres o cuatro que se habían tirado sobre un montón de escombros ya dormían como leños, como serpientes hartas o lagartos ebrios.

Otros lavados en la pila los cueros sudados, las lanas sucias, los pies polvorientos y sangrantes, hecha la higiene de

urgencia, habíanse acurrucado y ovillado en un rincón y cerraban los ojos.

Otros se habían desnudado casi totalmente y habían puesto su ropa a secar.

Uno o dos pedían instrucciones a los veteranos, a los dueños de la casa y estaban encendiendo fuego para calentar sobras de rancho que quedaban del mediodía en unas gamellas.

Eran las cuatro de la tarde. El día declinaba, cerrábase como un puño y algún monstruo invisible iba bebiéndose a grandes tragos la luz.

A mí el cansancio, el desmadejamiento, el magullamiento de todas mis carnes y el total tronchamiento corporal, no me dejaban dormir.

Me extendí en tierra dos o tres veces, desaté las cintas de mis potencias y mis sentidos y los desparramé por las duras losas como un haz de mimbres; intenté apagar todas mis lámparas interiores, pero fue inútil.

El chorro del agua de una fontanita próxima me barrenaba las sienes.

El hedor del retrete desbordado me mareaba, me producía vómito negro. Y lo teníamos pegado a la boca, adherido a la pituitaria.

Los presos al ir a hacer de cuerpo pisaban sus propias evacuaciones y se desnudaban en nuestra presencia, porque para evitar que se entregaran a las aberraciones de Onán, habían quitado al gabinete la puerta.

Luego el olor de la concavidad, de la cama o bodega que oficiaba de dormitorio y en la que se nos cerraría al venir la noche, me obsesionaba.

No. No podía permanecer horizontalmente. No lograba caer en la media muerte morféica.

Me acerqué a la cocina, al hornillo en que escalfaba su menestra un compañero hambriento.

Me mezclé con los presos de número, con los más experimentados doctores de la Academia, con los viejos inquilinos del hotel, con la gente de la garra y de la carda.

Un Baco que llevaba treinta años de horrible esclavitud penal, y que terminaba su carrera con una leve corrección que ahora estaba cumpliendo, me mostró su vida estrafalaria, original y montaraz.

Varios muchachos desertores de África me enternecieron con la exposición de sus cuitas.

Yo les referí nuestros trabajos hercúleos, nuestro peregrinaje por caminos y carreteras. Pregunté a unos cuantos los nombres, los delitos que purgaban. Bromeamos.

Me interesaron tres figuras raras, que permanecían aparte, en un rincón, sin nombre y sin curiosidad por lo que decía yo.

Eran dos hombres y un chico. Uno de los hombres mascullaba una soleá. El otro con un tenedor de palo, simulaba que tocaba la guitarra. Y el niño, jaleaba serio e hierático como un escriba egipcio.

—Son gitanos. Padre, hijo y cuñado. Procesados por robo de caballerías. No se levantan, porque están baldados de la paliza que les dieron al detenerlos. El pequeño no será más hombre. Hace quince meses que, están presos y se los han pasado laringeando, dando jipíos, lanzando ayes cantados y llorados, capaces de rajar un roble.

—Castizos y flamencos que son. Habían venido de Andalucía a una feria. No hay más que oír a ese trinar para convencerse de que son cañís puros.

—Tiene áspera voz. pero se “explica” como un padre de la Iglesia. Hay sentimiento. ¿Verdad? Anda, arráncate por algo para quitarles la modorra a estos amigos.

—¿Y qué voy a cantar? —preguntó el aludido, recogiendo la interpelación y ardiendo e hirviendo en deseos de lucirse.

—Lo que quieras. Cualquiera friolera. Gitanerías. Una taranta, un fandanguillo, bulerías, jaberías. Lo que no te repugne al cuerpo. Pero, sobre todo, que no sea triste. Y tú afina la tiorba.

El guitarrista, curvando los dedos como garras, apretándose el palo contra el pecho hasta clavárselo en él, hacía como que preparaba el terreno al cantaor.

Este, cuando la “sonante” le puso el alma a punto de caramelo, entró con la siguiente quintilla:

Yo tengo una manuelita  
y dos mulitas sobrañas  
y la novia más bonita  
que ilumina el sol de España  
Sevillana y morenita.

—¡Ole! ¡Bravo! ¡Pero que muy súper! Ni un fonógrafo.

La garganta del artista era un peine. En vez de hipar, rugía. Pero estilizaba el canto y sacaba todo el partido posible de sus escasas facultades vocales. El auditorio, enfervorecido, acompañaba con palmoteos y cucharazos y lujuriente gangueo.

—A ver, Lolillo mío. Venga otra copla. Pero cuidado con macabrear Sobre todo no nos abrumes el alma,

Abre que soy el Moreno;  
Son las dos de la mañana;  
Dame, que soy el Moreno,  
dos copas de vino bueno,  
que vengo con mi guitarra.

—Eres más grande que Escacena y que Chacón.

—Y que el Niño de los Lobitos. Es el disloque.

—Te has ganado una copa de “Celada”, que te pagaré en su día

El cantaor, después de agradecer la ovación, gorjeó o gargajeó:

Con cuatro jacas castañas,  
cien duros en la cartera,  
y Concha la del molino  
me río de España entera.

El cónclave aplaudió fragorosamente, con manos y pies. Los que estaban dormidos se espabilaron. El pequeño cañí jaleaba frenético y espoleaba al “tenor” en un caló jergal extraordinariamente pintoresco.

—Si viene el “gurón” os va estrellar la guitarra en la cabeza.

El cantaor, enardecido, no se arredró. Carraspeó muy jaque y dijo cambiando de registro:

Anoche soñaba yo  
que mi marido era sastre  
y con los cuernos cosía...

—Que os la vais a ganar. Que va a venir el de la gorra

dorada y os va a hacer cantar a todos cuarenta misereres y doscientos kiries.

—No seas pelma. Déjanos en paz. Sigue, barbián.

—Que viene el bu y si os coge milongueando va a cruzar su bastón con vuestra nariz y os va a poner lentes a todos, hasta a los que no sois miopes.

—¿Es muy bruto el tirilla? —pregunté yo escamado ante la insistencia de aquel aguafiestas.

—Más que un cabestro. Dice que los presos somos ropa sucia, pingos humanos, y que la ropa sucia se lava a golpes, con jabón de palo, vaya. Y si con esa lejía que lavara a los hombres todos estaríamos como patenas, porque no hay uno a quien no se le haya puesto en colada veinte veces al menos. Ahí tienes uno a quien de un bofetón le partió la lengua.

—¿Sin más ni más?

—Porque se le antojó. Pega porque es un cobarde. Un día un preso le hizo frente con una cuchara, cuyo mango había previamente afilado con una piedra y lo puso en fuga. El vencedor lo perdonó diciendo dadivoso y generoso: “Yo no destripo cerdos por el rabo”.

—Luego se vengaría bárbaramente.

—¡Ca! Al que le enseña los dientes lo deja. O se la guarda hasta que se pueda tomar el desquite. Es rencoroso y malo.

—A ese pobre gitanillo que se deja apéndice capilar, porque paralítico como está, sueña el alma mía con ser torero, no cesa de repetirle: “Te vas a estar en la cárcel hasta que la coleta te llegue al suelo”.

La zambra había parado en seco.

Los presos rodeaban al que hablaba y ratificaban con la cabeza sus afirmaciones.

—No te digo más que en un periódico local lo dibujaba un caricaturista con dos presos, triturados entre los dientes. Nos prohíbe silbar, cantar —aunque como has visto, cuando él se ausenta, nos aprovechamos—, discutir de política —y para él política es casi todo—, hacer gimnasia, quitarnos el frío de los pies tamborileando en el suelo. El otro día porque cogió a un celular subido a la “burra” a la ventana, le atizó una patada. ¿Y al Mellao? Porque por las tardes al tocar retreta decía: “Cabo de guardia, suelta el perro”, y por las mañanas al tocar diana: “Cabo de guardia, ata el perro”, lo ha hecho procesar por insulto a centinela. No está contento más que cuando nos molesta o cuando nos tiene engabiados en la perrera. Su joca! sería poner un letrero en cada pared de estas que dijese: “Se prohíbe vivir”.

## XV

La noche se nos vino encima, como la techumbre de una catedral que se derrumba.

Montañas de escombros, una maraña de tizones, de carbonos apagados, de tinieblas impermeables pesaba sobre nuestras espaldas y nos asfixiaba. No se podía respirar ni sacar la nariz por el agujero, por el desgarrón de una estrella.

El cielo se abría y se desplegaba tupido sobre nuestra cabeza, sobre nuestro destino trágico, como un paraguas negro.

Cuando los que estábamos despiertos, nos sumergíamos en la dulzura del nocturno no ver, del no pensar, don Severino, el Director, apareció en la puerta.

Se había anunciado desde la cancela con resoplidos y

rugidos felinos, como era consuetudinario, al decir de los que lo padecían.

—¿Dónde está el oficial? Que se cuadre. Que se pare y que venga. Esto parece una ranchería, una casquería de sucio que está. Huele a vivos muertos, a carnaza en descomposición. ¿No hay escobas, ni agua, ni gente para raer la basura? Y esas luces ¿qué es eso que no se encienden?

Luego, asomándose al patio, detonó de nuevo, continuó aullador, erascitante.

—¡Cómo! ¿Y éstos no están todavía encerrados? ¿No se ha verificado el recuento? A ver. De pie, todo bicho viviente. Y en fila. Uno, dos, tres... ¿Está completa la fuerza? ¿No falta nadie? Pues a la pajera. Que esta noche no tendréis frío. Os vais a comer los unos el aliento de los otros.

Con el bastón y con su bufido autoritario, nos empujó hacia la hosquedad en que habíamos de aposentarnos hasta la mañana siguiente.

Tuvimos la sensación de que nos metían en un saco. La bala no entra más justa en el cañón de la escopeta.

Como mochuelos que anidan en el hueco de un tronco, como lagartijas que hacen su casa en la grieta de una pared, como cadáveres amontonados en la fosa común, así nos encontrábamos nosotros en aquel antro.

La mayoría, rendidos, como estaban de los largos trotes, con los huesos hechos sémola, no se dieron cuenta del encajonamiento de que habíamos sido objeto, del Averno en que nos acababan de precipitar.

Siquiera descansaban de una vez. Siquiera, podían finalmente, poner en el suelo los trabajados, los agobiados riñones y colocar en posición horizontal la columna eje, el rosario de las vértebras.

Especialmente los sociales, se entregaban al sueño con verdadero frenesí, con verdadera hambre, y se les veía diseminados por tierra en total abandono de sí mismos y de todo pudor.

Llevaban, los pobres, meses y meses de no dormir más que a medias, con solo un ojo y no del todo cerrado.

Venían de la corte del desvelo; de la cárcel en que se sacaba de noche a cencerros tapados los presos para matarlos, para sacrificarlos como ovejas con las patas ligadas.

Eran horrendas las noches en la Bastilla, trágica.

Un zumbido de insomnio y de inquietud, de fiebre y de pesadilla traspasaba de todas las rejas.

Los cautivos se agitaban en sus camas poseídos de bárbaros y animales espantos y se adivinaba en los

ronquidos truncados la protesta de la carne joven, de los veinte abriles, risueños y esperanzados que no se resignaban a morir.

Cualquier rumor nos sobresaltaba. El alerta de los centinelas parecía graznido de pájaros nefastos, de cuervos de siniestra catadura que revoloteaban sobre la prisión.

Y cuando alguna puerta se abría y en alguna celda se notaba movimiento, estallaba el escándalo y se corría el vocerío de galería a galería.

—No salgáis que os llevan al degolladero.

—Acordaros de Breal.

—Si quieren nuestra vida, que nos la quiten aquí.

Aumentó la excitación, hasta llegar al paroxismo, cuando se supo que en la puerta de la cárcel no dejaban estacionarse a nadie. Una porción de noches, numerosas madres, hermanas y esposas —algunas embarazadas— de presos, cuya vida se consideraba en peligro, habían montado la guardia hasta el amanecer a la puerta de la Celular, para evitar que los hombres vinculados a ellas fueran asesinados al ponerlos en libertad.

Pero a alguien debíale de estorbar esos testigos molestos, cuando la guardia civil las dispersó a culatazos.

Después de tanta ansia, de desasosiegos tan mortales, dormir a pierna suelta con la seguridad de que no se nos había de despertar para pistolearnos o para cenarnos un ancho plato de leguas, casi era la felicidad.

Yo, con todo no hincaba el pico, no me quedaba roque.

Tenía un clavo remachado entre las cejas que no me dejaba reposar. Zumbábame aún en los oídos, la sinfonía del agua.

Luego, los pies hinchados y las piernas tumentes me pesaban dos quintales y se me desgajaban por el anca y por las rodillas.

Me había, sin embargo, tendido en el suelo sobre un par de periódicos que me ofrecieran por todo colchón, y el decúbito me hacía bien, aunque me sentía derrengado, paralizado por la adinamia presidencial.

El dormitorio tenía unos ocho metros de largo por tres de ancho y no más dos de alto.

En él yacíamos sepultados cuarenta hombres. Al resto de la comunidad la habían embanastado en un sótano contiguo en donde se amontonaban las basuras. Allí habitaba la gitanesca con seis o siete individuos más, procesados por delitos muy graves. Pasaban la noche acostados sobre la eyecta, sometidos a la penitencia de aquel cenobita, que, para mortificar su olfato, se acostaba, con un barreño lleno de excrementos por almohada.

No estábamos nosotros mucho mejor instalados.

Nuestro aposento no tenía más que dos troneras que servían de respiradero la una y de mirilla la otra.

Alumbraba el departamento una lámpara de aceite con una mecha mortecina, enferma del baile die San Vito y aquejada de oscilación y parpadeo mareadores y consumiéndose en inacabable agonía.

Escasamente la mitad de los estajantes o locatarios, tenían petate. La otra mitad tiraban su humanidad, su cuerpo, y su alma condenados sobre las heladas losas, sobre el pringoso suelo.

La mayoría no se desnudaban para dormir, ni tenían de qué.

Los que eran atormentados por el frío se tapaban con periódicos o acurrucándose contra el vecino.

Algunos utilizaban para cabezales las escudillas del rancho, los hierros de las hornillas, las piedras de cocinar.

Nos habíamos acomodado en dos hileras a lo largo, de cada pared.

La habitación no era muy holgada y los pies del de enfrente se le sentaban a uno en la barriga y hasta en la barba.

Los “lechos” se tocaban unos con otros, y raro era el preso que ávido de espacio y horizonte no invadiera el terreno del colindante.

Esto ocasionaba camorras y profligaciones que convertían el mechinal en zahúrda plutónica y en campamento de los rugidos.

Por todas partes, se oían ronquidos, respiraciones penosas, monosílabos de sonámbulos, claquear de huesos mal acomodados, y de cuerpos que se revuelcan.

Un timador ilustrado leía a la luz de una esperma, relatos policíacos de Conan Doyle.

Un quinceno, con principios e ilustración, insultaba a otro que le había disparado una coza.

—Cafre, zulú, basuto, makololo —le decía.

Otro se quejaba de olores hediondos, que la mala digestión del rancho difundía por todo el recinto. Un ampurdanés repetía no sé si dormido o no dormido, esta muletilla: “Estic cuit, estic fumut”<sup>19</sup>.

A mi derecha, un viejo aguilucho de presidio, finibusterre de la humana desdicha, se lamentaba patéticamente:

—¡Qué vida más cabra y más macabra! Por algo me resistía

---

19 Estoy cocido, estoy ahumado. [N. e. d.]

yo a nacer y ni con ganchos quería salir del vientre de mi madre. ¡Cuitado de mi!

Y continuaba:

—Cincuenta años tengo, y no ha hecho en mi alma un día de sol, un día de buen tiempo. Y aún fastidian con que si uno bebe, con que si uno se hace servir el anís en vaso de agua y el agua en copa de anís. ¿Pues, que hemos de hacer los pobres para aniquilar la conciencia, para ahogar el sentimiento? Pajillas de azufre quisiera yo que me quemaran en las narices, a ver si me atonto como las gallinas, como las aves de corral cuando yo las inciense y me presento con el saco a las tres de la mañana en los “gumarreros”.

Breve pausa, y anudaba el soliloquio:

—Y, luego, siempre en la parrilla. Siempre humillado, rajado, estrellado contra las baldosas. Siempre recibiendo costillazos, jarabe de estaca y caldo de vara. ¡Prostituta vida! “Mellao” me llaman y “Crismao” me debieron de poner en el bautismo, pues me la rompieron a poco de nacer. ¡Perra vida! ¡Sota suerte!

Como la monserga se hacía un poco pesada, interrumpí la declamación:

—Oye, “Mellao”. ¿Cómo haría yo para escribir una carta? No podré cerrar los ojos mientras no mande un recado a mi novia y no le dé noticias de mí.

—No es difícil eso. Que te deje el “Pelenche” la vela y por ahí te facilitarán pluma, papel, tinta y sello. Y para mesa puedes elegir entre el suelo y mi espalda.

Con la solidaridad que suele haber entre desgraciados, me procuraron todo lo que me hacía falta en menos que cacarea un gallo. Tracé unas líneas sobre las costillas del “Mellao” que se empeñó en servirme de escritorio. Pero luego, tumbado boca arriba continué mi carta sobre un libro. Antes de terminarla, me dijo el “Mellao”:

—Mañana al levantarnos se la tiramos por la ventana a la Bermeja, y no tengas cuidado.

—¿Quién es la Bermeja?

—Una amiga nuestra que vive ahí delante en una casa de trato. Es nuestra novia. Es nuestra “honda” y nos quiere mucho. Nos manda tabaco, algún sonante, algo de dinero y nos echa las cartas. Es una muchacha asombrosa. Lo grande es que sólo la conocemos la voz porque la cara no se la podemos ver. Los obsequios nos los envía por los soldados de la guardia. Estos nos traen también su correspondencia y le llevan a veces la nuestra.

Nuestra conversación a media voz llegaba aquí, cuando la cortó un pequeño tumulto en un extremo del sótano.

—Estaos quietos, tabardillos.

—Ya tenemos lo de todas las noches. No podía fallar la consabida bronca.

—Hijo de una chucha, hijo de una galeriana,

—Te voy a pisar la nariz y a hacértela albondiguilla.

—Ahora mismo nos la machacamos. Ahora nos rascamos, si quieres. —Callad, penurias.

—Majaos los cartílagos de una vez. Daos de moquetes y pateaos la vista y dejadnos tranquilos.

La zaragata no amainaba. Aunque los peleantes, por más que los enguizgaban, no se llegaban al moño.

—Pero ¿qué pasa?, —pregunté yo al Mellao—, ¿qué ocurre?, —añadían otros que acababan de despertarse y que se restregaban con los puños los ojos.

—Nada, una bagatela. El “Charlot” y el “Nano” que están celosos porque les da achares un “pajubique”, a quién llaman la chacharrera. ¡Miserias de esta santa casa!

—Pero eso es monstruoso.

—Todo es acostumbrarse, créeme.

## XVI

Agustín de mis penas:

Por fin. después de una semana de ansiedad, febricitación, incertidumbre acerba y ávido insomnio, tu carta me serena, me sosiega y me aplaca; me refresca como un rocío, como una escarcha llovida sobre el hervor de mis sienes, sobre las ascuas en que me abrasaba y me consumía.

Al último, el pecho se me dilata, se me ensancha y respiro. Ya no me falta el aire. Ya no me ahogo en el vacío que se había hecho en torno de mí al partir tú. Ya aquella sofocación, que interiormente me desgarraba, desapareció. Contigo se me habían llevado el oxígeno que vitaliza mi pulmón, que carbura mi sangre. Habían quitado a la lámpara de mi conocimiento el aceite que la hace arder. Me habían rarificado y arrebatado el soplo que vivifica mis entrañas. Al

preguntar por ti en la prisión y contestarme los empleados que no estabas en la casa triste, en el hotel gris, una cortina de tupido velludo se corrió dentro de mí y quedeme en total eclipse moral, en plena noche del alma.

Con un esfuerzo brioso, con un tirón energético de mi voluntad pude reaccionar, sin embargo.

Pregunté en las oficinas de la cárcel qué habían hecho de ti, qué crimen negro habían cometido o estaban a punto de cometer con mi hombre, con la mala cabeza que yo adoraba.

No me fue posible arrancar a aquellos autómatas de la pluma, a aquellos subalternos carcelarios, secos y huecos como pupitres, tiesos inanimados y calcáneos como reglamentos, una palabra que me orientase, que me pusiera sobre tu pista.

Yo, a pesar de todo, no desmayé, no cejé, no me di por vencida. Antes bien, redoblé mi actividad y me convertí por una vez en detective.

Me informé en los alrededores de la prisión, indagué en la taberna frontera, sonsaqué a los soldados de la guardia, inquirí entre los presos.

Al fin pude averiguar que la noche anterior habían salido doce hombres con rumbo desconocido, conducidos por la Guardia civil.

Entre ellos iba sin duda, el mío. Ibas tú. Tenía, pues, la punta del hilo. Pero ¿dónde te habían encerrado? ¿Cuál era tu destino?

Acompañada de otras mujeres, a quienes se había robado sus maridos, sus hijos o sus hermanos, subí al despacho del director, del dueño del mesón de la ofensa, y le pedí ásperamente cuentas de ti. No me las quiso dar. No fue conmigo galante ni cortés: era un guardacantón. Me habló impasible, abrochado hasta la nuca, con la gorra áurea, calada hasta las cejas, sin clarearse lo más mínimo.

—No se nada, —nos respondió la esfinge. Me limito a cumplir las órdenes de la superioridad. Quien manda, manda. Yo soy el que no tiene voluntad ni iniciativa, el que obedece siempre; en el Gobierno civil o en la Prefectura es donde pueden sacarles de dudas. Me sentí desfallecer. Aquel hombre, hablando, guillotina, paraba el corazón. Nos marchamos sin saludar y nos dirigimos a los centros oficiales.

Como éramos femenino ordinario, mujerío bajo y no lucíamos muselinas y “renards”, nos recibieron los inferiores, el personal de escalera abajo, y se encogieron de hombros ante nuestras demandas y ante nuestras protestas.

—¿Han sido fusilados esos hombres? ¿Se los ha trasladado a un castillo? ¿Han sido embarcados o echados al agua? —interrogamos.

—Lo ignoramos —nos contestaban guardias y policías—. Aquí nunca sabemos nada hasta que nos lo cuentan. Somos los últimos que nos enteramos de todo.

Acudimos a las Redacciones de los periódicos y de ellas también salimos con las manos en el moño.

—Carecemos de noticias —nos dijeron—. No podemos saber, aunque sepamos. Nada podemos averiguar. Si no han muerto, ya escribirán. Si se lo permite la censura, naturalmente. Esta era la única esperanza que me quedaba: que me escribieras si no habías muerto, si no estabas amorozado.

Sumergida en el infinito de mi impotencia, acorralada y emparedada entre muros de coacción y de tiranía, incomunicada en el calabozo social del terror policíaco y del silencio censorio, me debatía inútilmente y luchaba en vano por saber de ti.

Si se te había borrado con chitón de la vida; si se te había suprimido alevosamente, jamás conocería detalle de tu paradero y de tu fin. Si se te había alejado por tierra o por mar, acaso pasarían semanas, meses, carente de noticias tuyas, sin datos sobre tu suerte, sobre tu andar o navegar.

Y lo más terrible de todo era que entretanto, tu madre, tu pobrecita vieja, se me iba de la vida, se me moría entre las manos sin que yo le pudiera valer.

Mira. Agustín, yo te engañé piadosamente el día que te visité en la cárcel

Te dije que no tenía tu madre nada, y, en efecto, tal necesidad sentía yo de que sanase, de que nada fuera su enfermedad, que yo misma me ilusionaba y creía que aquello no era más que un pasajero patatús.

Pues bien. Agustín: tu madre, nuestra madre, ha muerto.

¿Por qué te he de mentir? Quisiera ocultártelo, quisiera seguir la farsa: pero me ahoga, sola, mujer y lejos de ti, el peso de tamaño infortunio.

El dolor de esta tragedia me abrumba, abrumba mis espaldas, me hunde los hombros, hace crujir mi corazón.

Esa puñalada me asesina. La tinta con que te escribo se enrojece y me parece sangre que derramo y que se me va a chorros, vida con que riego el suelo.

Perdóname el mal que te hago, querido sin ventura mío. No existe ya ella, es polvo de la tierra la que te amasó en su seno, la que te purificó para mí, la que me dio a mí el ser al dártelo a ti; la que te alumbró y te crió para que me quisieras, para que fueras mi perdición y mi redención.

No existe nuestra viejecita, nuestra madrica de azúcar, que me estimaba a mí tanto, que te adoraba con tan divina insensatez, con tan emovente enajenamiento.

Los que te han encarcelado a ti, nos la han matado, le han propinado la estocada mortal, el espadazo hasta la cruz.

No ha podido la pobre resistir el golpe horroroso. ¿Cómo iba a poder, si yo tampoco estoy pudiendo? La noche que te acompañó en su viacrucis, fue su última, su epílogo. Después no ha hecho más que delirar, desvariar, retortijarse en el lecho, hundirse y sepultarse más profundamente la daga que le clavaron sus verdugos en el corazón.

Por la herida abierta en su seno se desangraba, se vaciaba, se le iba el espíritu a borbotones.

Cuando no ha podido resistir más ha dado media vuelta y se ha tirado de cabeza en la inmensidad, contra las losas que no perdonan, contra el pavimento que no se apiada.

Ella te llamaba en su congojosa y visionaria agonía, y tú no venías. ¿Cómo era posible?

—Hijo mío, mi Agustín, que me ahogo, que me enfrío, que me muero si me dejas, si me abandonas; que me voy para siempre —repetía sin cesar la dolorida anciana.

Y tú sin acudir a su llamamiento, sin oír sus voces. Pero acaso al mismo tiempo tú agonizabas y en tu alma anochecía también.

Seguramente tú acezabas del propio modo y te caías bajo el peso de tu cruz, y te lo guardas. Pero a mi ojo zahorí no se

le burla. Yo te veo sudar en la vía láctea y terrosa, entre guardias secos y exactos como números...

¿Cómo has hecho ese escalofriante viaje? ¿Qué tal estás ahí? ¿Por qué has tardado tanto en mandarme dos plumadas? Cuando te callas todo esto y no me hablas más que de tu cariño, y se te desborda el corazón tan copiosamente, es que te estrangula el sufrimiento, es que tienes el alma en carne viva y chorreas por todas tus venas.

Yo también te quiero inmensamente, con estupidez. Como una bruta estoy enamorada de ti. Te siento incrustado en mi carne, sembrado y remachado en mis entrañas. Me ocupas enteramente, fibra a fibra, pelo a pelo. Estoy electrizada de ti, cargada de fluido tuyo como una botella de Leyden. Si me tocaras me dispararía, estallaría en chispas, florecería en fuegos. Ahora te quiero más. Ahora que te castigan y te humillan, me posterno yo más febrilmente a tus pies; soy más cosa tuya; me ofrezco y me extiendo más horizontalmente ante ti.

Ahora que eres desdichado, te amo más pasionalmente, te pertenezco más por entero, más totalmente y soy más de tu corazón y siento más estremecedor, más delicioso y doloroso en toda mi carne y en toda mi desnudez, el beso de mi desdoncellamiento, el sangriento beso en que dejé de ser virgen y me hiciste madre.

—Rosario.

## XVII

Estuve una porción de días alelado, con una abulia batracia, absorto en mi tristeza, en esa ebriedad estúpida que a los ingleses les producen sus nieblas, y a las boas una ducha cenital, un solazo capitoso.

La muerte de mi madre me había sumido en profundo letargo físico y moral, me había dejado como una linterna a la que se le corta el pábilo: apagado y helado interiormente.

Abrazadora idea fija me inmovilizaba, me clavaba y crucificaba en el suelo.

No hablaba al día diez palabras. Tiraba el rancho al retrete. Me agazapaba en los rincones para llorar en silencio, para reconcomerme y reconcentrarme en mi pena.

Los compañeros creyeron que se me había enjugado del todo el cerebro, que de mocho estaba parando en mochales.

Suerte que nuevos contratiempos y nuevas peripecias me airearon el espíritu, me desinfectaron el pensamiento y me arrancaron de mi idiótico estupor.

Cierto amanecer de dios, a toque de alba, nos despertaron bruscamente y nos mandaron que nos aviáramos para luenga marcha. En este cabrito mundo, el que nace rueda ha de rodar.

Antes que el sol abriera los ojos, abandonamos la *gemonía* y comenzamos a almorzar millas. Al principio estábamos admirablemente de apetito y comíamos bien. Pero pronto el almuerzo se nos atragantó.

La mañana era de champán completamente frapado y servido en cubo. Excelente bebida para tal comida.

El frío nos arrancaba las uñas y nos agrietaba las yemas de los dedos. Íbamos en la cuerda tres gubernativos y un abortito, un pobre raterillo que no contaría arriba de once años y cuya cara de Niño Dios estaba pidiendo besos.

Nos acompañaban dos guardias de bigotes duros y curvos como sables, y cuyas botas, al andar, hacían un ruido de cascos equinos, de caballería a galope de carga.

La primera jornada fue de cuarenta y dos kilómetros. Diez horas de talonear sin descanso y sin salirnos de la cinta. Un récord, un recorrido de campeonato.

Cuando llegamos al término del viaje, nos bambaleábamos de destalonamiento y hacíamos eses como borrachos, como barbones silenos.

Para dormir se nos dio el santo suelo, la inmisericorde tierra, los desalmados cantos del arroyo.

Pedimos paja para improvisar una modesta yacija, y nos contestaron que estaba muy cara. ¿Paja para personas? ¿Dónde se había visto? ¿Y qué iban a comer el asnal y el mular: clavos? ¿Se iban a roer los puños?

Los cuatro hombres nos tuvimos que tapar con dos mantas: una que llevaba yo, y otra, de uno de los compañeros. Entre las dos tapaban menos que la hoja de parra de Eva.

Nos encerraron en un toril, en una perrera, en una especie de encame de lobos que había en los bajos del Ayuntamiento y allí pasamos la noche, tiritando y dando diente con diente y haciéndonos aguas en el segundo apellido de la autoridad local. Por la mañana llamamos con fuertes golpes y le pedimos potable al alguacil encargado de nuestra custodia, y nos respondió nos meáramos en la mano y bebiéramos.

Protestamos, coceamos la puerta hasta hacerla astillas, armamos un escándalo padre y por fin conseguimos que viniera un cabo de la Guardia civil y atendiera nuestra justa reclamación.

El cabo nos aconsejó que nos calmáramos, y nos trajo agua en una regadera. El líquido era turbio; la vasija, herrumbrosa y no pudimos apagar más que media sed. De levarnos, ni hablar. Era un lujo, una ostentación que ni el alcalde se permitía.

A las ocho, próximamente, reanudamos la marcha. Los pies desollados, mordidos por el camino, no nos llevaban. Mas el corazón juvenil empujaba atrevido.

Emprendimos el viaje ágiles y gaudiosos, joyosos y pimpantes.

Pero pronto empezamos a jadear y a sacar la lengua, a babear y aullar como caballos y a desmandibularnos como perros.

Con mortal cansera batíamos la polvorosa, devanábamos la enredada madeja del camino. Sus innumerables hilos nos rodeaban el cuerpo y nos tapaban los ojos.

Nos dolían las corvas. Los pies se nos dislocaban y tajaban en las roderas, en los meandros, en los vidrios cortantes de la carretera helada. Parecía que pisáramos navajas de Albacete.

Habríamos andado apenas siete leguas, cuando la pobre escurraja humana que venía en nuestra compañía se nos cayó redondo en tierra.

No eran, para su escasa resistencia física, aquel zancajeo, aquellos desaforados trotes.

Le humedecimos al pobrín las sienes, le hicimos reaccionar con un masaje confortador, y envolviéndolo en mi tapabocas, lo llevé un rato en brazos, como a un hijo mío.

Cuando no pude con él, otro compañero se lo cargó al cuello blandamente y lo transportó así cantidad de kilómetros.

El pobre gurriato gamitaba de dolor como una res herida, como un corderuelo que se ha quedado sin teta. Yo le hubiera dado de la mía.

Con su cara de garbanzo seco y su envejecimiento prematuro, inspiraba una profunda miseración. Y el camino se hacía infinito.

Por fortuna, columbramos un pueblo y nos encaminamos allí.

Llamamos en casa del médico; éste tomó al enfermo el pulso, y el afanegado galeno dictaminó que no tenía mal alguno y que nada le impedía seguir la peregrinación. En “sleeping-car”<sup>20</sup>, era verdad.

Gomo la criatura no podía andar, le pedimos a un carretero

---

20 Coche-cama. [N. e. d.]

que lo cargara "por humanidad", en su galera, como un fardo más, cuyo peso apenas habían de sentir las caballerías. Y, si lo sentían, no habían de resentirse, por ser menos irracionales y más razonables que los médicos.

Accedió el carretero a nuestra súplica, y el pituso recobró muy pronto los espíritus. A la media hora refilaba como un pájaro que se ha desaturdido al calor y al amor de humano seno.

¡Como que todo su mal era extenuación, derrengamiento y moledura de huesos! ¡Como que lo que le hacía mal era la carretera, lo que le dolía era el tarso, el pulmón, los huesos tiernos y las anquitas impúberes!

En el pueblo en que pernoctamos nos encontramos con dos estibadores de la Coruña, que hacía seis meses bogaban, desarbolados, por los caminos reales.

Habían atravesado a pie León, Pajares, las Castillas, la serranía de Cuenca, media España goda.

Estaban cadavéricos. A través del leve tul de su piel se veía su osamenta. Eran dos radiografías. Sus ojos, desahuciados de las órbitas, espantaban.

Bailaban dentro de los pantalones y de la ropa que los cubría, como el palo de la muestra de una tienda, como un Pierrot tísico y secado por el amor de Colombina.

—Es de lo mucho que hemos enflaquecido —nos dijeron. No hacemos ni la mitad casi ni la mitad de la mitad de nuestro peso ordinario. La carretera y la deportación nos han devorado. A bocados nos han quitado la carne. A tajadas se nos han comido. A cucharadas nos han vaciado el pellejo.

Se nos erizó el tupé. Se nos pusieron los vellos de punta. Un sagrado horror nos sacudió. ¿Nos sucedería a nosotros lo mismo? ¿Acabaríamos todos en fantasmas, en espectrales imágenes?

Seguimos el viaje con los estibadores durante varios días.

Eran ambos libertarios, y habían desempeñado cargos en la Federación local de la Coruña: el uno, la secretaría; el otro, la delegación de su Sindicato.

Se querían como dos gemelos, como Pilades y Orestes, y con nosotros confraternizaron también en seguida. Sus corazones salieron al encuentro de los nuestros y nos los ganaron.

No tenían nada propio; todo era entre ellos común: vestido, alimento, bienes.

Tomaban el dinero indiferentemente de su bolsillo o del camarada, y jamás surgía entre ellos la discrepancia más mínima, el más ligero desacuerdo, por el absoluto desinterés que presidía sus relaciones.

Eso nos convenció a todos, y pronto vivimos hasta los más recalcitrantes en franco y fraternal comunismo. Todo de todos. Todos para cada uno y cada uno para todos.

En cierto pueblo se nos dio, como de costumbre, posada en la cárcel.

La reja exterior de la misma era grande, y desde la calle se nos veía perfectamente. Más que reja carcelaria parecía reja de enredar flores y de enamorar mozas.

Como nuestra arribada constituyó en el villorrio fósil un acontecimiento, la chiquillería recién salida de la escuela inmediata se estacionó frente a nuestra jaula y comenzó a prorrumpir en gritos, a promover algazara y a escarnecernos.

—Son criminales; sindicalistas de esos que tiran bombas y matan a la gente —decían—. Pero ya las pagarán todas, ¡Oh! Y hay uno pequeño.

Y encarándose con el perinola, le preguntaban, sardónicos, y zahirientes:

—¿Qué has hecho tú? ¿A quién has asesinado?

—Yo, a nadie —replicaba el interpelado—. Yo soy bueno, soy como vosotros; nada más que no tengo padres.

—¿De dónde eres?

—De Valencia.

La menudalla rural acogía con risotadas ofensivas las justificaciones del peque. Las diputaban hijas del miedo, lógica del castigo. Juzgaban como jueces.

Nosotros intentamos dispersar aquella carcoma; pero en vano.

La algarabía iba “in crescendo”, aumentó fantásticamente, y los muy bellacos nos obsequiaron con insultos soeces y con guijarrazos secos, que si nos dan en la frente, nos la cascan.

El escándalo era ya tan descomunal, que llegó a oídos del maestro, y le forzó a intervenir y a presentarse, rojo de indignación, en escena.

—¿Qué es esto? —bramó, iracundo—. ¿Qué estáis haciendo, granujas? Deshonrarme, ponerme en ridículo, ¿verdad? ¿Esto es lo que yo os enseño?

Y dirigiéndose enérgico, a los mayores añadió:

—Pedid en seguida perdón a estos hombres, que son unos santos, que padecen persecución de la justicia, que están sufriendo por nosotros que son víctimas de su sensibilidad y de su bondad y que van de cárcel en cárcel por defender sus derechos. Aprended de ellos, en vez de burlaros de sus angustias, e imitadles cuando seáis hombres.

Y pasando su mano a través de la reja, estrechó y oprimió fuertemente la nuestra. Y estampó un ósculo en la carita del pequeño. Y nos trajo un pan. y nos lo ofreció, diciéndonos conmovido:

—Es todo lo que tengo. Aceptad esta miseria. Con alma y vida os lo brindo. Adiós, hermanos. Larga salud os deseo.

Desde entonces, la turba monicaca, las monas bizcocheras que antes se mofaban de nosotros, nos respetaron y nos miraban con ojos amigos, con acariciadora insistencia.

Algunos, al pasar por delante de la reja, se quitaban la gorra. Otros, apresuraban la marcha, sonrojados de su anterior conducta.

Las mujeres nos traían higos y nueces, pasas y orejones, y nos lavaron y cosieron la ropa. Nos mimaban como a hijos y nos regalaban como a amantes.

Nosotros les mostrábamos nuestro agradecimiento con palabras líricas y ellas se quedaban boquiabiertas oyéndonos hablar. Música del de Bonn<sup>21</sup> no las habría hechizado más. Las instruíamos, les referíamos historias, las catequizábamos. Muy pronto nos habrían traído los hijos para que se los bendijéramos y se los rehiciéramos en molde nuevo.

---

21 Se refiere a Beethoven, [N. e. d.]

Pero no tardamos en ser desgarrados del lar y hogar provisional que nos habíamos creado y alejados de la fogata de simpatía que encendimos en aquel pueblo y que nos calentaba el alma.

Por fortuna, por feliz azar, la pareja que nos tocó en suerte en esta itineración se condujo humanamente con nosotros. Hora era. Hora de ver hombres tiernos bajo uniformes.

Nos quitó la Benemérita —con gusto la llamo esta vez así— las pulseras, nos soltó y libertó las manos en cuanto salimos al campo y nos dio licencia para andar a nuestras anchas, parar en los mesones y tirar piedras a las picarazas.

Éramos los presos seis, y los guardias, dos. Hubiera habido fox-trot y mar chicha si nos hubiera dado la gana. Y rigiendo el compás del baile nosotros.

Podíamos haber desarmado a los civiles, haberlos atado a un árbol y haber tomado el tole.

No quisimos, con todo, abusar de nuestra fuerza y de su confianza, y corresponder al bien que se nos hacía con una traición. Fuimos leales. Fuimos buenos.

La pareja que al día siguiente se encargó de nosotros, era algo más escamona. Nos desataba de dos en dos. Cuatro íbamos con esposas y dos sin ellas. Y cada media hora ataban a los que iban libres y desataban a dos de los que iban amanillados.

No eran los “tricornúpetos” mala gente, pero no se fiaban. Gato escaldado, el agua fría evita.

Uno de ellos nos decía, patético y épico de sinceridad:

—Sería idiota negar que los sindicalistas tenéis razón. Además, gracias a vosotros, se nos ha aumentado a nosotros la soldada. Con un diario de cinco “pavas” era imposible vivir, y habríamos tenido que ir a la huelga. Vosotros nos habéis ahorrado este enojo. No cabe duda: sois muy majos. Pero en este país no se puede ser sincero ni entero, porque, al que no tasca el freno y no es buen burro de reata, lo baldan.

Esta manera de pensar no es entre guardias tan rara, como muchos se figuran.

Lo que es que el uniforme cohíbe, el barbuquejo aprieta las bocas, y la mayoría no osa exteriorizar su pensamiento. Al contrario, lo tapan le echan tierra encima, como a fuego de humo comprometedor que se quiere ocultar.

Tampoco son todos desalmados y crueles. No pocos se sienten carne de pueblo. Penan con éste. No le fusilarían en una asonada. Pero los hay que mugen.

El que más se ensañó con nosotros en esta etapa fue un trompeta joven y de mirada bizca, que nos tuvo bajo su férula y nos tiranizó durante todo un día mortal.

Al recibir el oficio de entrega y ver que su compañero nos esposaba con suavidad, le dijo al cabo:

—Si no los amarro yo, no me hago cargo de ellos.

El cabo le hizo notar que ya íbamos seguros. Pero él inquisitivo y sospechoso no se convenció, insistió en sus trece y hubo que pasar por lo que él quería.

Nos colocó sortijas en las muñecas y en los brazos, por encima y a poca distancia del codo; y a los dos estibadores, que eran muy altos y muy gentiles y garbados mozos, les apretó con la rodilla las cuerdas.

A continuación, cargó el máuser delante de nosotros, y nos descerrajó, terco y amenazador, el siguiente tiro:

—Al que se salga de fila, le desparramo los sesos de un balazo.

Durante el trayecto, trató varias veces de meternos por trochas, vericuetos y atajos sospechosos. Supongo que con no buena intención. Pero nosotros le tañamos, y nos negamos a obedecerle, razonando que la conducción era por carretera, y nadie nos podía obligar a salir de ella.

El neroncillo auribotonado se mordió el belfo y vengóse con trapacería y chincheries o infligiéndonos menudos suplicios.

En todo el viaje nos permitió sentarnos, ni pararnos, ni descansar, ni liar un pitillo.

Si nos replegábamos a la sombra de los árboles o mostrábamos querencia por los declives y bordes menos polvorientos de la carretera, movía al instante bronca y nos echaba de un culatazo al medio del camino.

No nos dejaba hablar con los trajineros que encontrábamos al paso, ni pedirles de beber y de fumar, ni preguntarles si faltaba mucho para llegar al poblado.

No nos deslió ni para hacer de cuerpo. Al que le acometían ganas de exonerar, con una mano había de desfundar el violín y desatarse y atarse las bragas, y su consorte había de agacharse y ponerse en cucullas con él.

De la presión de los aros, a todos se nos amorataron y amorcillaron manos y brazos horriblemente. La congestión producía fiebre, y las venas nos ardían como tubos de caldera de vapor.

El pobre pequeño gazmiaba y gañía de dolor como un gazapillo que tiene las palas cogidas en un cepo. No hacía más que preguntar qué cuándo llegábamos.

Los mayores gruñíamos como jabatos cercados y acorralados por podencos. Uno de los marinos no paraba de expectorar interjecciones sacrílegas y de decir:

—“Cajome” en Dios.

Como no hay jaqueca que cien años dure, nuestra pasión se acabó con el día.

El trompeta nos depositó en manos del alcalde del pueblo de nuestro destino, y se fue con cincuenta mil satanases a trompetear a otros.

Por cierto, que este alcalde estuvo con nosotros grandioso, se portó suntuosamente. Primera vez que nos sorprendía también, con su alma grande, una primera autoridad municipal.

Nos fue personalmente, la de la población aludida, a sacar de la cárcel donde sus corchetes nos habían embutido.

—¿En esta pocilga, en este cubil de fieras, han de habitar personas? —vino diciendo—. El colmo fuera. Salgan en seguida y vengán conmigo.

Le seguimos, y fue indecible nuestro asombro cuando vimos que nos instalaba en el salón de sesiones del Concejo y que nos proporcionaba jergones y mantas nuevas, y que nos encendía la estufa, y que nos entregaba papel y tinta para que escribiéramos a nuestras familias, y que nos mandaba hacer una paella y nos regalaba con vino de su cosecha propia.

—Yo no comparto las ideas de ustedes —nos decía—; creo

que están ustedes equivocados; pero respeto su modo de pensar, y mientras estén aquí, serán mis huéspedes, nuestros huéspedes, los huéspedes de este vecindario, y no nuestros prisioneros.

En efecto; tres días acampamos allí y fuimos atendidos, considerados, obsequiados, mimados y tratados a cuerpo de rey.

Bien pronto añoramos tan generosa y caballeresca hospitalidad.

## XVIII

Con nosotros venía un “expropiador”, garrido garzón. muy avisado y salado. Canela fina. Un “as” en su clase. Capaz de quitarle a cualquiera los calcetines sin descalzarle las botas.

Iba en la cuerda mano a mano conmigo. Formábamos yunta.

Contaba apenas veinte años, aunque aparentaba veinticuatro o veinticinco, y hacía diez de su ingreso en la cofradía de la rasca.

Era un mocejón de talla alabardada, fornido, fuerte y bravo como un almogávar. Sembraba salud y juventud y gozaba de un humor a prueba de rabetazos y narizudas.

Era aragonés, republicano y ladrón. Cultivaba del robo todas las asignaturas.

Admiraba a Costa; profesaba devoción a Pilar la de

Zaragoza; gustábale atrocemente el tintillo, y cuando el morapio le cosquilleaba en el cuerpo hacía de un lápiz, de un mondadientes o de su pecho mismo vihuela y joteaba que se las pelaba, y sacudía las alpargatas como un turro de zorongó.

En la cárcel llamábanle el “Gana”, por su famoso apetito. Se atizaba diariamente diez latazos de rancho y cinco o seis panes de munición.

Las monjas estaban disgustadas con él porque, con su glotonería, mermaba el pienso de sus gallinitas, y porque las perseguía constantemente y las ofendía con sus vayas, con su descaró y su lubricidad y con su anticlericalismo de masón y de lerrouxista excomulgado.

Andaba suelto por la cárcel porque poseía unos pulmones estentóreos para tocar la corneta, y cuando columbraba una hermanita, se le caía de las manos el instrumento.

Les sacaba motes irreverentes a todas. Apodaba a una sor “Filete”, a otra, sor “Pulpo”, y “Cielito lindo”, a una tercera, que era más fea que un tiro y más negra que un caldero boca abajo. Eso, sin perjuicio de adularlas bajunamente, para sacar de cada una la raja o tajada que pudiera.

A la que repartía el rancho fingíala respeto y religión, porque era devota y vieja y para que le doblará la ración y le espumara en la gabeta el tocino y la carne para él.

A la enfermera, soldadesca y rajante, le daba coba y le contaba anécdotas que hubieran sonrojado a un gastador. Y el truhán se daba una maña lafontainesca en salpimentar los epigramas droláticos<sup>22</sup>.

—¿Sabe hermana, lo que le dijo el médico ayer a sor María del Amor Hermoso que fue a quejársele de neuralgia? Pues le dijo: Usted, lo que tiene, hermana, es que se le ha retirado la menstruación y está cachonda.

La monjita retozona descosíase de gozo y se reía como una loca, y servía al "Gana" una copita de rancio o un vasito de leche.

—Pues, ¿y al cura? ¿No le han contado lo que le dijo al cura el otro día? Le vio con un sarpullido sospechoso en la cara y le espetó en el Centro de Vigilancia, delante de todos los empleados: "Cuídeseme, padre, y tome mercurio, que esos granitos son de sífilis terciaria. El pobre padre se quedó lívido.

La religiosa se desquijaraba, escupía las muelas de regocijo.

—Un poquito más del añejo, hermana. La sangre de Dios me entusiasma. Y mire si hay por ahí algún huevo, que tengo una debilidad que me quiebro. El de arriba le pague la santa caridad que me hace.

---

22 Drolático. Referido a cosa, grotesca, chusca, ridícula. [N. e. d.]

—Pero si tienes una barriga más honda que el infierno. No te puedes ver ahíto. Comerías cagatierros. Te darías un pienso de chatarra.

—Es una desgracia, hermana. Conmisérese de mí. Figúrese que de chico, en el pueblo, me comí dos tuertas y las digerí como "biscuits". Es una fatalidad. Hay, según la Escritura, cuatro cosas insaciables: la tierra, el tártaro, el estómago del hombre y ¿sabe, hermana, cuál es la cuarta?

—No. ¿Cuál es?

—La lubricidad de las señoras.

La monjita se partía, se descoyuntaba de alegría, y el "Gana" triunfaba y vencía en todo el frente.

En toda la prisión contaba con simpatías porque, fuera de ese defecto, era campante y generoso el muchacho. Y masculino y leal como él solo. Y servicial a más no poder.

Llevaba recados, derrochaba cigarrillos y hacía desinteresadamente favores a todo el mundo. Aprovechaba las guardias de empleados condescendientes para abrir celdas y echar un párrafo con los que veía más alirrotos.

En la cuerda nos quitaba el mal humor a todos, refiriéndonos chascarrillos, lances y aventuras de su vida brava y arriscada.

—Soy de un pueblo del Aragón Alto —nos decía a lo mejor; por ejemplo, cuando nos veía amohinados—, muy agreste y de chicas un tanto guitas y ásperas por fuera, pero dulces por dentro, como higos gordales. Yo tenía una novia que se cargaba dos quintales de peso y que me daba unos puñetazos que me hundían las costillas; pero que, a la hora de querer, era una tinajica de miel. Pues, ¿y los mozos? Presumíamos de ser los más brutos en sesenta leguas a la redonda.

Una vez nos apostamos con los de un pueblo vecino a ver quiénes eran más animales, si ellos o nosotros. Y ganamos nosotros la partida, levantando en hombros un carro encallado, que seis machos no podían desatascar y que nuestros rivales no lograron ni mover. ¡Oh! El alcalde ya nos conocía. Un sábado, por la noche, que estábamos de ronda y no dejábamos dormir al vecindario, nos echó encima la Guardia civil para que nos hiciera callar y despejara la calle. A guitarrazos metimos a la Guardia civil en el cuartel. Y al día siguiente aparecieron en las esquinas unos letreros que decían: «Se vende carne de guardia: con hueso, a tanto el kilo; sin hueso, a tanto. Los consumidores nos temblaban. Entraba uno con sacos de contrabando y matute en el pueblo y no se atrevían a decir ni pío. Y si preguntaban “¿Qué llevas ahí”, ya sabían la contestación “¡Mierda!”

El “Gana” no dejaba que nos volviéramos hipocondriacos y que de nosotros y de nuestro ánimo se apoderara la melancolía. Una de sus muletillas era “Eso es más trágico que

llamarse Crótido”, nombre de un su pariente con quien estaba a matadegüello.

Había formado parte de una banda de ladrones, que fueron el terror de varias ciudades y que se conoció con el nombre de los “Randas de la madrugada”.

—Esta vida que llaman airada es emocionante. Y lo más bonito es robar a la justicia. Un día me le llevé del medio de la calle la bicicleta a un guardia que había bajado a un quiosco a expeler. Cierta noche cargué en el Palacio de Justicia con los pantalones del juez de guardia, que estaba durmiendo como un gruyere. En otra ocasión asalté la casa del fiscal Quesada y se la desvalijé, y me le llevé los cubiertos, y exoneré mi intestino en un retrato que pendía de un testero, y que descolgué para hacer justicia en él. Por cierto, que eché la firma y todo. En cambio, otra vez reventé un piso, creyendo que había botín succulento, y me encontré con una habitación de obreros, y me marché, dejando un duro sobre la mesa para que lo gastaran y disfrutaran a mi salud. Yo no desnudo pobres, porque de nada me sirven sus pingos y porque da mala sombra.

En el fondo, el “Gana” tenía profundo respeto a la autoridad y a la propiedad, a lo estatuido legal. Eso era para él lo sagrado. En la cárcel aguantaba como un poste las bofetadas de los oficiales, no por cobardía y flojedad, sino por sumisión y acatamiento al que ejerce el poder punitivo.

A la propiedad ajena, ni a la de los más ladrones, él tampoco se creía con derecho a tocar. Se escandalizaba de que unos anarquistas hubieran atacado a bombazos una procesión, o alguien se hubiera llevado un collar y un dije de plata de una virgen.

Sentía el remordimiento y la vergüenza de su vida y de sus obras y aceptaba, resignado, el castigo como una expiación.

Sin embargo, los detenidos sociales le inspirábamos una gran simpatía.

—Me mandáis volar, y “volo” —decíanos muy convencido, ofreciéndonos todo en alma y cuerpo.

A mí, particularmente, me adoraba. Yo veía cómo escuchaba, embobado, mis palabras, y notaba el exquisito cuidado y la delicadez con que movía su brazo para no molestarme lo más mínimo.

Nosotros le gastábamos bromas picantes, y hasta pesadas y de muy mal género.

—Ladrón y republicano, “Gana”, tú acabarás en concejal.

—Ahorcado como los ajos acabaré —replicaba, casi convencido.

## XIX

—Me detuvieron porque, al leer las declaraciones de uno de los autores del atentado del 8 de marzo, prorrumpí en gritos estentóreos en plena calle y exclamé: “¡Mancebo incomparable! ¡Majestuosa criatura! ¡Qué beso en toda la faz, en mitad de la virilidad te daría yo! ¡Cómo se siente uno fecundado para lo heroico, para lo macho, con sólo nombrarte!

—¿Estabas borracho? Tú habrías secado una taberna o vendimiado todo un viñedo.

—No seas repugnante. No digas ruciadas. Estaba tan sereno como ahora. Dije lisamente lo que sentía, lo que me hervía en el conmocionado pecho y me vibraba en el corazón, lo que siento ahora mismo.

—La verdad es que no había tampoco para tanto, para trincarte por esa pequeñez. Fue una perrada.

—¡Qué quieres! La secreta, aquellos días bebía los vientos —además del vino que podía—, y el que tenía la desgracia de chocarle por algo, ya estaba listo, se la cargaba con todo el equipo. A uno le detenían porque se llamaba Ramón; a otro, porque era “chauffeur”; al de más allá porque había estado en Valls; a un cuarto, por quedarse extático o decir un chiste al pasar una moto.

—Pero, constándoles que tú no eres más que un tarambana, un silbante...

—No creas. Yo tengo mi prestigio entre esa gente. Mi rebeldía, mi cinismo y mi mordacidad les inquietan. Saben que en el fondo de mí hay un gran insurgente, y no se fían. Yo no cometo un presidenticidio pero lo provoco; soy una electricidad concurrente, una de las fuerzas que lo fraguan, que lo desencadenan.

—ilusiones! Tú no eres más que un noctámbulo, un revolucionario retórico y lírico, un perro famélico a quien el hambre hace gruñir y a quien con un coctel y unas piltrafillas se aplaca. Lo más que te concedo es sentimentalismo, romanticismo, corazón e imaginación. Eres un soñador, un fantasmagorista del arte, un ultraísta de la forma literaria, pero no del progreso social. Ante la miseria propia y ajena, te sales por gorgoritos y tararas, te arrancas a metrificar, a violinizar y a rizar el rizo. Pero no tienes más que agua en la calavera y estás castrado para la acción. A ver, desmiénteme eso.

—Algo de lo que sentencias es verdad, por desgracia. Y de ello tiene la culpa el Cinzano. Sin embargo, en los últimos tiempos de universal ilustración, renovación y redención, yo he sentido que el carcomido árbol de mi carne echaba brotes tiernos y que mis lomos florecían.

En efecto, la vida del “ultraísta”, desde unos meses a esta parte, había variado bastante y evolucionado en el sentido de su purificación y elevación.

No era ya el caballero de bohemia, el mangante procaz, el hampón portuario, el orador de tascas y mancebías, el mantenido y entretenido de la luna y de la noche.

Empinaba menos. Se prostituía menos. El mareante olor de absenta que despedía su hábito, se había desvanecido. El serrucho de su garganta, su trágica ronquera de sifilítico y de bacanalizado eterno era menos chirriante. Sus dientes y su sonrisa eran menos negros

El sable de sus hazañas, su heroico acero de Cid campeador de la gallofa y la vagancia, debía de prender de alguna panoplia porque rara vez lo desenvainaba. O acaso estaba enmoheciendo en alguna prendería

Antes no se echaba a la cara a un conocido, que no le pidiera que le hiciera teniente o capitán, que le prestara dos o tres “estrellas” Así llamaba él a nuestra moneda blanca.

Y si no se las daba, se las quitaba. Tenía para el atraco un

descaro inaudito, una audacia inmensa. Todo el monte, para él, era orégano o trébol; esto es, parcela regable.

Asestaba rudos y repelidos golpes a concejales, a tahúres, a curas que pillaba en los prostíbulos o al salir de casa de la querida oliendo a polvos de arroz y a “pulgas” de Chelito.

—Oye, ladrón de cálices, saco de sagrada pápula, ensotonado crapulón, dame por amor de mi Cristo, o por amor de tu Magdalena, para cenar —les decía, ultrajante y agresivo, impío y blasfemo.

En el Ayuntamiento le temían como al beriberi. Llamaba a los concejales republicanos culebridos, letrinas ambulantes, escualos terrestres, hez de la urbe, ramerías electorales.

— Vosotras queréis a la república porque es hembra y para macarronear con ella. Vuestra hedionda República me da náuseas. Dama Matrona es una golfa, harta de pajillear por los desmontes. Y vosotros, unos cochinos, como vuestro sodomizado Castelar —les gritaba, después que les había sacado un duro.

En los garitos no le dejaban ya entrar. Estaban hartos de su despotismo, de sus exigencias y de sus “quien vives”, y aguantaban a pie firme sus trabucazos bandoleros. Llegaba allí como un D’Artagnan o como un Francisco Esteban cogía al explotador del recreo por la solapa y le decía, regándole el rostro con una saliva como ácido sulfúrico:

—Necesito cien duros para un libro genial que llevo en la cabeza. Con que, sacúdemelos. Sacúdemelos sin chistar, que la huérfana humanidad necesita de mis luces.

—Toma cincuenta y bríncame de delante, y anda a soplar.

—Bueno. Pero págale el sueldo de este mes a mi secretario. Son veinticinco “laureanos”. Una miseria para ti.

El secretario era un Crispín, un famélico que pernalizaba en su compañía y a quien había asociado a sus aventuras y a sus derroches sardanapálicos<sup>23</sup>.

El hambre negra, la miseria hereje que había pasado, lo hacía generoso y fantásticamente temerario, y creía que le daba derecho a todo. Y era cierto que había sufrido mucho.

En su carrera de cofrade de la religión de la pirueta le habían ocurrido lances estupendos.

Cierta noche que no había cenado, ¡como tantas otras! — me contaba— y que hacía un frío horrendo, me acordé que en el Palace se hospedaba, un violinista famoso, paisano mío, que ganaba la plata a espuestas. Aunque, el gabancete con que tapaba mis carnes no era muy presentable, allí me dirigí. Era la hora del “comicio” de la tarde. Hice pasar unas líneas a mi coterráneo. “Que le espera. Venga usted

---

23 Persona de vida afeminada y disoluta. Sardanápalo, rey legendario de Asiria. [N. e. d.]

conmigo. Se está sentando a la mesa”, me dijo un lacayo. Seguí a mi introductor sin vacilar. El comedor estaba deslumbrante de electricidad, de feminidad, de levitas, de gastronómicas succulencias. Yo, sin embargo, no me arredré ni me inmuté lo más mínimo. Pero ocurrió una cosa chusca, que en toda mi vida olvidaré. Al verme entrar tan pimpante en el salón, un camarero se creyó que iba a cenar, y de un tirón me quitó el abrigo. Yo no llevaba chaqueta, ni chaleco ni camisa. Mis pantalones estaban destrozados por detrás. A favor del asombro que produjo la escena, aparré el sobretodo y huí. Y aún corro.

—¡...!

—Otra vez por poco me cogen en un robo con las manos en la masa. Estaba en “El Tres de Oros”, el bar ascua de espejos que conoces. Había olvidado ya la manera de mover los dientes para masticar. ¡Tantas horas hacía que no cataba bocado! En estas llega Fabián de las Torres, el sonetista único muriéndose de inanición. Fabián se sienta a mi mesa. Me pide que le invite. Le indico que estoy a dos velas y también con el vientre como un farol. Pero una idea cruzó por mi mente. Vi que el mozo se ausentaba un momento y quedaba sin guarnición defensora el mostrador. En el establecimiento no había nadie más que nosotros. Me levanté. Me acerqué al ara de Mercurio. Tiro del cajón de los cuartos, saco un duro y se lo doy a Fabián. Este me pregunta, atónito: “¿Y tú?” Es verdad.” Vuelvo al cajón, lo abro, tomo una peseta y digo: “Para cocaína”. Cojo dos pesetas más y pienso: “Para ir de

tuna". Apenas rematada la operación, se presenta el tabernero, miró suspicaz mi cara; pero no leyó nada. Si me coge "in fraganti" voy a la Modelo o me desloma de una paliza.

En el periodo más cenagoso de su degradación de su chapoteo en la charca y de su enviciamiento, bufoneaba en los merenderos y chamizos del extrarradio y alternaba con macarrones, con insexuados, chorizos, punzabolsas y toreros.

Dormía en posadas sórdidas, en guaridas de fieras cavadas en lo más hondo, hosco y arrinconado de los distritos, donde el mediodía era un crepúsculo, donde la penumbra era la máxima claridad. Comía empeñando las prendas de sus amigos de ripio y de bambochada.

Un día, a un chulo que le iba a matar por no sé qué charranada fea le dijo más fresco que el aire más impávido que Roldan Santiago apóstol y Juana la Loca de Arco:

—No saques la pistola que la llevo a la Caja y me gasto el dinero en jabón para afeitarte.

Insultaba a los prestamistas y les llamaba plebe vampira, ventajosos. A uno que le ofreció dos pesetas por la faja de seda del "Corchaíto", nada menos que por la faja que llevaba este fenómeno el día que lo enromó un toro, le escupió a la usurera faz estas acibaradas palabras:

—Ya no respetáis nada. Ni lo más sagrado, ni las reliquias de los santos mártires os hacen caer de rodillas. Este país da vómito y convulsión de vientre.

Y muy digno y cogiendo del brazo al propietario de aquel pingajo patriótico e histórico, le dijo, exotérico y arcano:

—Vamos, hermano. Vámonos de este habitáculo del sacrilegio y la herejía. No estamos en templo ortodoxo. Este cendal es para nosotros como unos corporales, como la banda con que tapa la Iglesia las pudendas de Cristo. Vámonos, que esta casa está ensatanada, huele a alcrebite<sup>24</sup> tartáreo.

No obstante, como ya indiqué, llegó un momento en que en la vida y el alma del ultraísta se produjo una metamorfosis notoria y notable. Empezó la gente por observar que se lavaba, se afeitaba y se aseaba un tanto. Renunció a un pequeño momio, una sinecura que le habían concedido en el Ayuntamiento, y que algunos meses, si se levantaba alguna vez antes de la una, le daba por ir a cobrar. Se asalarió de corrector en una imprenta, trabajo honrado y no descansado. No sableaba y echaba el alto al caminante. Se esquiló las sucias greñas.

Olvidó el alcohol, la morfina, el tabaco, los versos los estupefacientes y adormecientes todos.

---

24 Azufre. [N. e. d.]

No concurría a botillerías, licorerías y mancebías. No bulevarizaba ni placeaba.

Dejó de ser arbitrario, extravagante y brillante, para ser emotivo y profundo al crecer intelectualmente.

Escribía en los semanarios de vanguardia prosas ácidas, glosas quemantes. Se susurró que preparaba un drama ibseniano y una garba lírica completamente nueva.

Leía en plena calle a escritores rusos: "Las almas muertas", de Gogol; "La verdadera vida", de Tolstoi; "Sanin", de Arsebatchev; "Uachka Yegulev", de Leonid Andréiev.

Asistía a los mítines. Iba por los Sindicatos a arengar a los obreros y a encabritar, no a acabritar las masas.

Si pisaba un café, era para subirse al trípode y pronunciar oráculos y sentencias proféticas y decir cosas grandes, de noble y prócer perfil.

—No hay más allá que la vida, ni más derecho a existir que el que da el genio o el trabajo —gritaba como un energúmeno en las narices de la chusma parásita, holgazana y beocia—. ¡Viva el trabajo padre! ¡Viva el pensamiento másculo!

A veces caía sobre una reunión de trabajadores y repetía como un monomaniaco, como un Savonarola o un delirante de la Jerusalén sitiada de Josefo.

—La pirámide de muertos toca al cielo, y la profundidad de la mazmorra en que gimen nuestros hermanos prisioneros Pega al infierno.

Fue a raíz de una conferencia clandestina que dio a los obreros de la madera, cuando la policía, que tuvo de ella fácil y barato soplo, empezó a vigilarle.

## XX

Eran las once, “ante meridiem”, y maculaban el cielo grandes placas de tiña.

Arranchamos al borde de la carretera, bajo unos álamos que se alineaban a los lados del cajero de una acequia, erectos y rígidos, tiesos e hieráticos como alemanes en parada. Soleaba. Nos sentamos en corro como gauchos en la toldería.

Los guardias nos habían comprado en un villorrio próximo, con el dinero del socorro, algunas provisiones: pan, sardinas, tabaco y algunos otros artículos de comer, beber y arder. Comer, beber y arder relativamente, sobre todo el arder. Las tagarninas se encendían menos que el agua.

Por cierto, que la Benemérita había tenido que cuadrarse, y poco menos que tirar de fusil para tener a raya la codicia

de un abacero que quería estafarnos cobrándonos por los géneros mercados el doble de su precio. ¡La costumbre de gitanear!

—¡Eh! —le atajó uno de los civiles con brava energía—. ¡Alto a la autoridad! Cuento usted más fino, o presento una denuncia. No consiento yo que se robe tan descaradamente y que se abuse de los presos.

El tendero, refunfuñando y protestando que se arruinaba, rebajó un pico de lo pedido. Doble nos pudo descontar sin desmediar su ganancia. Mas...

—Para criminales, ya estaba bien —debía de pensar para sus adentros.

Pero el guardia que nos había defendido no era del mismo dictamen, y seguramente opinaba que una ristra de especieros amarrados debía de ser más grata de conducir que una sarta de trabajadores.

Ese civil tenía un hijo sindicalista, y sin duda, en recuerdo suyo, nos trataba con piedad y nos endulzaba el cautiverio; cuando nos alcanzaba de beber, nos decía paternalmente, y como besándonos:

—Tomad, hijos. Refrescad las acaloradas entrañas. O calentadlas con este cordial. Si a España le quitáis el vino, tanto me importa hacerme turco.

En la cuerda venía ahora un ruso. Tinov, a quien de un puñetazo le había roto la policía los lentes en la cara, sobre los mismos ojos.

Era un chicarrón fornido y hercúleo, de bucles como espigas y de mirada azul y pura como la de una princesa de balada.

Había estado en la guerra, haciendo dos años de trincheras, vida de topo.

Hablaba cuatro o cinco idiomas. Mezclaba siempre en la discusión graves problemas y tenía una asombrosa potencia de pensamiento.

Era un terrorista convencido. Había figurado en las organizaciones clandestinas de su país, y ante la dinamita y la Star relinchaba como un caballo ante la yegua, con un celo fabulosamente macho.

Hacía que trotaba un año por las carreteras. Pero él era un andamundos y no daba importancia a la deportación.

Fue detenido en una zona fabril adonde había ido a desempeñar una comisión espinosa. Despistó, al principio, a la policía, con su cara de asustado; pero no tardaron en darle el alto.

Como al ser detenido se resistió a que le cachearan y se comió un papel para evitar que cayera en manos de sus

perseguidores, se le propinó una paliza, que le impidió menearse y andar durante varios días.

En el ferrocarril hizo el viaje acostado y atado de pies y manos, y, al término del mismo, hubo que cogerlo entre cuatro hombres y meterlo, como un fardo, en el coche circular.

A pesar de esto, continuamente nos estaba proponiendo rebeliones, evasiones, fugas, heroicidades bandidescas.

—Es muy sencillo —decía—. Desarmamos a los guardias, o los tiramos por un precipicio, les cogemos el fusil, nos echamos al monte, y ¡a vivir!

Acababa uno por no hacerle caso y por rehuir su conversación, porque nos asustaba con su audacia, su energía ofensiva y su capacidad de acción.

En las conducciones había sufrido enormemente, más de lo que pueden soportar humanas fuerzas.

Iba medio desnudo, descalzo, destocado, con el pecho y las pantorrillas al aire, hecho un piel roja, un hombre de la naturaleza y de los bosques.

Como era de epidermis delicada, en las largas jornadas sangraba por las muñecas y los pies se le cubrían de llagas y de costras, de heridas hórridas, que él mismo se cauterizaba con aceite hirviendo, a estilo moro.

De tantas marchas y contramarchas, tenía los talones comidos, gastados y había perdido tres o cuatro uñas y una cuarta parte de cada pie.

Con las plantas desolladas, calzado de barro, de sabañones y de sangre, había recorrido media España, regando nuestro suelo con el licor de sus venas.

Sin embargo, apenas se quejaba nunca. Era moralmente muy firme y se sentía superior a la muerte y al dolor. Erguía, en toda ocasión, la cabeza ante lo que le rodeaba y combatía sin desmayo con quien o con lo que le agredía.

Por otra parte, su monomanía revolucionaria y conspirativa no le dejaba tiempo para nada, ni para pensar en acobardarse y en capitular. Con el ultraísta altercaba frecuentemente y sostenía escandalosas polémicas. No se lo convencía jamás. Es verdad que su fuerte cabeza veía la verdad ocho días antes que nosotros y aferrábala con indeseables ganchos. Tuvimos la desgracia de perder muy pronto la sociedad de este moscovita tan bravo, tan soñador y tan inteligente y tan extrañamente original.

La cuerda se fue desmigajando poco a poco, y los restos, verdaderos andrajos de la trágica caravana, iban rezagándose, iban quedando enterrados como semillas de porvenir en la profundidad de las cárceles, en la oscuridad de los surcos más propicios a las germinaciones.

En una quebraja del sendero dejamos a los dos ácratas coruñeses. Emaciados, extintos, exangües, borrosos, vaga sombra, triste caricatura de lo que fueron.

En otra curva abandonamos, roto, maltrecho, descuajaringado, al chaval, a quien los hados habían repartido en tan temprana edad un lote de sufrimiento tan grande y pesado como a un hombre.

Antes se había escindido la gallofa y la bribia que había zarpado con nosotros de la cárcel grande, la ladronesca de los primeros azares del camino.

Finalmente, en el último desprendimiento, perdimos a Tinov. Y esta pérdida fue la más sentida.

La prensa anunciaba la próxima salida, de un vapor para Oriente y en él parece que se iba a expulsar a los extranjeros peligrosos, sospechosos o simplemente indocumentados.

Tinov figuraba en el flete y entre la harina de flor de la cargazón. El “ultraísta”, que se había enamorado espiritualmente y perdidamente de él, lloró cuando se lo llevaron. Lloró más que por su novia. No es extraño, porque nos confesó que había llegado a quererlo ochenta veces más que a su padre. ¡El gran corazón de ultra!

Yo también sentí el desgarrón, la impía cuchillada en la carne.

Hasta el “Gana” tuvo la sensación de que algo vivo, que había calado en todos, se nos amputaba ferozmente.

El ruso, internacional y cosmopolita y panterrestre fue el único que no se conmocionó lo más mínimo. “Omnia mecum porto”<sup>25</sup>, pensaría como el sabio.

Sencillamente juntó su palma con la nuestra, nos deseó buena suerte y ecuánime, casi jovial, se fue diciendo en francés:

—¡Adelante! *Toujours en avant!*<sup>26</sup>

Adelante, sí. No había terminado el viacrucis.

---

25 Llevo todo conmigo. [N. e. d.]

26 ¡Siempre adelante! [N. e. d.]

## XXI

Hacía cuatro o cinco horas que tragábamos carretera, que mascábamos y comíamos un polvo que nos despellejaba la boca y nos llagaba y ulceraba la garganta. La peregrinada esta vez era matadora, homicida.

Los pulmones, obstruidos por una carreta de basura, nos silbaban, y negábanse a funcionar. Crujía nuestro pecho de cansera.

Una careta de sudor, de tierra del camino, de fatiga, nos enmascaraba y enfangaba el rostro.

El pescuezo, asado y achicharrado por el sol meridial, humeaba y chirriaba, como un pedazo de rosbif a la lumbre, como una sardina sobre las ascuas, como metal fundiendo sobre un fuegazo de alto horno. El “Ultraísta” estaba de un humor de perros, de un humor trágico y macabro.

—Este asesino sol, lacayo galoneado de burgueses y enemigo y avergonzador del pobre, no ha salido más que para cabalgarnos a nosotros, para hincarnos la espuela de oro en el ijar. Dos semanas durmiendo, ensabanado y amortajado entre nieblas; y hoy que se le ocurre sonreír y enseñar la orificada dentadura, no es para alumbrarnos y calentarnos, sino para hacernos sudar como panaderos y ponernos a parir y torrarnos como castañas. ¡Bravo, señor astro rey! ¡Rey habías de ser para hacer estas guarradas!

Yo renqueaba de fatiga y aspeamiento y carleaba bajo el fardo de mi ajuar y de mis penas.

El "Gana" era el único que no perdía el optimismo, la fuga, el festivo talante y que llevaba con una ligereza de corzo la carga de su vida y de su infortunio.

Con sus veinte años jocundos, su salud insultante, sus sólidas costillas y sus puños de atleta, desafiaba a la tierra y al cielo, se pasaba por los calzones a la autoridad y a la sociedad. ¡Generoso muchacho!

Él era nuestro Cirineo. El Cirineo moral del "Ultraísta" y el Cirineo material mío. A mí me llevaba algunos trechos los libros, la ropa. Al "Ultraísta" le llevaba el genio, que era bastante más pesado que mis muebles. La prueba, que solo no podía con él.

Luego era nuestro botones, nuestro fiel y rendido y

adherido servidor. Nos arrastraba, si cerdeábamos. Nos levantaba, si nos caíamos. Nos traía de beber en una botella o en las manos; y con una “sans façon”<sup>27</sup> imperturbable, pedía la bota a los campesinos y a los trajineros. Era para presos. No se podían negar.

Invitando a liar un cigarrillo a los guardias, conseguía hacerlos sentar y que nos concedieran un rato de asueto, que al cuerpo le sentaba como un “consomé”.

Afortunadamente, la pareja que en esta etapa llevábamos, no podía ser más condescendiente y más complaciente. Como de costumbre, al principio no nos causó buena impresión. Pero pronto rectificamos nuestro primer juicio.

En cuanto salimos del poblado nos desató y prometieron bienandanza si nosotros nos portábamos decentemente. Menos fugarnos, todo nos lo consentían. Programa largo.

Dimos palabra de no desmandarnos, y desde aquel momento se estableció entre guardias y presos cordial camaradería.

El encargado de la pareja era extremeño. Hijo de siervo de la gleba y de tierra de latifundios, hasta que ingresó en el Cuerpo, no había ingresado, decía, en el suyo suficiente alimento. Gazpacho, aceitunas secas, yerbas sin aderezo, eran de chico y de mozo su yantar. Trabajaba de estrella a

---

27 Sin cortarse. [N. e. d.]

estrella. Ganaba setenta céntimos de jornal. El señorito, para recompensarle servicios electorales, lo colocó en la Benemérita.

—No dormía ya con las bestias. Pero el arma que había que llevar siempre al brazo me inquietaba, me asesinaba las alegrías y la paz del espíritu, me hurgaba la conciencia, me empezó a hacer pensar. Estuve dos años prestando servicio en Asturias, mezclándome con los mineros, asistiendo a mítines socialistas, oyendo discursos devastadores en las tabernas, en los teatros, en los cotos hulleros, donde quiera que me enviaban a mantener el orden; y es claro, toda esta semilla lanzada a voleo, este chisporroteo continuo de subversiones, prendió en mí y me quemó la ropa. Desde entonces, no tengo de guardia más que el uniforme.

Los presos le oíamos estupefactos, boquiabiertos. Nos parecía que macaneaba.

—Entonces, ¿por qué no tira usted el máuser y no vuelve a empuñar el arado?

—¡Ah! eso, tampoco. Eso, menos. Ser obrero es más denigrante que ser guardia. De esclavo no había de salir. Y, cuando menos, aquí, mis amos me dan pan blanco y ropa relativamente limpia.

—Sí; pero por matarnos a nosotros, por hacer de verdugos nuestros, de vuestros hermanos.

—No seáis corchos. Yo no mato ni un chinche, desgraciadamente. Los que os matan a vosotros, me matan también a mí. Nos matan a todos los desheredados a la vez.

Se hizo un silencio pesado, cargado y grávido de pensamiento y meditación.

Mudos caminamos largo rato con el alma acostada con aquellas, ideas, que la consolaban, y la fortalecían, y la fecundaban, y la preñaban, y la hacían madre.

El “Gana” fue quien primero rompió la tácita consigna, incapaz de estar pensando unos minutos seguidos y de permanecer cinco segundos en la inacción.

Vio una urraca parada en un almendro, y pidió el fusil a un guardia para disparar al pájaro. Serviría para comer, aunque de carne dura y basta.

—Quita, tonto. Que vas a matar algún gañán. Y entonces, el que cobro la pieza soy yo. Me partías por la mitad el puchero del cocido, que es humilde, pero que sustenta a mis hijos.

—Bueno, pues dame el pan que te queda del almuerzo, que me caigo de malagana. Hace veinte horas que no ha entrado gente por esta puerta.

Y señalaba su boca.

—De buena gana dirás que te caes. De excesiva gana. Toma. No es muy grande el mendrugo; pero pronto llegamos a una venta, donde podrás quitarte las penas. Lo que es que ya ha vencido el mediodía y nos habrán vaciado la olla. Pero algo quedará.

—Si no, me como el ventorro, al ventorrillero y a la ventorrillera por las patas.

Abordamos, en efecto, pronto el hostal. Era aquello mitad posada, mitad fonda o cortijo.

En grandes letras se leía en la fachada: “A la buena de Dios”.

En la puerta y sus cercanías hervían los críos, las gallinas, los cerdos, los carros, los tiros de mulas, los arrieros, los postillones, la gente de tralla y de cuadra, todo confuso, revuelto, parlante y chillante y clamitante.

Penetramos en la cocina, que era. a la vez comedor y taberna y “smoking-room”<sup>28</sup> y café y chamizo de baile.

El amplio recinto burbujeaba, y espumeaba de animación. Entre el humo de los caldos, del tabaco, de los tizones, las caras rojas por el calor y por el vino relumbraban como brasas.

---

28 Sala de fumadores. [N. e. d.]

En las mesas en que se acababa de yantar, se repuchaba café o se mascaban tagarninas, o se tiraba de barajas, o se digería animalmente saboreando largamente los postreros tragos y echando la sublime leña al fuego.

En un ángulo, dos cazadores discutían sobre las prendas de sus lebreles.

—Te aseguro que este perdiguero es jamón. Y sangre azul. Lo menos es hijo de conde.

—¡Vamos, anda!, jamón, dice. Agua de limón asada a la parrilla, y agradeciendo. Si es un lila perdido. Ni en la cazuela caza, ni del plato levanta una codorniz.

En un grupo de trajineros y cosarios, gastaban bromas a un camarada senecto.

Saludamos al concurso y nos acomodamos en la punta de un banco.

—Ahora les pondré la mesa ahí mismo, en mi alcoba, porque supongo que querrán tomar algo —nos dijo la mesonera, una jamona descaderada por los trotes de amor y de cara chupada y tostada por los besos maritales.

—Comer, si se puede —aclaramos.

—Me han limpiado ya la oficina; pero improvisaré cualquier cosa. ¿Qué les apetece?

—A mí, deme una chuleta, como la mano derecha, y un pedazo de magro, como la izquierda —saltó el “Gana”.

—No le haga caso. Pónganos una sopa algo ligera; tenemos pocos metales.

—Bueno. Pues hasta ahora mismo, hasta en seguidita.

La ventera se fue a armar la refacción. El “Gana” trabó conversación y amistad con toda la parroquia de la posada, y rondaba los pucheros, y lanzaba miradas compungidas a las sartenes vacías y a las perolas rebañadas.

Los guardias le vigilaban discretamente, mientras se limpiaban el polvo y el sudor; y yo y el “Ultraísta” colocábamos en línea horizontal nuestros triturados huesos.

—¿No quieren una copa? —nos pregunta, un buhonero—. La ofrezco de corazón.

—Gracias. Yo no pruebo más bebida blanca ni de color que el agua. Lo que quisiera —añadió en voz baja— es que os fuerais todos al infierno.

La pareja sonrió.

—Hay aquí un cruce de tres carreteras, y siempre bulle esto de personal. Hasta automóviles anclan con frecuencia.

No había el guardia terminado de decir esto, cuando se oyó

una bocina, y un auto, que venía disparado como un tiro, hizo blanco y un impacto en la puerta.

Dos viajeros, se apearon del coche y pidieron cigarrillos al hostelero.

Los guardias, que reconocieron en uno de ellos a cierto diputado provincial influyente, le saludaron con humildad, sobones, con canino rabeo.

El diputado se acercó, con petulancia a sus subordinados y se informó de su misión.

—Vamos de conducción. Llevamos a estos tres presos.

—¡Cómo! ¿Y no están atados?

—Les hemos desamarrado para comer.

—¿Y sin asegurarlos por los pies? ¿Así cumplís vuestra obligación?

El mesonero cortó la paulina trayendo un soberbio paquete de puros y mostrándoselo al diputado gruñón.

Después, éste, fijándose en nosotros, viéndonos con los pies hinchados con las caras soasadas hechos unos ecce-homos, quiso borrar el mal efecto de sus anteriores palabras, y nos ofreció un puro y un duro a cada uno.

El “Gana” y el “Ultraísta” los tomaron. Yo los rechacé con

dignidad. El generoso donante se encogió de hombros, montó en su mirabolante vehículo y desapareció entre una nube de polvo.

—¡Cochino! —no pude menos de gritarle cuando arrancó a correr a noventa por hora.

Los guardias y la gente asintieron.

—Has hecho bien en no tomarle sus cuartos. Es el ladrón mayor de la provincia. Acaparador, contrabandista, usurero, contratista de obras, propietario, cacique... A pesar de su catolicismo, tiene cuarenta títulos para ir al infierno. Más vale ayunar, que aceptar el convite de ese bandido. Pero no habéis de pasar hambre entre nosotros. Gastad lo que se os antoje, que si es por falta de dinero, aquí estamos la gente honrada para pagar.

No tardaron diez minutos en servirnos la sopa, que vino humeando.

Al “Gana”, ni le tocó en los dientes. Yo también la despaché con gallardo brío. En cambio, el “Ultraísta” no se la podía quitar de la boca. Estaba inapetente, desgano y habría devuelto aire de Guadarrama que ingiriera.

Para colmo de desventura, le salió entre los fideos un fragmentito de cristal, sin duda, de algún vaso que se había roto.

Llamó en el acto a la menegilda —una virgo potens<sup>29</sup>, más potens que virgo, y le dijo con sorna:

—No le habíamos pedido sopa de vidrios, amiga Marizápalos.

—Ni yo se la habría servido a su merced.

—Pues, por la muestra, la sirves sin que te la pidan. Y lo mismo nos puedes servir tus fastuosos cabellos.

—Pero, ¿pretende usted, por el dinero que me va a dar que le salgan en la sopa torreznos o perniles? —atajó la ventera—. ¿Es usted infante de España? Porque, por las ífulas...

—Es usted peor bestia que mi novia, que me abandonó en la cárcel y dejó de quererme al verme preso. Oiga, ¿quién la hierra a usted? Porque seguramente calza los mismos clavos que ella.

—Bueno, bueno. Olvídala, que ya te veo elegiaco y mortuorio.

—¿Va Marimoco a afectarse y a soltar el trapo de las lágrimas?

Nos presentaron luego una tortilla de patatas y un guisado.

---

29 Virgo potens, poderosa virgen. [N. e. d.]

De todo dimos buena cuenta. El “Gana”, haciendo honor a su alias, tragaba como un monstruo. Y amenizaba el ágape con chistes de zarzuela y colmos gastronómicos.

—Yo devoro más que una pantera de Java, porque la pantera “de-jaba” algo, y yo no dejo nada.

Al final hubo su poco de cante y baile, de “souper” o “diner-tango”. El mesonero descolgó una guitarra y un aficionado punteó unos tientos.

El “Gana” se desabrochó por jotas. Un baratijero fue por la fregatriz y, quieras o no, la obligó a dar unas vueltas, a trenzar complicados giros y a lanzarse al vértigo de una rotación frenética.

—Parece una santina, con sus ojos bajos, la zagala. ¡Uy! Y se tragaría un rail.

Un labriego nos hizo numerosas preguntas sobre el modo de organizar y sublevar el campo, y nos invitó a referir nuestra odisea.

Jóvenes y viejos se emocionaron profundamente con nuestras desdichas.

La mesonera, ya desofendida y reconciliada con el “Utraísta”, no se cansaba de repetir:

—¡Pobres hijos!

El guardia extremeño lloraba a moco tendido y pateaba el tricornio, que a los postres había rodado debajo de la mesa.

## XXII

Nos había recomendado la pareja muy encarecidamente al pedáneo de la localidad, cacicuelo cachigordete y rabón.

—¡Mucho, ojo con ellos! El uno, ese agavilanado y agarzado de jeta, tórax atlético y potentes ancas, es de la uña; es un maleante profesional un apache. Los otros son dos terroristas peligrosísimos: han dado mucho que hacer a las brigadas y tienen fama de matadores de cartel. Toda la terna es de oro. No los mime demasiado, ni tenga miramientos con ellos. Átelos corto. No merecen consideración alguna. Son tres desvergonzados, que no hay modo de hacer callar. Son tres enemigos de la propiedad, de la autoridad, de la sociedad, del orden, de la religión y del trabajo. En una palabra, tres “bolchevikis”.

—¿“Bolchevikis” ha dicho? —preguntó el berzotas espeluznado.

—“Bolchevikis”, “bolchevikis”. Y de lo peor de la casta. ¡Si lo sabremos nosotros! Nos lo han advertido al entregárnoslos. “No los desatéis ni para vaciar. Porque éstos son muy finos y se os pierden entre los dedos.”

—Bueno. ¿Y dónde los meto yo para que no se escapen y para que no hagan mal?

—Eso usted verá. Desde ahora es usted quien responde de ellos.

—Como no los aloje en la bodega... De la cárcel se me van.

—En cualquier lado que los albergue, estarán demasiado bien.

Para discutir tan importante extremo, convocó el alcalde consistorio extraordinario en la cocina de su casa.

No acudieron más que dos o tres patanes, dos o tres rústicos asilvestrados de piel curtida y facie de nogal.

El resto del Concejo hallábase en el monte desterruñando hazas, apuñalando gleba y saltando setos.

Mientras nuestra suerte se decidía, nos encerraron en la cuadra.

El Gana, que no perdía nunca la jocosidad y el buen humor, dijo riendo:

—Me gustaría que nos instalaran aquí. Por lo menos, estaríamos calientes. Además, la criada del alcalde, que se llamará Ramona o Tomasa y será una buena menajera, debe de tener el pecho hospitalario y el corazón blando como una torta.

—Lo dudo —replicó, sarcásticamente, el “Ultraísta”—. La criada no será menos zopenca que el amo, que ya hemos visto que es más bruto que estas caballerías que comen paja. Yo, si por algo quisiera morar aquí, es por disfrutar de la sociedad y amistad de estos bondadosos animales. Recibiríamos en este establo menos coces que en la cárcel. No pelearíamos aquí, con estos amables vecinos, por la pitanza. Esa hermosa burra se dejaría besar por nosotros sin melindre alguno y no nos haría ascos por ser sindicalistas. En fin, quizá en este bajo lugar fuera posible realizar ese ideal de fraternidad por el que tan fregados nos vemos.

—Yo, la verdad, con quien quisiera fraternizar y fregarme es con la citada fregona. Me sindicaría de mil amores con ella. Es el único Sindicato Único a que aspiro.

—Me preocupa el conciliábulo que arriba se está celebrando. ¿Qué idea diabólica les inspirará el miedo a estos rurales nudosos? Y el pueblo, en tanto, ahí fuera, en la puerta, pero mudo en su salvajismo y burricie, riéndose,

acaso, de nuestro viacrucis, comentando sin ira nuestra odisea. Mujeres y niños, mirádonos sin simpatía y sin amor. La muchedumbre agraria, sin comprendernos, sin agradecer nuestro sacrificio, sin dignarse estrecharle la mano al Cristo vejado y befado y convertido en ludibrio de la canalla. ¡Ah! Esto es sofocante. De veras os digo que el estiércol de bestia huele mejor que el alma humana.

Un rumor de cascos y de animadas voces, que venía de la escalera, interrumpió nuestras chanzas y nuestras reflexiones.

Eran las autoridades, que bajaban. Los presos nos echamos a temblar, y no sin motivo.

En el Concejo reinaba marejada. No se ponían de acuerdo respecto del albergue que había que darnos.

—Protesto, protesto —decía uno de los declarantes—. Ahí se van a asfixiar. Mañana los vais a encontrar muertos.

—Pues no hay sitio más seguro que el lagar. Si no los encierro ahí, yo no los tomo, no puedo responder de ellos.

—¿Es lícito tratar así a las personas, amontonarlas y echarlas en un silo, como orujo?

—Esos no son personas. Son “bolcheviskis”.

Los guardias, entretanto, abrieron la puerta del corral y nos mandaron seguirles.

El gentío curioso, la muchedumbre de mirones, se agolpó, al salir, alrededor nuestro. Comadres y criaturas no se cansaban de escudriñarnos, de notar las particularidades de nuestro físico, de escarbar con sus ojos afilados en nuestros rostros marridos, en nuestras faces miserandas.

—¿Dónde los llevan? —inquirían todos.

—Aprende, “colgao” —le decía una madre a su rapacín—. Así te verás tú, como no cambies de rumbo.

Los guardias espantaban a aquellos moscardones, mandaban a las mujeres a lavar, amenazaban a los chicos con el fusil; pero todo era en vano. El enjambre no se dispersaba.

Pasamos por unos porches. Dimos vuelta a una calleja.

—Es por aquí —dijo el alguacil que guiaba—. Todas estas casas son del alcalde. Ahí detrás, debajo mismo de esos cobertizos, está el lagar. Por esa puerta. Acaban de abrir.

En efecto; el rechinamiento de una llave mohosa y el girar de unos goznes mal engrasados habían arañado nuestro oído.

Pasamos al interior de un trascorral, de unas cocheras,

donde se guardaban los instrumentos de labranza y aperos agrícolas, los carros, cuévanos, pisadoras, etc., del monterilla.

El edificio era una mezcla rara de almacén, cuadra, hangar, granero y molino.

Un pesebre corría a lo largo de las paredes.

A uno de los extremos, en inmunda corraliza, gruñían cuatro o cinco cerdos.

Al lado de la chanchera se hallaba el gallinero.

Y por doquiera cerraban el paso sacos de maíz, balas de paja y de heno, aparejos de caballerías, arados, azadas, trillos, horcas.

La mansión tenía tres puertas: una, que se abría al campo; otra, que comunicaba con la parte posterior de casa del alcalde, y otra, que daba al callejón por donde habíamos venido.

—Esto no es más que aquí —dijo el alguacil.

Golpeó el esbirro con el pie en el suelo, y se percibió netamente el sonido tumbal de la oquedad subterránea.

En seguida, tiró de una anilla y alzó la losa que tapaba la boca del lagar.

—Ahí es donde los hemos de bajar. El caso es que no sé si habrá por aquí cuerda para descolgarlos. ¡Ah! Esta misma sogas nos vendrá de perilla. Acercáos, prendas.

Insinuamos una tímida protesta. Pero los guardias nos convencieron con sólo un gesto que allí, a nosotros, no nos tocaba más que ver, oír y callar, y dejar hacer.

—Pero esto no es una cárcel, es una sepultura. Ahí abajo nos vamos a pudrir vivos, sin luz, sin ventilación.

—No hay que apurarse. Ya os dejaremos un respiradero. Y de día, si os portáis bien, os tendré abiertos.

—¿Y comida? ¿Y cama? ¿Y evacuatorio?

—De todo se os proveerá. Supongo que, para lecho, con un brazado de paja tendréis bastante. Y en comida, vosotros veréis lo que queréis gastar. Nosotros, con daros dos reales diarios, cumplimos. En cuanto al tercer punto, también se aplicará el debido remedio. Un cántaro viejo que yo mismo tengo en casa y al que le falta toda la parte superior, os puede servir. Haréis ahí vuestras necesidades, y cuando esté lleno, me avisáis. Yo os tiraré la cuerda, lo ataréis al extremo de la misma, lo vaciaré y os lo devolveré. La comida y bebida os la serviré del mismo modo.

—Y no se verá para leer y escribir. ¿No se nos proporcionará velas?

—¿“Pa” qué? Eso de leer es tontería. Romperse la cabeza en balde. ¿Os vais a alimentar de letras?

Mientras el alguacil hablaba, y se agitaba, y daba vueltas como una devanadera, los guardias nos iban atando por debajo de los brazos y nos fueron descendiendo al abismo negro de uno en uno.

Primero fue descolgado el “Gana”. Luego, el “Ultraísta”. Después yo.

Cuando estábamos abajo, le pedimos al alguacil que nos echara cerillas, que nos proporcionara un botijo con agua, que nos tirase la paja prometida y nos trajera la cena.

Ninguna de nuestras reclamaciones fue atendida, ni el más perentorio de nuestros ruegos fue escuchado.

Una vez nos tuvo en la fosa, nos arrojó el foserero la losa encima, y... paz a los muertos.

Yo le eché una maldición gitana. El “Gana” se rió con ídem. Y el “Ultraísta” rezó: “De profundis clamavi ad te Domine: Domine exaudi vocem meam”<sup>30</sup>.

A los tres días de encanutamiento y enfundamiento subterráneo, hallábame yo moribundo.

Perdí el apetito, el escaso color que jamás tuve, las tres

---

30 Desde lo profundo clamé a ti, Señor: Señor, escucha mi voz. [N. e. d.]

onzas de carne que me quedaban sobre tórax y fémures, y se me iba definitivamente el chispacito de vida, de temblorosa alma, que hacía ya algunas semanas se estaba despidiendo de mí.

No podía más. Aquello era más fuerte que yo. Dos meses de talonear por los caminos, de desancarme y echar los bofes por trochas y vericuetos, de dormir, como el agua, en lecho de piedras o en lecho de barro, de no comer más que los cuatro cañamones, el puñadito de alpiste que nos daban por los dos reales del socorro, me habían aniquilado.

Físicamente, daba horror. Tenía aspecto de sauce, de árbol de lágrimas. Parecía el Caballero de la Muerte, un fantasma de Orcagna, de Durero o de Holbein.

Eclipsaba al penitente de Asís, a Pedro de Alcántara, a los Macarios e Hilariones del yermo.

Jerónimo, en Belén, cuando no se sabía qué era más cadáver, si su cara o la calavera que ponía sobre su Biblia abierta para meditar, no se traslucía y transparentaba como yo.

La carretera se me había comido; había pasado por ella como una cuchilla por una piedra de afilar, gastándome hasta el alma.

Tenía una risa cárdena. Se me había puesto cara de viejo. Me faltaba aliento para soplar un fósforo.

Si hubiera salido a la calle con una guadaña en la mano, hubiera espantado a las criaturas.

Si me hubiera visto mi novia, no me habría conocido. Si me hubiera ido a abrazar, me habría desarticulado, me habría deshecho contra sus hombros como nieve.

Estaba en los palos. Mis piernas eran dos canillas. Mis brazos, dos flautas. Sacudía las manos y sonaban sus piezas como, un juego de dominó en una bolsa.

Mi cuerpo todo no era más que un paquete de huesos envuelto en un papel de fumar.

Mi chaqueta parecía colgada del gancho de mi cuello, y al andar me daba zamarrazos y me empujaba como la escoba a la basura, y me arrastraba hacia el negro pozo, hacia el abismo eterno del inexistir.

Frío, asesino de pobres; hambre, verdugo del pueblo; hombres de ley y autoridad, cegadores de la luz, secadores de toda fuente viva, podíais sonreír y relameros: vuestra obra estaba a punto de cumplirse, de consumarse.

En efecto, yo la entregaba, yo estaba en las ansias. El último golpe me había descabellado. La oscuridad y el aire viciado del subterráneo me sofocaban.

El "Ultraísta" y el "Gana", viendo que la liaba sin remisión, mandaron un recado urgente al alcalde.

A las cuatro horas, éste se presentó, y con una enorme calma preguntó a los presos:

—¿Qué hay?

—Hay que no hay —contestó, hecho un alacrán, el “Ultraísta”—. Hay que no hay luz, ni aire, ni respiro, ni posibilidad de vivir aquí abajo. Estamos perdiendo los ojos por falta de uso, por falta de ver. Y los pulmones se nos pudren. Uno de estos compañeros está ya en las paralelas, en las bascas de la agonía. Nos está usted asesinando cobardemente.

—¡Hola! Con que os levantan de día la losa y os dejamos pascar dos horas por el campo, ¿y aún os quejáis?

—No es bastante. Hay que sacarnos de aquí. A nadie se le entierra antes de morirse y sin certificado de defunción del médico. Y a propósito: ¿No podría visitar el titular del pueblo a este amigo?

—Se proveerá a todo. Y adiós, que pedís más que las monjas.

El médico vino y me recetó doce litros de agua.

Aunque me hubiera aplicado el bálsamo de Fierabrás, lo mío ya no tenía remedio. Era el “c’est finit”, el “consumatum est”.

Un reventamiento general, una extenuación moral y orgánica me tiraban sobre las pajas que nos trajera el alguacil, y no había ya quien me levantara, quien me galvanizara.

Sólo apoyándome con todo el cuerpo en la tierra, me sentía con fuerza para durar unos días más.

No podían ser éstos muchos. El pulmón se me debía de haber roto porque empecé a echar esputos y cuajarones rojos por la boca.

Como mi hermanillo en 1917, con sangre en los dientes y en la lengua, gritaba yo, sin embargo:

—¡Viva el Sindicato Único!

Se me humedecieron los ojos acordándome del pequeño y de su entereza en aquella ocasión.

Fue durante la famosa huelga política de agosto. Los obreros secundamos el movimiento con verdadero denuedo.

En una violenta carga que dio la fuerza, mi hermano, entre las patas de los caballos, se quedó ronco vociferando: “¡Viva la República!”

Lo trincaron. Lo condujeron al Gobierno civil. Lo entregaron a la guardia de servicio, diciendo:

—Ahí va ese “ronqueras”, que se desgañitaba en la calle gritando: “¡Viva la República!”

—¡Ah! ¿Sí? Pues ya verás qué pronto grita “¡Viva el rey!”  
—saltó un cabo—. A ver, Lebrel, di “¡Viva el rey!”

Y le sacudió una tanda de bofetadas.

El chico callaba. Tenía la cara como un plato de tomates; los ojos, arrasados en lágrimas; pero seguía mudo como una pared.

—¿No obedeces? Está bien. Repetiremos la ensalada. Bisaremos el número.

Y el abofeteamiento repugnante y cruel de un niño atado, ante quince o veinte hombres con armas, se repitió.

El muchacho, ciego de lágrimas, con los carrillos abotargados, con la boca llena de sangre, agotada, al parecer, su resistencia, balbució: “¡Viva!”

—¿Viva qué? —insistió, tozudo, el flagelador.

—¡Viva la República!

\*\*\*

Los rojos coágulos que yo vomitaba, los cachos de pulmón que escupía, la dilaceración del tejido y del músculo, de la carne y del cuerpo, nada era comparado con el decaimiento moral y el transimiento y la agonía del alma.

Era ahí donde me dolía, donde radicaba el cáncer que me estaba minando interiormente.

Mi madre, muerta, se me aparecía con la faz azulada y un rictus horrendo en la boca.

Mi menor, abandonado, y el vientre de Rosario, que se hinchaba y maduraba como un fruto en mi ausencia, como una poma que yo no iba a poder cosechar; la carretera, el hedor sepulcral de la cripta, los hacinamientos carcelarios, me bailaban en la cabeza y me la aserraban y tronchaban.

Para animarme y elevar mi moral, el "Gana" y el "Ultraísta" echaban mano de toda clase de recursos y hacían mil diabluras y travesuras.

Discutían, discurseaban, cantaban la *Internacional*, colmeaban, inventaban chascarrillos y armaban tal trapatiesta, que el alguacil venía con cara de vinagre y nos decía amenazador:

—Si no calláis, si seguís escandalizando, llamo al teniente.

—Llama a Cachano —replicaba el "Ultraísta"—. Lo que ha de hacer usted es echarnos más paja, que ayer quemamos toda la que teníamos, para calentarnos, y estamos

durmiendo en el suelo. Y menos mal que con el humo no nos ahogamos.

Cuando el mazmorrero nos dejaba en paz, el “Ultraísta”, para hostigar y mosquear al “Gana”, tarareaba:

Es de España y sus regiones,  
Aragón la más idiota,  
porque aún se cree en la Virgen,  
y aún se ladra la jota.

El “Gana”, regionalista y sentimental, repirando por la herida de su patriotismo lastimado, repelía la agresión con pullas sangrientas y con tal cual cucharazo; pero pronto se le pasaba el mal humor y se reconciliaba con el ofensor de su pueblo y nos entretenía refiriéndonos sus robos y bellacadas.

A un “primo” le había colocado una partida de perborato por cocaína. Apenas terminada la operación, cayó la policía sobre él, y tuvo que meterse los billetes en el ano, previa y herméticamente cerrados en un tubo de marfil, para salvar el producto del timo.

—Y lo salvé —afirmaba, satisfecho—. Los polizontes son todos unos animales. No hay nada más fácil que pegársela. Pues ¿y a los jueces? No les he dicho en la vida, en mis declaraciones, palabra de verdad. Y ellos, sin embargo, con

su seriedad asnal, escriben y escriben. Y hasta se atreven a sentenciar. Osadía es.

—Para juez pintoresco, el que me procesó a mí últimamente por injurias al soberano —intervino el “Ultraísta”—. Me hacía cuadrar para tomarme declaración. Y para meterme en la cárcel, me vino a buscar a casa en moto. Y en ella me llevó a la Modelo. Era dicho Minos un carcunda y tenía la preocupación de que la masonería conspiraba contra él. Así, cuando observaba que un procesado se llevaba la mano al pescuezo o al pecho, creía que eso era un valor entendido masónico, y lo abrumaba a denuestos y apóstrofes antijustinianos.

A pesar de las paradojas del “Ultraísta” y de las piruetas y bufonadas del “Gana”, mi contristado ánimo no se desencapotaba, no se desanublaba.

Poblábanlo visiones fatídicas, lívidos espectros que con nada conseguía espantar y ahuyentar.

Las cuerdas de galeotes que eran arrastrados por los caminos sin fin, las procesiones de fantasmas andrajosos, que ennegrecían con su sombra la blancura de las carreteras de España, turbaban mi sueño, eran mi pesadilla y mi obsesión.

Las congojas de Jesús en Getsemaní, el temblor y los calambres y los ojos en blanco del Santo Cristo de la Agonía

de Limpias, la mueca de Laocoonte o del gladiador expirante, las lágrimas como bellotas de las Dolorosas de Salcillo, el sudor de sangre de los Nazarenos de Montañés, podrían dar apenas una idea vaga de lo que sufrían los deportados por andurriales y caminreales.

Había quien iba de Barcelona a Vitoria dándose una vueltecita por la Armuña y por la Alcarria, y no para probar la miel, sino saboreando y paladeando todas las hieles. Había quien zigzagueaba más que una chispa eléctrica para ir de Valencia a Cuenca y Teruel. Había quien hacía en el caballito de San Francisco, descalzo o con dos medias alpargatas, o un zapato sin suela, con los pies rojos, calzados de sangre y de costras, el trayecto de Bilbao a Cádiz y de Coruña a Almería. Total, unos mil quinientos o dos mil kilómetros.

Y eso, sin abrigo, sin mudarse de camisa en un año, sin poderse lavar la cara en las cárceles de los pueblos en otro año, sin afeitarse ni cortarse el pelo en un semestre, sin más recursos que dos reales diarios de socorro, cojeando de fatiga y de debilidad y teniendo, a trechos, que ser llevado a rastras por los guardias o cruzado, como un saco, sobre un burro.

Y, además, durmiendo en el suelo o sobre paja, tapándose con periódicos o con la mano, careciendo de asistencia médica, siendo alojados en cuadras, en cuevas, en bodegas, en sótanos, muriéndoseles de abandono padres, hijos,

esposas, sirviendo de ludibrio a la canalla y haciendo sangregar a las mujeres, ladrar a los perros, y huir, horrorizados, a racionales e irracionales.

Los guardias, que podían aliviar la suerte de los perseguidos, lo hacían muy raramente. Como los epigramas del clásico, la mayoría eran malos, algunos mediocres y muy pocos buenos.

Esclavos, la generalidad, de la disciplina y de la consigna recibida, no sabían corregir las durezas y asperezas de la ley. Al contrario, agravábanlas a veces con su concepto ancestral y atávico de la autoridad.

Así, un compañero había sido muerto a culatazos, en la carretera, creyendo sus guardianes que se negaba a andar, por poltronería, cuando era que se arrodillaba y desfallecía de debilidad.

Ellos, con la violencia de su fuerza ciega, intensificaban el drama, extendían la mancha de sangre que enrojecía la carretera y daban alas a la muerte que salía a los caminos a echar el alto a los deportados.

Y las víctimas se amontonaban, infinitas.

Un niño que iba en una conducción, sorprendido de noche por espantosa tronada, había muerto de terror.

Otra cuerda, azotada por la ventisca y la cellisca, castigada

y acosada por la enemiga naturaleza, había perecido enterrada en la nieve.

Un viejo, al salir para la deportación, se tiró de cabeza al río, al atravesar un puente, y se suicidó. Se le había detenido porque pegó una bofetada al patrón que le despidiera a causa de su avanzada edad.

En una aldea montañosa, dos perros de ganado se habían lanzado contra una cuerda, y los guardias se vieron negros para evitar que aquellas fieras devorasen a los presos, imposibilitados de defenderse.

Muchos no podían resistir el ajetreo de las marchas y de las cárceles, el hambre, la fatiga y el asendereamiento, y se quedaban como estampas o se tumbaban en las cunetas, y allí esperaban que les echaran paletadas de tierra encima.

Otros, no menos muertos que éstos, seguían andando, no obstante, por el impulso adquirido o por el pechugazo de los que tiraban de ellos.

Como aquel danzarín, que bailaba con su pareja inánime, sin notarlo, los guardias paseaban cadáveres y los llevaban a remolque, sin soltar la punta de la cuerda.

Como no les tomaban nunca el pulso, como no les dirigían siquiera la palabra, no se daban cuenta, hasta dios sabe cuándo, de los hilos que la Parca iba cortando, de la siega de vidas que se hacía en su vecindad.

Algo parecido a lo que ocurría con los gobernantes, que danzaban con una nación inerte, que ellos habían asesinado, que vampirizaban y dejaban sin sangre y sin huelgo.

En las ciudades más vivas sembraban la muerte y la desolación.

Aplastaban al pueblo como cereal bajo la muela.

Condenaban al proletariado a comer el pan del dolor y a beber el agua de la angustia, como decía la Inquisición.

Se estaba talando el bosque en la región del espíritu, se estaba produciendo el desierto, el arenal moral, arrasando las únicas plantas lozanas que da la agotada entraña de la raza.

Cada tempestad de éstas, cada represión era una riada, que convertía el vergel en páramo, que arrastraba al mar de la nada las tierras más finas y no dejaba más que pedruscos en el ramblizo y en la altiplanicie.

Se quemaba la vegetación, se exterminaba la vida donde quiera que florecía, donde quiera que pujaba.

Sin proceso, se condenaba a ancianos, mujeres y niños a errabundez perpetua, se ejecutaba sin piedad a padres y madres.

El estatuto de humana convivencia, que exige respeto a lo

constituido social a cambio de libertad individual, había sido roto por las autoridades. Abolido el derecho, quedaba anulado el deber. Sin garantías los súbditos, derogábanse automáticamente las garantías y privilegios del soberano. Era la fuerza bruta la señora. La vuelta al salvajismo.

Sin embargo, algo había que cortaba con espadazo de fuego el nublado, que abría el corazón a la esperanza y consolaba.

Los de arriba se habían puesto unos lentes ahumados para hacerse la ilusión de que habían muerto, de que habían asesinado al sol.

Pero la luz lucía. A pesar de los diques, ascendía la marea obrera.

Matando a unos redimían a otros. Los proveedores de la muerte resultaban los fornecedores y abastecedores de la vida.

Moliendo al pueblo, lo renovaban, porque de esa molienda, porque de la harina de nuestros huesos y de la levadura de nuestra sangre, se estaban fabricando los panes del porvenir.

Al paso de las cuerdas de galeotes, de las caravanas de deportados, al proletariado rural se le caían las vendas de los ojos.

En cierto pueblo, unos campesinos, al divisarnos desde la huebra, se descubrieron y se arrodillaron.

Era su ideal, su esperanza y su amor que pasaban maniatados, y los saludaban, los adoraban.

Era el campo que se postraba ante la conciencia que surgía en él y lo removía interiormente.

Era la labor, el dolor de los deportados que granaba.

Lloramos. Nos bañamos en la confortante onda de aquella emoción.

Pensamos en nuestros hogares aventados, en los Sindicatos deshechos, en la cárcel atestada y más ensangrentada desde nuestra partida, y dijimos:

—Tú serás reina, ciudad. Tú serás rectora y emperatriz de las gentes. Tu inspiración y tu fervor arrastrarán en pos de ti las provincias yertas. Los deportados somos semilla revolucionaria, trigo de subversión que tú echas a volar. Puñados de ascuas y de simientes arrojadas al viento que quemarán el pasado y fructificarán el porvenir. Chispas que el capitalismo fabril, enloquecido de terror, se sacude de su vestido, que arde; tizones humeantes que arroja de su casa, que se abrasa. El vestido, en ignición; la casa, en llamas, no deja de quemarse; y aventando el fuego, esparciéndonos a nosotros, se propaga la hoguera y se incendia el resto.

En dos o tres días se agravó mi enfermedad y empeoró alarmantemente.

Subía la fiebre y disminuían las fuerzas, las carnes y la apetencia de vivir.

\*\*\*

A falta de consulta de médicos y de consejo de familia, se celebró en el sótano concilio de murciélagos.

Yo apenas tuve en él voz ni voto. No podía hablar ni deliberar. Perteneecía sólo a medias al mundo de los vivos.

El "Gana" fue el que llevó la batuta en el mitin.

—Esta noche nos vamos —dijo—. No me contradigáis. Lo he pensado bien. Tengo completamente madurado el plan de evasión. Al que no se venga conmigo, lo mato. No quiero dejar mi espalda al descubierto. Aquí nos han traído para suprimirnos sin ruido. Este no vive dos días. Yo me asfixio también. Mis pulmones no soplan. Los sesos me chapotean y hacen escándalo de agua. Me atrofia. Si no salgo de este "in pace", antes de una semana palmo. Nada. Que esta noche tomamos el olivo.

—Pero, ¿cómo salir de esta tumba? ¿Cómo atravesar el pueblo sin ser vistos y recorrer los veinte kilómetros que hay hasta el ferrocarril? ¿Cómo tomar éste sin dinero? Agustín se nos quedará en las manos. Ne puede con su alma. Le resta un vestigio de existencia.

—Bueno. Veremos. Para el tren, tengo yo el dinero, que nos mandó Margarita. No alcanza para pagar todo el viaje; pero basta para alejarnos de aquí. A Agustín me lo cargo yo al cuello y lo llevo hasta donde sea preciso. Pesa menos que un mosquito. En cuanto al acceso a la calle, he reconocido escrupulosamente el terreno, porque hace días que estoy cociendo la aventura, y me he convencido de que no es imposible.

—Temo que fracasemos. El alguacil debe de rondar estos alrededores, debe de espiarnos, puede estropearnos el pasodoble. Aunque no se aperciban de momento, estos palurdos madrugan, como las alondras, y al amanecer, nos echarán de menos y saldrán a batir la huerta y a cazarnos con las escopetas. Me siento sus galgos a los zancajos y silbar sus balas entre las orejas.

—No te asustes. Todo irá a pedir de boca. No va a ser serrana y flamenca la partida que les vamos a jugar.

En efecto, llegada la noche y corridas de ella unas horas, el "Gana" se dispuso a operar.

Ordenó al "Ultraísta" que se situara de cara a la pared y que se apoyara en ella enérgicamente con la cabeza y con los brazos.

Probó y ensayó la resistencia del bohemio, y cuando estuvo seguro de él de un salto se puso de pie sobre sus hombros.

Afianzóse con las manos en el techo del lagar, le hizo dar media vuelta al "Ultraísta" y andar hasta colocarse ambos debajo de la losa que cerraba la boca del silo.

—A ver ahora los hombros de los hombres —le gritó al "Ultraísta"—. A ver si eres de mazapán. Aguanta, que voy a hacer saltar el tapón.

Aún no había terminado de decir esto, cuando la losa, incontrastablemente empujada por el atleta aragonés, botó para fuera.

El magnífico ladrón engrapó, se afincó entonces con las uñas en la boca del pozo, y, de un brinco, ganó la cuadra.

—Esperad unos minutos —nos dijo desde arriba.

Oímos, durante un cuarto de hora, trabajar febrilmente al salteador.

Manejaba un hierro pesado, un pico, una reja de arar, algún utensilio de labranza o de herrería que debió hallar a mano, o que tendría guardado previamente.

No necesitó mucho tiempo para superar el obstáculo que le cerraba el paso.

El cuerpo y los músculos le debían centellejar, dado el esfuerzo que desde abajo se le sentía hacer y la cantidad de energía y actividad que desplegaba.

Su jadeo y su forcejeo, por fin, cesaron. Una puerta crujió, como si la hubieran partido por la mitad, y el “Gana” exclamó, victorioso:

—Ya está. Ahora allá va esa sogá. Ata a su extremo y por debajo de los brazos a Agustín.

Me subió de un tirón como una pluma. Echó después el cable al “Ultraísta”, y lo aupó del mismo modo.

—Dejadme salir a mí primero de descubierta. Conviene explorar los contornos. Vuelvo en seguida.

Regresó, efectivamente, a los pocos momentos, y dijo:

—No hay novedad. Pero no hay que fiarse. A ver si puedes andar tú hasta las afueras del lugar, Agustín. Es para no llamar la atención, al tropezarnos con alguien. Embozaos. Y adelante, tú, “Altruista”.

Obedecemos como reclutas a un general. Antes de salir al callejón, besé al “Gana” y le dije, emocionado:

—Eres un hombre, todo un hombre.

No me dejó perder tiempo en expansiones sentimentales.

Me cogió del brazo y me arrebató hacia afuera, hacia el campo, hacia la libertad.

A mí me parecía imposible e irreal ventura tanta.

La noche era densa, maciza. El cielo estaba agujereado de estrellas, colgado de luces y campanillas de plata. En el pueblo no vigilaba ni maullaba un gato.

Rodeamos, oblicuamos, no obstante, algo para eludir caseríos, para evitar y prevenir peligrosos encuentros.

Pronto nos hallamos en plena natura y nos dirigimos al ferrocarril, escusando caminos, tomando a campo traviesa, atajando y rompiendo monte.

Yo hacía de tripas, no corazón, sino piernas y pies.

El fresquete de media noche, la libertad, el pensar en Rosario, me prestaban alas.

Anduve poco más de un kilómetro. Me cansaba. No me quejé, sin embargo, y seguí caminando hasta que rodé al suelo.

El “Gana”, sin parar de andar, me cogió como un tabaque y se me cargó a cuestras.

El fardo no debilitó su marcha. Tenía el pecho pelado de cortar sierras, y yo no pesaba muchos quintales.

A pesar del engorro, el “Gana” atravesaba huertas y viñas, trasponía silos y fatigaba al “Ultraísta”, que no podía seguirle y ponerse a su paso.

La noche, maternal y cómplice, espesaba más sus sombras, como para taparnos.

De cortijos, granjas y casas nos llegaban ladridos de perros.

Algunos árboles ceñudos parecían civiles que nos apuntaban con sus máuseres.

En unas huertas, el “Gana” se distrajo un momento y cayó, conmigo auestas, en una zanja. Soltó un taco, se levantó diligente y prosiguió la frenética marcha.

Poco después ocurrió algo tremendo.

Sin darnos cuenta, nos habíamos metido en una heredad, y varios perros nos salieron al paso.

El “Ultraísta” les arrojó una piedra, para espantarlos; pero casi al mismo tiempo sonó un tiro. El “Gana” y yo caímos de bruces en tierra: yo, encima; él, debajo.

—Me han dado en el corazón —balbució nuestro libertador.

—¿Es cierto? ¡Oh! ¡Qué desgracia! —exclamamos, aterrados, yo y el “Ultraísta”.

— Me han matado, sí. Salvaos vosotros. La estación está cerca. Tomad este dinero. No perdáis tiempo. Pasa un tren en seguida. Adiós.

No habló más.

\*\*\*

El mismo día, por la tarde, estaba yo en casa de mi novia.

—Amor mío, preso de mi alma.

—Chiquilla adorada, mi soñada mujer.

Me abalancé sobre Rosario, ciego, encima, y me arrodillé a sus pies, me caí de adoración y de debilidad a sus plantas.

Y abrazándola por debajo del talle, puse mis labios sobre su vientre, como sobre la hostia blanca y santa.

—¿Qué haces? —me preguntó ella con los ojos rientes y llorosos.

—Beso a mi hijo, a mi vengador, si muero.

FIN